

LA
HISTORIA DE
ALEJANDRA
EL PUENTE & LA PROMESA

MARIANO
RUIZ GUASCH

LA
HISTORIA DE
ALEJANDRA
EL PUENTE & LA PROMESA

MARIANO
RUIZ GUASCH

Mariano Ruiz Guasch (Sabadell, 1979).

Su primera novela corta *Tromso: Interferencia* (2011), es Finalista del XVIII Certamen Letras Hispánicas "Universidad de Sevilla", recibiendo muy buenas críticas entre sus lectores.

Su trayectoria literaria continúa con *El Colegio de Doña Nico* (2016), un relato íntimo que narra las memorias de una profesora histórica del Barrio de la Concepción, en Cartagena.

La Primera Catedral (2017), es la novela que lo catapultó como escritor, al ser un éxito en la ciudad de Cartagena, lugar donde transcurre la acción. La obra es elogiada tanto por los medios de comunicación locales como por sus lectores, siendo entrevistado en prensa y radio por su impacto en la ciudad.

Con *Interferencia* (2019), el autor nos lleva a las heladas tierras de Noruega en un thriller que explora la realidad de los sueños. El texto es una reescritura y extensión de la aclamada novela corta.

En 2021, su talento y dedicación son reconocidos con la Cruz de Honor de la Orden de Santa María de España con motivo de su novela *La Primera Catedral*.

En la actualidad vive en Aljucer (Murcia), donde sigue inspirándose para crear mundos mágicos y personajes inolvidables.

Para más información, visita la página web del autor:

www.mrguasch.es

También puedes seguir a Mariano Ruiz Guasch en las distintas redes sociales:

Facebook: [mrguasch](#)

Instagram: [mrguasch](#)

X (Twitter): [mrguasch](#)

LA
HISTORIA DE
ALEJANDRA
EL PUENTE & LA PROMESA

MARIANO
RUIZ GUASCH

Primera edición: mayo de 2024
© Mariano Ruiz Guasch, 2024
Diseño de la cubierta: Mariano Ruiz Guasch, 2024
Ilustración del mapa: Mariano Ruiz Guasch, 2024
ISBN tapa dura: 9798884574434
ISBN tapa blanda: 9798884575028

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

*A mi hija,
que en el momento de publicar este libro tiene seis años.
Espero que un día disfrute de esta aventura.*





PRÓLOGO

—¡Abuela, abuela! ¿Nos cuentas un cuento? —decían al unísono el niño y la niña desde sus respectivas camas de madera, como el resto del sencillo dormitorio, cuyo suelo se encontraba cubierto con una gruesa alfombra de lana.

—Está bien. Es temprano —contestó la anciana tras mirar por la ventana el cielo azul intenso, en el que comenzaban a aparecer las primeras estrellas—. Imagino que da tiempo. —Se agachó sobre una de las camas y colocó de manera correcta la manta. Después, la alisó con delicadeza—. ¿Qué queréis que os cuente?

—¡La Historia de Alejandra! —dijo la niña con entusiasmo.

—¡Sí! ¡Yo me pido la serpiente! —añadió el niño con la misma emoción—. Abuela, alísame la manta a mí también.

La anciana dejó escapar una sonrisa cálida mientras se volvía hacia su amplia y acogedora cama, con el cabecero tallado de forma delicada y sábanas blancas.

—¡Y yo Ahivy! —replicó la niña.

—¡Tú tienes que ser Alejandra! —intervino el niño, en un intento de establecer cierto orden.

—¡Pero yo quiero ser una elfa! —insistió la niña.

—No es una elfa.

—Está bien, está bien, niños —trató de poner paz la anciana, que ya había terminado de colocar la manta—. Podéis ser quienes queráis. No os peleéis. Esperadme un momento. Voy a por el libro.

Con una elegante mueca de determinación, se levantó de la cama y cogió una vela encendida que reposaba junto a la puerta. Salió del dormitorio y avanzó por el pequeño pasillo hasta la biblioteca. Cada paso que daba hacía que el suelo de madera crujiera, en armonía con la antigua casa, que, al igual que ella, había visto pasar innumerables años. Los cuadros decoraban las paredes con paisajes y rostros de generaciones pasadas. El techo, de madera resistente, descansaba sobre una sólida viga de roble.

Cuando llegó a la sala, alzó el brazo para iluminarla con la vela. Aquella estancia se encontraba llena de estanterías que albergaban una colección impresionante de libros. Antes que a ella, había pertenecido a sus padres y, antes que a ellos, a sus abuelos. Ese legado llenaba de orgullo su corazón. Esperaba que un día, cuando ella no estuviera, su hijo y, después, sus nietos, continuaran con esa tradición familiar. Cogió un candelabro y lo encendió con la vela que portaba en la mano. Después, lo dejó con cuidado en su lugar y comenzó a buscar el libro.

Era un ejemplar voluminoso, no destinado a los ojos de los niños. Sus páginas estaban llenas de letras diminutas y densas. No había capítulos cortos que terminaran de forma emocionante para invitar al lector a continuar. No. Aquel libro contenía una narrativa continua que exigía concentración. Y, sin embargo, oculta en esa prosa densa, residía una historia épica, puede que la más grande jamás contada; una historia que se había convertido en leyenda, en mito. Una obra maestra, creada por un autor cuyo nombre se había perdido en los pliegues del tiempo. Tanto en su ajado lomo, de cuero rojo, como en la cubierta, se leía con letras doradas en relieve: *La Historia de Alejandra: el Puente y la Promesa*.

La anciana acarició las letras con reverencia y abrió el libro al azar. Hojeó varias páginas. Se sabía el libro de memoria. ¿Cuántas veces lo había leído ya? La edición que ella tenía era la primera, un tesoro de inmenso valor. Después, vendrían ediciones más económicas y sencillas para que la historia de Alejandra pudiera llegar a todas partes. ¡Y vaya si lo había hecho! Casi todas las viviendas contenían un ejemplar. Sin embargo, muy pocos eran quienes habían tenido

la constancia suficiente para leerla de principio a fin. Una sonrisa triste se asomó a los labios de la anciana mientras recordaba ese hecho.

Después de un breve momento de duda, cerró el libro y regresó al dormitorio de los niños.

—Ya estoy aquí —anunció con dulzura—. ¿Estáis listos? Ya sabéis que la historia es muy extensa.

—¡Sí, sí! Queremos escucharla entera —exclamó el niño con impaciencia.

—¡Hasta el final! —añadió la niña—. ¡Queremos saber cómo acaba!

—Pero si os la sabéis de memoria... —Rio la abuela, contagiada por la emoción de los pequeños.

—¿No puede tener un final diferente? —preguntó uno de ellos con curiosidad.

—Muy buena pregunta. A ver qué podemos hacer...

Tomó una silla y la ubicó entre ambas camas. Se sentó con gracia y colocó el libro en su regazo.

—¿Estáis listos?

—¡Sí! —respondieron al unísono con los ojos brillantes.

Entonces, la anciana abrió el libro con cuidado, esta vez por la primera página, y sin necesidad de leerla, pues se sabía cada palabra de memoria, comenzó a relatar la historia con un lenguaje sencillo, adaptado a la capacidad de comprensión de los pequeños.

CAPÍTULO 1:

UN ENCUENTRO INESPERADO

Alejandra acababa de cumplir catorce años. Vivía con sus padres en una urbanización a las afueras de la ciudad de Nueva Caulfield, la metrópolis que constituía la capital de los Estados Unidos de Europa, una nación surgida en la década de los setenta del siglo anterior. La vivienda, un hogar unifamiliar, con su jardín delante, la cochera a un lado y un tranquilo patio trasero, capturaba la esencia de los hogares estadounidenses de mediados del siglo xx. El diseño, concebido por una inteligencia artificial, había sido calculado con meticulosidad para ofrecer el máximo confort a sus habitantes.

En ella había vivido desde su nacimiento y allí viviría hasta que comenzara a trabajar y tuviera el dinero necesario para alquilar o comprar la casa que el Sistema decidiera para ella. Todo en el mundo de Alejandra estaba decidido y encauzado desde el mismo momento del nacimiento; nadie tenía que tomar ninguna decisión, ni los padres ni los hijos. El Sistema asignaba el colegio al que debían ir, el instituto y, según las notas y la vocación que mostrara el alumno, los estudios universitarios. Cuando los terminara, siguiendo complejos algoritmos, le asignarían un trabajo y un hospital al que acudir cuando estuviera enferma, tuviera que dar a luz o para terminar sus días. Por fortuna, todavía tenían libertad para escoger las amistades y parejas con las que se relacionaban. Pero eso, precisamente, a Alejandra no se le daba nada bien.

De carácter soñador y solitario —según algunos, porque era hija única, aunque también había muchos hijos únicos que eran extrovertidos y pragmáticos—, nunca había tenido muchas amigas. Las pocas amistades que había tenido, no había sabido mantenerlas a lo largo de los años, por lo que, al final, siempre terminaba sola de nuevo. Tampoco le importaba demasiado; su mundo interior era mucho más grande y rico que el que conocía a sus catorce años.

Una cosa que sí le quitaba el sueño, nunca mejor dicho, era que desde hacía unos meses —concretamente desde que había acabado el colegio y habían comenzado las vacaciones— tenía una pesadilla que se repetía una y otra vez. Cuando se lo había comentado a su padre, él le contó que, cuando él iba a entrar en el instituto, el verano previo también tenía una pesadilla que no dejaba de repetirse: el país entraba en guerra y la ciudad era bombardeada, pero, en cuanto comenzó el curso, aquel mal sueño desapareció. No sería otra cosa que la ansiedad que le provocaba empezar una nueva etapa, le había dicho su padre. Pero Alejandra sabía que no se trataba de eso. Tenía que ser otra cosa.

Precisamente esa mañana había vuelto a tener aquella extraña pesadilla. Siempre comenzaba igual, con el sonido de unos tambores a lo lejos: «Tum, tum, tum, tum». El aire caliente y el humo llegaban después. Primero le acariciaban su rostro para después introducirse en sus pulmones. Resistía la urgencia de toser. Con los ojos cerrados, permitía que el calor se posara sobre sus párpados. Conocía lo que le aguardaba al abrirlos. Y no deseaba enfrentarse a ello, pero, aun así, con los puños apretados, lo hacía. Lo que veía siempre le robaba el aliento. Frente a ella se encontraba una ciudad devorada por las llamas. Lo que ya sabía. Aquello que temía.

Alejandra se encontraba sobre una colina cubierta por árboles, a escasos kilómetros de las llamas. Permanecía de pie en medio de un pequeño claro con árboles a los lados, pero no enfrente, lo que le ofrecía una vista panorámica de una ciudad amurallada, junto a un lago, que estaba siendo atacada desde la orilla opuesta.

La imagen parecía una pintura de terror. Lo que en tiempos pasados debió de ser una ciudad esplendorosa, a juzgar por los grandes edificios que albergaba, ahora era devorada por el fuego y la destrucción. Desde el otro lado del lago, en un implacable asalto, decenas de catapultas arrojaban bolas incandescentes que, al impactar, provocaban que ardiera todo lo que se encontraba a su alrededor. El lago parecía un mar de fuego debido a los colores que reflejaba. A

lo lejos, en el horizonte, unas montañas con grietas desprendían un fulgor rojizo, quizá lava, quizá más fuego.

Y después estaban las columnas de humo, que se alzaban hacia el cielo y engullían el mundo. Y las campanas que repicaban. Y los gritos de los habitantes de la ciudad, una sinfonía de terror mientras, asustados, escapaban de los muros de la ciudad hacia campo descubierto, desesperados por encontrar refugio.

Alejandra luchaba por moverse, por avanzar hacia la ciudad, por hacer algo, aunque no sabía qué. La necesidad de actuar arremetía contra su cuerpo, pero este permanecía inmóvil, apresado por una parálisis que no entendía. Con los puños apretados en un nudo de rabia, deseaba gritar, pero sus cuerdas vocales se negaban a responder. Entonces, cerraba los ojos con fuerza, con la esperanza de que, al hacerlo, todo aquel terror desapareciera. Y normalmente así sucedía, pues se despertaba en la cama, asustada.

Pero esa vez fue distinta. Cuando abrió los ojos de nuevo, estaba en el mismo lugar, pero no pudo evitar dar un salto. A escasos metros de distancia, justo frente a ella, se encontraba un hombre. Era mayor, sin llegar a ser anciano. Tenía el pelo gris revuelto y con una perilla del mismo color. Por su ropa parecía un vagabundo. No pronunció ninguna palabra; solo la observaba con una intensidad penetrante.

¿De dónde había salido aquel hombre? ¿Cómo había llegado tan cerca sin que ella lo percibiera? ¿Qué era lo que buscaba con esa mirada? ¿Qué pretendía? Al fin el hombre pareció reaccionar. Su boca se movió con lentitud, como si estuviera midiendo con extremo cuidado cada palabra que iba a pronunciar. Aquel hombre estaba a punto de comunicarle algo, pero el mensaje no llegó a los oídos de Alejandra. La imagen se tornó borrosa y luego cedió a la oscuridad.

Como siempre que soñaba aquello, se despertó sobresaltada. Palpó su pecho hasta que encontró la piedra ovalada de jade que colgaba de un sencillo cordón marrón y naranja sobre su cuello. Siempre la apretaba con la mano cuando estaba nerviosa, tenía un problema o no sabía qué hacer. Más tranquila, escudriñó su entorno por instinto y trató de asimilar la realidad del lugar. Se hallaba en su cama, en su propio dormitorio, en la casa de sus padres. Tenía la respiración agitada y la sensación de calor persistía. Se pasó la mano por la frente. Estaba mojada de sudor, como si aquel sueño hubiera sido real.

Se incorporó y miró la hora: el *display* transparente sobre su mesita indicaba las 07:27. Entonces recordó que tenía instituto. Acababa de comenzar las clases que esperaba que un día le permitieran estudiar Biotecnología Cuántica Cibernética. El entusiasmo por esa nueva fase, por dejar atrás los años del colegio, le llenaba el corazón. La idea de transitar un día libremente por el campus universitario y participar en seminarios y conferencias dirigidos por eruditos de renombre alimentaba sus ansias de adquirir conocimientos a los que pocos tenían acceso. En realidad, se sabía afortunada. No todo el mundo tenía la posibilidad de asistir al Instituto Tecnológico Superior, que impartía los cursos previos necesarios para poder acceder a los estudios universitarios que tanto deseaba Alejandra. Por alguna clase de suerte benevolente o, ¿por qué no?, por méritos propios, el Sistema le había concedido una plaza en él. Gracias a ello, cuando terminara el instituto, tendría la oportunidad de estudiar Biotecnología Cuántica Cibernética. Como su propio nombre indicaba, era una rama de la ciencia que estudiaba la aplicación práctica en cibernética de la tecnología biológica a nivel cuántico. Alejandra recordaba que había oído hablar de ella por primera vez cuando tenía nueve años. Desde entonces, había pasado de ser solo un marco teórico y se había desarrollado plenamente.

Había quien defendía que el Sistema era una inteligencia artificial arbitraria y caótica, incapaz de comprender con plenitud la complejidad de la naturaleza humana. Sin embargo,

gobernada por ella, la sociedad había dado un salto tecnológico sin igual. En la actualidad, no existía ningún aspecto de la vida que no estuviera supervisado por una inteligencia artificial: empresas, almacenes, hoteles... Daba igual el sector y tamaño del negocio: todo estaba organizado por ella. Incluso los gobiernos de los distintos países, ahora unidos y convertidos en gigantes corporaciones. Algo que no era del agrado de una parte de la sociedad.

Había una resistencia que luchaba por desconectar esa omnipresente fuerza y restaurar la antigua democracia, donde cada individuo emitía su voto. Para los partidarios de la inteligencia artificial, la resistencia no era más que un grupo de nostálgicos aferrados a los últimos vestigios del siglo ^{xx} y los primeros años del ^{xxi}, centurias que inspiraban a Alejandra.

En esos años, había leído en la biblioteca de su abuelo y también había visto en documentales, la cultura, la música, la literatura o el cine, habían vivido su máximo esplendor antes de desvanecerse por completo, víctimas de una sociedad que solo aceptaba como válido lo que resultara productivo y funcional. Y es que la inteligencia artificial que dirigía la sociedad no lograba comprender la esencia intrínseca del arte.

Con todo, el Sistema, como se hacía llamar, solo había puesto el punto final a la historia del arte. Su declive había comenzado décadas atrás, cuando la creación artística quedó desprovista primero del respaldo oficial y, después, lo que resultó aún más funesto, del de la audiencia. En esa situación, los artistas se vieron obligados a convertirse en personas grises, para al final desaparecer. En definitiva, en el mundo en el que ahora vivía Alejandra, no había cabida para algo cuyo propósito residía en su propia existencia, sin ofrecer un valor funcional palpable. Sin embargo, para Alejandra, el arte encerraba una misión fundamental: vislumbrar más allá de lo superficial y embellecer el mundo. Por ello, quizás, su presente se mostraba gris en contraste con la vivacidad que hallaba en el mundo de finales del siglo ^{xx} y principios del ^{xxi}. Por fortuna, el Sistema permitía que los individuos pudieran compartir sus gustos artísticos en exposiciones, coloquios o ciclos de cine antiguo. De ese modo, nostálgicos como ella podían hacer más amable su aburrida y monótona vida.

Inserta en esos pensamientos, tratando de olvidar la pesadilla, se dirigió a la cocina y, sin sentarse, ingirió los variados complejos vitamínicos que conformaban su desayuno y regresó a su habitación para vestirse. La noche anterior, había dispuesto con cuidado en la silla, junto al armario, la indumentaria que se iba a poner: sus pantalones de reflejos multicolor, siempre portadores de buena suerte, una camiseta intercambiable con tonos blanco, gris y negro, y su adquisición más reciente, una chaqueta de imitación sintética y color platino, que permitía ajustarse a la temperatura que hiciera. Satisfecha con la combinación, se dirigió al despacho de su madre.

—Me voy ya, mamá.

La madre, que se encontraba de espaldas a ella, giró la silla e inclinó la cabeza hacia delante para ver por encima de las pequeñas gafas de realidad aumentada con las que trabajaba.

—Pásalo bien y aprende mucho.

—Claro que sí. —Sonrió y salió de la estancia.

En el acceso principal de la vivienda, deslizó la muñeca sobre el dispositivo de la puerta y retrocedió un paso para dejar espacio a la apertura, pero en el trayecto chocó con el aerodeslizador que había apoyado junto a los abrigos de sus padres. Este se activó solo e impactó contra su espinilla.

—¡Ay! ¡Maldición! ¡Eso duele!

—¡Modera ese lenguaje! —Oyó a su madre reprenderla desde la lejanía—. Esto es lo que sucede cuando dejas cosas en medio. La próxima vez, ya verás...

—¡Yo también te quiero, mamá! Ahora sí que me voy. ¡Adiós! —exclamó mientras salía al exterior y cerraba la puerta tras de sí.

Avanzó con paso sosegado, saboreando la calidez del sol, por la urbanización de casas idénticas, fruto de la producción en serie, hasta llegar a la única parada de intermetro que servía a la zona residencial. Por suerte, esa línea la transportaba directamente al lugar donde se encontraba el instituto.

El lector de iris identificó su ojo y le permitió el acceso a las escaleras que bajaban hasta el andén. Al haber pasado la hora punta, dado que sus clases comenzaban tarde, apenas había movimiento en la plataforma. Unos treinta segundos después, el tren urbano efectuó su llegada y Alejandra subió al vagón. Aunque los asientos estaban ocupados, al menos los pasillos permanecían despejados, lo que le permitiría viajar de pie sin aprietos.

Un pitido sonó mientras el intermetro iniciaba su marcha y ella se aferró a los agarres para mantenerse estable ante la aceleración. Una vez que la velocidad se estabilizó, buscó sus auriculares en el bolsillo, deseosa de disfrutar de la música generada por algoritmos. Sin embargo, tras hurgar varias veces, se percató de que los había olvidado en casa. Como todavía faltaba un rato hasta su destino, se conformó con observar uno de los numerosos monitores que transmitían anuncios en un bucle interminable:

Desde que Henry Ford anunció la producción en serie de vehículos a bajo coste, la humanidad ha soñado con coches voladores. Películas de finales del siglo xx como *Blade Runner* o *Regreso al Futuro* imaginaban que, en torno a 2020, serían un hecho.

Nada más lejos de la realidad.

Llegamos a Marte hace más de cincuenta años, pero todavía no hemos logrado un coche que vuele. ¡Hasta ahora! Alpha Centauri presenta el primer prototipo de vehículo volador.

Sí, estamos en 2135. Hemos tardado un poco. Pero lo hemos logrado...

Alejandra rememoró aquellas películas que mencionaba el anuncio. Su abuelo era un apasionado de aquel género y poseía una extensa colección, en un formato antiguo que solo podía ser reproducido por un dispositivo que cuidaba con extremo esmero.

«Así se imaginaban el futuro —le había dicho su abuelo cuando ella no era más que una niña—. ¡Qué ilusos eran entonces!».

Rodadas en la década de 1980, ambas películas proyectaban la visión de un futuro cercano donde los automóviles surcaban los cielos. ¡Cuánto habían variado algunas cosas! Y, a la vez, otras permanecían inmutables. Había pantalones confeccionados a partir de plástico vegetal orgánico, camisetas elaboradas del mismo material e incluso chaquetas fabricadas a partir de fécula de patata sintética... Materiales diferentes, sí, pero, al fin y al cabo, eran prendas similares a las que vestían hacía un siglo.

El intermetro ejecutó su parada preestablecida. Alejandra dejó atrás el andén y ascendió por la escalera mecánica hasta alcanzar la superficie. Una vez en la calle, ajustó su chaqueta y miró la hora. No le sobraba mucho tiempo, por lo que aceleró el paso. Sorteó a la multitud que gravitaba en torno a la entrada del metro y giró en la primera esquina para rodear un pequeño parque urbano.

—Disculpa, Alejandra, ¿podemos hablar un momento?

La mención de su nombre la sobresaltó. Iba inmersa en sus pensamientos y no había advertido la aproximación del hombre. Tenía una perilla blanca y pelo gris denso pero corto, algo desaliñado. A pesar de que no era alto, superaba en estatura a Alejandra. Su rostro le resultaba familiar. Lo había visto en ocasiones husmeando en la basura, pidiendo dinero o incluso comida en los puestos ambulantes que en ocasiones aparecían en esa parte de la ciudad. Sin embargo, ese día en particular, parecía estar en mejor estado y, en la medida de lo posible,

incluso llevaba un atuendo más pulcro. Aunque, desde luego, sus pantalones de pana y su camisa de franela no seguían las tendencias de la moda. Tras observar al hombre por un breve instante, prosiguió su camino y procuró mantener cierta distancia.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó Alejandra.

—Eso no es relevante en este momento —respondió él—. Tengo que ayudarte. Necesitas que te guíe.

—Por favor —dijo Alejandra de la forma más educada que pudo—. ¿Por qué no me dejas tranquila?

—¡No puedo! Sé lo que has soñado...

—Estás delirando.

Alejandra aceleró el paso para dejar atrás a aquel hombre, pero él, tras la sorpresa inicial, dio unos pasos ligeros y se puso a su altura de nuevo.

—Has visto una ciudad en llamas... Pero no fue un sueño corriente, ¿verdad? Fue como si realmente estuvieras allí. Y después, me viste a mí... Y entonces despertaste.

Alejandra se detuvo para decirle de nuevo que la dejara tranquila, pero al mirarlo a la cara se quedó muda.

—Es cierto... —murmuró dubitativa—. Vi una ciudad en llamas y luego apareció un hombre... —Lo miró fijamente—. Se parecía a ti... ¡Eras tú! ¡No puede ser!

Reanudó el paso mientras negaba con la cabeza.

—Y sin embargo lo es —dijo el hombre, que continuaba caminando a su lado a pesar de los esfuerzos de Alejandra por dejarlo atrás—. ¿Quién parece más insensato ahora?

—¿Qué quieres? ¿Cómo sabes lo que he soñado? ¿Es una cámara oculta? —Alejandra se detuvo de nuevo y comenzó a mirar alrededor—. ¿Acaso es una broma?

—Me temo que no. No se trata de ninguna broma. —Hizo una pausa y, al ver que Alejandra no reiniciaba la marcha, continuó hablando—. Esta noche, en la Filmoteca, hay un ciclo sobre el director de cine Christopher Nolan. ¿Lo conoces? A principios del siglo *xxi*, realizó dos películas que se consideran su etapa cumbre: *Origen* e *Interestelar*. Tratan sobre los sueños, los viajes en el espacio y el tiempo, y lo más importante de todo, el amor. ¿Te gustaría acompañarme a ver una película?

—¿Una película? ¿En un cine? ¿Contigo? ¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque puedo proporcionarte respuestas.

—Pero ¿respuestas a qué? ¿Si no te he preguntado nada!

—¿De verdad que no? ¿Y por qué conozco tu sueño? ¿Por qué parecía tan real? ¿Por qué me viste en él? ¿Eso no son preguntas? ¿No te intriga saber las respuestas?

—Está bien. Tienes razón en eso —reconoció—. Consideraré si asisto o no. Has mencionado a Christopher Nolan, ¿verdad? Lo cierto es que me gustan sus películas. ¿Tú irás de todas formas?

—Así es. Allí estaré. Si decides venir, prometo explicártelo todo.

—Entonces quizás nos veamos. Pero no te aseguro nada.

—Muchas gracias por escucharme. No te molesto más. Espero verte esta noche —le dijo mirándola a los ojos para permitir que Alejandra entrara en los suyos: unos ojos verdes, encantadores como los de una serpiente. Después, hizo una reverencia con la cabeza y comenzó a caminar lejos de ella.

Alejandra permaneció inmóvil en mitad de la calle y siguió con la mirada al hombre que se alejaba.

¿Cómo podía él conocer los detalles de su sueño? ¿Cómo sabía su nombre? ¿Y cómo pudo

haber aparecido en su sueño? En el fondo, reconocía que nada de eso parecía tener una explicación lógica. Sin embargo, pensó que no tenía nada que perder si asistía al cine. Las dos películas que había nombrado le gustaban y verlas en la pantalla grande no era algo que sucediera todos los días. Solo quedaba por descubrir qué le tenía reservado aquel hombre, aunque eso tendría que esperar. Por ahora, no disponía del tiempo necesario para reflexionar sobre ello. La breve conversación la había retrasado bastante y ya no podía permitirse tardar si quería llegar a tiempo para la clase y asegurarse un lugar en las primeras filas.

Alejandra entró en el recinto del instituto y se dirigió directa al aulario, ignorando por completo al grupo de estudiantes de último curso que repartían folletos y gritaban lemas y consignas contra el Sistema. Cuando llegó al ascensor, había demasiada gente esperando, así que no tuvo más remedio que subir por las escaleras, que, a diferencia de las del metro, no eran eléctricas, por lo que los estudiantes solían utilizarlas para bajar y no para subir, lo cual le supuso dos inconvenientes: Alejandra tuvo que ascender contracorriente y, cuando llegó al piso donde se encontraba la clase, lo hizo casi sin oxígeno en los pulmones.

Se detuvo un segundo antes de avanzar hasta el aula. En ese tiempo, el profesor asomó la cabeza y miró a uno y otro lado antes de cerrar la puerta.

—Adelante —la invitó al verla.

Cuando entró Alejandra, se encontró en el centro de un auditorio con forma de anfiteatro. Había accedido por la parte inferior, donde estaban situadas la mesa y la pizarra virtual del profesor. Desde allí se podía observar que casi todos los asientos se encontraban ocupados. Eso era característico de las primeras semanas de clases, cuando todos los estudiantes comenzaban con entusiasmo. A medida que los meses avanzaban, la asistencia se reducía y quedaban solo aquellos alumnos verdaderamente comprometidos con la materia. Tras buscar durante un instante, encontró un espacio libre en la penúltima fila.

—Buenos días a todos —comenzó a hablar el profesor mientras Alejandra se situaba en su asiento—. Hoy es mi primer día con ustedes y me alegro de ver que el auditorio está tan concurrido. Es gratificante pensar que tantos jóvenes se encuentran aquí presentes porque quieren estudiar Biotecnología Cuántica Cibernética en nuestra universidad. Pero me pregunto... ¿cuántos de ustedes tienen una comprensión clara del significado de este título? ¿Qué es lo que estudiamos los profesores que os damos clase? ¿Cuál es la utilidad de esta rama de la ciencia?

El profesor hizo una pausa y un silencio expectante llenó la sala. Alejandra conocía las respuestas, pero no levantó la mano ni pronunció palabra alguna. Quizás todo el mundo se la quedaría mirando o puede que el profesor no la oyera desde tan lejos.

—¿Nadie sabe decírmelo? —habló el profesor de nuevo—. No pasa nada. Para eso estamos aquí: para aprender.

CAPÍTULO 2:

UNA SESIÓN DE CINE ESPECIAL

Después de la explicación acerca de las macroestructuras con propiedades cuánticas y las estrategias para evitar el efecto túnel, entre otras muchas cuestiones, el profesor dio la clase por terminada. Alejandra recogió sus cosas y se quedó observando el aula un tiempo antes de marcharse. Los alumnos hablaban en grupos de tres o cuatro, amigos desde la época del colegio, supuso Alejandra. Ella no conocía a nadie allí, así que optó por regresar a casa.

En el intermetro de nuevo emitieron el anuncio del coche volante. El vídeo era optimista y alegre, pero Alejandra se preguntó cuánto tiempo tardarían en popularizarse esos vehículos, si es que alguna vez llegaban a hacerlo. ¿Veinticinco años? ¿Cincuenta? Al menos ella lo vería, o eso esperaba.

Cuando llegó a su hogar, su madre estaba terminando de hidratar la comida. Tardó el tiempo justo que Alejandra empleó en ir a su habitación, dejar sus cosas y regresar a la cocina.

—¿Cómo te han ido las clases? —quiso saber su padre una vez estuvieron sentados a la mesa, el único momento del día en que coincidían los tres miembros de la familia en el mismo lugar—. ¿No tienes nada que contar?

—Bueno... —Alejandra se quedó pensando—. Supongo que bien. La clase ha estado interesante, pero el profesor no ha dicho nada que no supiera ya.

—¿Has conocido a algún compañero? ¿Has hecho amistades? —intervino su madre.

—La verdad es que no, mamá. —La pregunta no le hizo gracia. Parecía que era una obligación ser extrovertido y entablar relaciones con desconocidos todos los días—. Apenas estamos comenzando y aún no nos conocemos entre nosotros.

—Pero con alguien habrás hablado... —tanteó el padre tras una mirada de la madre para indicarle que preguntara algo.

Hasta ese momento había olvidado por completo la conversación con aquel hombre en la calle. ¿Debería considerarlo un simple vagabundo o tal vez debiera referirse a él como un demente? En cualquier caso, no creyó conveniente contar a sus padres que precisamente la única conversación que había tenido con alguien en toda la mañana había sido con aquella persona, fuera vagabundo o demente.

—Poco a poco, hija —sentenció el padre al ver que Alejandra permanecía en silencio.

Cuando terminaron de comer, ayudó a sus padres a recoger la cocina y se retiró a su habitación, que era una extraña mezcla entre la niña que había sido y la adolescente que ahora era. La pared junto a su cama permanecía pintada de color rosa con estrellas y una luna fluorescente; en cambio, el muro opuesto Alejandra lo había pintado de gris y lo había decorado con pósteres de sus artistas digitales favoritos. Daba la sensación de que, en aquel espacio tan reducido, coexistían dos mundos opuestos.

Cerró la puerta, puso música generada por algoritmos y comenzó a transcribir los apuntes de la clase con ayuda de su asistente virtual. Una vez terminó, se recostó en la cama, boca arriba.

—Léelo todo —indicó al asistente para confirmar que había desarrollado el tema de forma correcta.

Pero no había comenzado a hablar su ayudante cuando Alejandra, con la vista fija en el techo, recordó el sueño y, con él, el encuentro con aquel hombre. Se reincorporó de un salto y consultó la hora. Aún tenía tiempo suficiente.

Cogió la chaqueta ajustable platino y el bolso, y salió con prisa.

—¡Me voy al cine! —dijo en voz alta mientras avanzaba por el pasillo hasta la puerta principal.

—¿Con quién? No nos cuentas nada... —oyó la voz de su madre desde el cuarto de estar.

Alejandra estuvo a punto de responder, pero se quedó callada sin saber qué decir. No podía

contarle la verdad, que había quedado con un vagabundo. ¿O sería un desequilibrado? Todavía no tenía claro cómo definirlo, pero, para bien o para mal, dentro de poco lo sabría.

—¿Te has ido ya? ¿Hola? —volvió a decir la madre.

—Estoy aquí todavía, mamá, pero ya me marchó. —Se alegró de no tener que dar explicaciones o inventar un pretexto sobre su compañía para el cine.

Al pensar en eso, la alegría se transformó en tristeza: si su madre le había preguntado con quién iba, era porque estaba deseando oír que tenía un grupo de amigas con las que hacer actividades, pero, en cambio, la realidad era que el Sistema había decidido que sus antiguas compañeras de colegio debían estudiar en otros institutos donde impartieran estudios más acordes a sus aptitudes, lo que dejó a Alejandra de nuevo sola, refugiada en su mundo de fantasía interior. Después de todo, el instituto no estaba resultando tan emocionante como había imaginado.

—Esta noche, tu padrino y tus primos vienen a cenar. Haremos crepes de chocolate —anunció el padre—. ¿Contamos contigo?

—Mmm... ¿Tiene que ser hoy precisamente? —protestó—. La película acabará tarde, pero guardadme alguno para cuando llegue.

—Haremos lo posible. —Se rio el padre, consciente de que era muy probable que no sobrara ninguno—. Pero no te prometo nada.

—Bueno, ahora sí que me voy de verdad. Adiós.

—Adiós. Ten cuidado. Y no vuelvas muy tarde.

—Tranquilo, no me puedo ir muy lejos.

Le mandó un beso desde la puerta y, esta vez con cuidado de que no se le cayera el aerodeslizador y le diera en la pierna, salió al exterior. Anduvo por su camino habitual hasta la parada de intermetro y allí tomó la línea, con un trasbordo incluido, que la llevaría al cine.

El cine se encontraba en la parte antigua de la ciudad, si es que podía haber una parte así en una ciudad que apenas contaba con cincuenta años de existencia. En ella había locales de ocio nocturno, de juegos de azar, *pubs*, moteles y negocios semejantes, no aptos para el ciudadano medio alienado por el Sistema. Aun así, la inteligencia artificial permitía que esos lugares existieran, pues en ellos se refugiaban precisamente los antisistema. No era una zona peligrosa, pero sí un área de la ciudad que Alejandra no visitaba con frecuencia, por lo que, cuando salió al exterior, optó por utilizar el asistente virtual para que la guiara hasta la sala.

Después de cruzar varias calles sucias, con papeles, cartones y cristales rotos en el suelo, algo impensable en otras zonas, llegó al cine, un edificio de color beis de estilo retro con dos grandes pilares a cada lado de la puerta principal. En esa misma acera había un par de parejas de mediana edad, que esperaban en la entrada y charlaban tranquilos mientras aguardaban a que fuera la hora. Dado que el hombre al que buscaba no estaba a la vista, se aproximó a la taquilla y adquirió una entrada. Lo peor que podía ocurrir era que terminara viendo la película sola, pero eso no era un problema. En realidad, disfrutaba de ello, así que, sin preocuparse demasiado, ingresó en el edificio.

En el vestíbulo, decorado con imitaciones sintéticas de terciopelo rojo y madera dorada, había otras dos pare-

jas, también mayores que ella. Estaba claro que aquellas sesiones de cine eran eventos minoritarios y peculiares. Al no divisar al vagabundo allí tampoco, optó por entrar en la sala.

Desde la parte trasera, por la que se accedía, no tuvo dificultad para ubicar al hombre en cuestión. Era el único ocupante de toda la sala y había elegido el asiento justo en el centro. Alejandra maldijo que estuviera tan a la vista. Ahora, las cuatro parejas que entraran en la sala

verían que estaba sentada al lado de él. Pero, después, reconsideró su decisión. Dado que desconocía las intenciones del individuo, quizás era más seguro estar en medio de la sala, visible para todos. En cualquier caso, se lamentó por haberse metido en ese lío. ¿Quién le había mandado hacerlo? Pero ya no podía dar marcha atrás.

Avanzó hasta la fila de asientos y se sentó a su lado. No tuvo tiempo ni de saludar.

—¡Has venido! Muchísimas gracias, Alejandra. Sabía que lo harías. —Le extendió la mano, emocionado—. Soy Nathan. Olvidé decirte mi nombre antes. Disculpa. ¿Quieres palomitas? La película está a punto de empezar.

—No, gracias —contestó Alejandra, algo desconcertada por la situación.

Las dos parejas que había visto antes ingresaron en la sala. En ese momento, las luces se apagaron, como si hubieran estado esperando a que todos los asistentes se acomodaran. Sin ningún tipo de tráiler comercial, comenzó la proyección de *Interestelar*.

—¿Quieres que comencemos a hablar?

—Ya he visto la película. De hecho, es una de mis favoritas. Aprovecha esta primera parte, cuando están en la Tierra, para contarme lo que quieras. La segunda parte, ya en el espacio, quiero verla.

—¡Oh, vaya! Está bien. No te preocupes, me dará tiempo. La película es larga. Y, desde luego, mejora una vez entran en el agujero de gusano. Si te parece, comenzaré con tu sueño. La ciudad que has visto en llamas es Ahykrum, la ciudad construida por los elfos al otro lado del Lago de Fuego. Es la ciudad más occidental de Sahymir.

Nathan hizo una pausa para mirar a Alejandra y vio que le prestaba atención, así que decidió continuar.

—Hace mucho tiempo, existía un solo mundo, en el que magia y ciencia vivían en armonía. Pero los magos se hicieron cada vez más poderosos y comenzaron a perseguir a los científicos, los únicos que podían poner límites a su magia. Se desató una gran guerra, una guerra que no podía tener fin. Nunca iba a tener un vencedor, ya que ninguno se iba a rendir hasta que acabara con el otro —hablaba tranquilo, lento, de una manera hipnotizadora. De alguna forma, tenía el poder de la persuasión—. Por ello, los Kerik-Ama, los sabios, como los llamáis vosotros, se reunieron y decidieron separar magia y ciencia. Y para ello crearon dos mundos distintos: Sahymir, el de la magia, y Orkham, este en el que vivimos, el de la ciencia. —Hizo una pausa para dar énfasis—. Hicieron una promesa: la Promesa. La promesa de que un día, ciencia y magia volverían a vivir en armonía. La profecía nos cuenta que ese día, una chica viajará entre los mundos y unirá estos elementos de nuevo. Además, esa chica, según las pinturas sagradas, será de piel blanca, como tú. Alejandra, tú eres esa chica. Después de milenios buscándote, por fin te he encontrado.

—¿Milenios buscándome? —respondió ella—. ¿Dos mundos separados? ¿Una promesa? No tenía ni idea de lo que me ibas a contar, pero estás loco. Creo que no debería haber venido.

Alejandra fue a incorporarse, pero Nathan la detuvo con el brazo.

—Por favor, deja que termine la historia. Después, si quieres, te marchas.

—Está bien. —Alejandra volvió a su asiento.

—Después de la Separación, enviaron un Yrakhy a cada mundo. Se podría traducir como un vigilante. Yo soy el de este mundo. Otro está en Sahymir. Aunque nos encontramos en mundos distintos, siempre hemos estado conectados de alguna forma, pero ahora he perdido la conexión. Gracias a tus sueños, Alejandra, he podido ver que Sahymir se encuentra en guerra. Temo que le haya pasado algo al otro vigilante. Si es así, no puedo cruzar al otro lado, ya que podrían detectarme y, si me sucediera algo a mí también, sería el final de los vigilantes. Por eso creo que

has aparecido justo ahora. Eres la Elegida. Tienes que viajar al otro mundo y ver qué sucede. Salvarlo. Realizar la Promesa.

—Vale, vale. Me parece muy bien todo eso que me cuentas: dos mundos separados, magia y ciencia, una gue-

rra, vigilantes... Realmente es el argumento perfecto para escribir una novela. ¿*El Señor de los Anillos*? No. En esa no viajaban entre mundos, ¿verdad? ¿O sí? Da igual... —Se quedó reflexionando un momento antes de continuar—. ¿Y dices que yo soy la Elegida? ¿Que tengo que viajar al otro mundo? ¿Te estás oyendo?

—Me oigo. Sé lo que estoy diciendo y lo que puede parecerte, pero es la verdad. Si no, no estaría aquí contándote todo esto. Sin embargo, la realidad es que puedo ver tus sueños. Y en ellos viajas a Sahymir; por eso te he podido localizar. La profecía habla de una chica que tendrá el poder de viajar entre los mundos. Además, el parecido físico con su descripción es innegable. Creo que reúnes los requisitos.

—Sí, tengo la piel un poco pálida, si te refieres a eso. Ya quisiera yo ser más morena... —Se miró los brazos—. Pero de ahí a que sea la Elegida por no tomar el sol...

—He visto muchas cosas, Alejandra. Créeme. He conocido a muchas personas. Personajes históricos como Jesucristo, Miguel Ángel, John Lennon... Todos tenían un don especial, pero ninguno podía viajar a Sahymir. Solo los Yrakhy pueden. —Hizo una pausa—. Y tú, Alejandra. He estado en muchos lugares, en sitios que no podrías ni imaginar, en guerras, celebraciones..., pero nunca antes he podido viajar a Sahymir a través de los sueños de otra persona. Solo he podido hacerlo contigo. Eres la Elegida. No tengo ninguna duda de ello.

—Acabas de decir que soy más importante que Jesucristo. Eso precisamente lo dijo John Lennon, otro per-

sonaje al que mencionas, y se lio una buena. Teniendo en cuenta que me gustan especialmente los siglos xx y xxi, entiendo que estudias tus palabras. Si soy sincera contigo, cuando quedamos no tenía ni idea de lo que ibas a contarme, pero nunca imaginé que fuera algo así.

—Supongo —la interrumpió el hombre— que uno nunca se espera que le digan que es la Elegida. Si te parece, te dejo ver la película y, cuando termine, seguimos hablando fuera.

Alejandra asintió y trató de olvidarse de lo que acababan de hablar y disfrutar de una de sus películas favoritas. Estiró el brazo y cogió un puñado de palomitas sin desviar la mirada de la pantalla. Por suerte, aquel futuro distópico de *Interestelar* no se había producido y nadie tenía que subirse a naves espaciales en busca de agujeros de gusano para viajar a otros mundos. Aquello pertenecía a la ciencia ficción. Pero, aun así, la historia era profunda. Su mensaje, a pesar de que tenía casi ciento cincuenta años, permanecía vigente. Volvió a coger palomitas de nuevo y trató de concentrarse en la película, pero le resultó imposible. No podía dejar de pensar en lo que le había contado aquel hombre. Y le daba rabia. Si eran locuras de un vagabundo, ¿por qué les estaba dando tanta importancia?

Nathan permaneció a su lado con la mirada fija en la pantalla, sin girarse para hablarle ni mirarla; de vez en cuando, también cogía un puñado de palomitas. Cuando terminó la película y las luces se encendieron, la invitó a salir al exterior. En la calle, comprobaron que había oscurecido.

—Sígueme —le pidió—. Aquí detrás hay un callejón solitario.

Ella cruzó los brazos. No pensaba seguir a ese hombre a un lugar así.

—¿Qué debo hacer para que confíes en mí? —preguntó él, y le tendió la mano—. ¿De verdad crees que me he inventado toda la historia solo para hacerte algo en un callejón?

Alejandra suspiró.

—Supongo que tienes razón, pero debes saber que llevo un spray inmovilizador en mi bolso.
—Lo sacó para mostrárselo.

—No tendrás que usarlo —respondió él con una sonrisa para intentar restarle importancia al asunto.

Avanzaron hasta el interior del callejón y, tras comprobar que nadie los observara, Nathan retomó la palabra.

—Te he traído hasta aquí porque vamos a abrir un portal hacia el otro mundo. Quiero mostrarte que todo lo que te he contado es real. Quiero que lo traspases y viajes allí, que lo compruebes con tus propios ojos.

—¿Qué? ¿De verdad crees que existe todo eso? Pensaba que eran metáforas o alegorías. Debes de estar completamente fuera de la realidad.

—¡Por supuesto que es real! —Nathan se puso serio—. ¿Crees que he estado inventando historias o contándote cuentos de hadas? ¿O que estoy haciendo todo esto para entretenerte? Todo lo que te he dicho es verdad. Dame tus manos. —Ella obedeció y él las tomó con suavidad—. Ahora cierra los ojos. Deja la mente en blanco. Escucha solo mi voz... Estamos abriendo un portal hacia Sahymir. Te llevará al Templo de Ahykrum, la ciudad que has visto en llamas.

A continuación, comenzó a recitar una serie de palabras en una lengua extraña que Alejandra no supo identificar.

—*Intala imaltuu, gara gama biraatti imala. Imala gara magaalaa* —repitió aquellas palabras dos o tres veces, como si fuera un mantra—. Ahora, abre los ojos.

Ante ella, en el extremo interior del callejón, flotando sobre el suelo, había una esfera de luz azul y blanca de unos dos metros de diámetro que giraba con lentitud sobre sí misma. Despedía pequeños rayos de luz y emitía un leve zumbido.

—¿Qué es eso? —Alejandra no había visto nada igual en su vida.

—El portal.

—Pero... ¿cómo? No puede ser... —dijo mientras se acercaba con cuidado para observarlo más de cerca.

—Atraviésalo.

—¿Yo? ¿Estás seguro? —Extendió la mano para tocar la esfera de luz. Notó como los pequeños rayos se dirigían a sus dedos y le hacían cosquillas al contactar con su piel—. Esto es increíble —añadió mientras trataba de buscar alguna explicación racional y científica.

Nathan dejó que se tomara el tiempo que necesitara para observar aquel portal. Tras unos segundos, Alejandra se giró y buscó sus ojos.

—¿Y quieres que cruce esto? —preguntó con un tono de voz distinto. La incredulidad había dado paso a la certeza. Fuera lo que fuera aquello, era real, podía verlo, tocarlo y sentirlo.

—Sí, así es. Debes cruzarlo. Una vez al otro lado, busca a Atsutev. Pregunta por ella.

—¿Quién es? ¿Me ayudará a regresar?

—No lo sé. No puedo predecir cómo ni cuándo regresarás. Te engañaría si dijera lo contrario. Recuerda que eres la Elegida. Puede que esto marque el comienzo de un largo camino.

Al oír aquella historia de nuevo, Alejandra volvió al estado de incredulidad. Ver el portal la había hecho creer, pero esas palabras le recordaron la historia fantástica que le había contado en el interior del cine. Se separó de la esfera de luz y cruzó los brazos.

—Pero ¿no lo entiendes? —le dijo—. No voy a cruzar ese maldito portal a un mundo desconocido si no sé cómo regresar. —Alejandra elevó la voz—. Antes de meterme ahí, tengo que saber cómo regresar.

Alejandra no entendía lo que acababa de decir. Por un lado, no creía en esa historia, pero, por otro, le preocupaba quedarse atrapada en otra dimensión, o donde quiera que condujera aquel portal, y no poder regresar a su mundo.

—Atsutev te guiará. Puedes estar tranquila. Yo confío en ella. Y tú puedes confiar en mí. Dame el bolso, lo dejaré aquí a mi lado.

Alejandra se lo dio. Eso era lo que menos le preocupaba en ese instante.

—Pero todavía no me has dicho quién es Astusev.

—Atsutev, se llama Atsutev. ¿Quién es? No necesitas saberlo. Al menos por ahora. Lo descubrirás cuando la conozcas. No tienes nada que temer. Estarás segura. Cuando llegues a Sahymir, solo tienes que preguntar por ella.

—Bueno, hablas en femenino, así que al menos deduzco que es una mujer. Supongo que esto es algún tipo de broma o de prueba o, en el peor de los casos, me estoy volviendo loca y esto no es real. Solo es producto de mi mente. Sea lo que sea, terminemos con ello. Vamos allá.

Con esas palabras trató de acabar con el trámite lo antes posible. Dio la espalda a Nathan y miró de nuevo hacia aquella esfera de luz. Aunque no terminaba de creerse toda la historia que le había contado aquel hombre, era innegable que el portal era real y tangible. Acababa de tocarlo y de notar la electricidad estática que desprendía en sus dedos. Tras observarlo una última vez, Alejandra tomó aliento, como si se estuviera preparando para sumergirse bajo el agua, cerró los ojos y avanzó hacia el portal. Cogió con su mano el colgante de jade y lo apretó con fuerza. Un paso, dos pasos... Una sensación extraña, líquida, eléctrica, fría, cálida, invadió todo su cuerpo.

CAPÍTULO 3:

AL OTRO LADO DEL PORTAL

Las Montañas de la Creación se alzaban majestuosas con sus cinco picos coronados por una nieve eterna. En sus laderas, los primeros enanos habían erigido las Doce Fuentes. Eso sucedió hace muchísimo tiempo, antes de que abandonaran las duras rocas de las montañas y se dirigieran al sur, hacia tierras más llanas y fáciles de cavar.

Hacia el norte, al otro lado de la cordillera helada, se extendía una fértil llanura que albergaba un gran lago y un río que lo alimentaba. En esa región había florecido un frondoso bosque que había sido el hogar de los elfos durante muchos años. No obstante, en la actualidad, su morada se encontraba en la ciudad situada en la costa occidental del lago: Ahykrum, la última ciudad que se había fundado y la más esplendorosa de todas.

Sus murallas blancas se alzaban majestuosas y protegían la ciudad de cualquier amenaza. Desde lo alto de los muros, los centinelas elfos vigilaban con ojos agudos para asegurarse de que ningún peligro se acercara a su amada ciudad. Las murallas, adornadas con intrincados grabados que contaban la historia de los elfos, se extendían hasta tocar las aguas cristalinas del lago, donde se encontraba el puerto pesquero.

El puerto de Ahykrum era un lugar bullicioso y lleno de actividad. Los barcos elfos, de madera y velas blancas, salían y regresaban con sus capturas diarias de pescado fresco y marisco. Los pescadores iban y venían para llevar consigo las delicias del lago que abastecían a la ciudad.

Cuando vivían en el bosque, los elfos se alimentaban solo de las frutas que la madre naturaleza les proporcionaba. Sin embargo, cuando emigraron a la ciudad, el paso del tiempo y el continuo contacto con los humanos y sus costumbres hicieron que se adaptaran a la vida urbana y sus necesidades. Por ello, los que habitaban Ahykrum vivían en una sociedad regida por costumbres humanas, si bien la gracia y la belleza de su especie no se habían marchitado. A diferencia de los hombres, solo consumían lo estrictamente necesario y agradecían cada alimento que consumían.

Alejado del bullicio del puerto, en el corazón de Ahykrum se alzaba el templo, un edificio de mármol blanco con arcos altos y columnas esculpidas con detalles élficos. Era un lugar de paz y espiritualidad, donde los elfos se reunían para honrar a los dioses que habían guiado sus vidas durante generaciones. El templo estaba rodeado de hermosos jardines llenos de flores de colores vivos y fuentes que cantaban canciones de agua.

En uno de los extremos de la ciudad se encontraba la biblioteca, un edificio tan impresionante como el templo pero de una belleza diferente. De forma circular, estaba rematado por una gran cúpula, y en su interior las estanterías se extendían hasta el infinito, llenas de antiguos pergaminos, libros encuadernados en piel y manuscritos escritos por sabios. Los elfos valoraban el conocimiento tanto como su conexión con la naturaleza, y la biblioteca era un lugar de aprendizaje y descubrimiento.

En el otro extremo de la ciudad, sobre una colina, se alzaba el palacio donde se tomaban las decisiones que guiaban Ahykrum. El majestuoso edificio de mármol dorado y plata era la residencia de los gobernantes elfos, que lideraban con sabiduría y compasión. Desde los balcones del palacio había una vista panorámica de la ciudad y del lago que se extendía más allá.

Ahykrum era una ciudad grande y hermosa, un lugar donde la magia y la naturaleza se entrelazaban con la civilización. Los elfos habían creado un refugio de esplendor y armonía, reflejo de su propia existencia.

Pero nada de eso observó ni supo Alejandra cuando apareció en ese lugar.

Tras la deslumbrante luz blanca y azul que emanaba del portal, tuvo que esperar un tiempo para que sus ojos se acostumbraran y así poder ver dentro de aquel lugar en penumbra. Cuando por fin logró hacerlo, pudo comprobar que se encontraba en lo que parecía ser una cripta

iluminada por la luz de unas antorchas. El espacio era circular, construido con piedras húmedas, sin ningún tipo de decoración, excepto por una hornacina que contenía una figurilla de marfil con forma de serpiente. La tomó entre sus manos y la examinó con detenimiento. Estaba tallada con meticulosa precisión: mostraba cada escama, los ojos, los orificios nasales... Pero no dejaba de ser una simple serpiente. La dejó en su lugar. Consideró que no había nada más que hacer allí y ascendió por unas escaleras de caracol, también de piedra, hacia la superficie.

Después de varias vueltas, aunque no podría decir cuántas con exactitud, Alejandra logró llegar a su destino: un amplio espacio diáfano rodeado por columnas blancas de un material semejante al mármol y de madera. Los arcos que las unían para formar el techo recordaban a las costillas de una ballena, o al menos eso le pareció a Alejandra.

Enseguida le llamaron la atención las vidrieras de múltiples colores, que iluminaban el interior del templo y formaban una serie de arcoíris que danzaban entre las columnas que separaban la nave central de las laterales.

Avanzó hacia el centro del templo y se acercó a lo que parecía ser el altar mayor, un majestuoso templete sostenido por cuatro columnas cuyos fustes estaban formados por serpientes que se entrelazaban para formar una pequeña cúpula. Tras él, una gran cristalera circular representaba también a cuatro serpientes entrelazadas. Entonces, lo comprendió: los arcos del edificio no imitaban el interior de un pez, sino el de un reptil, similar a la figura que había visto tallada en marfil en la cripta. Aquel templo debía de estar consagrado a ese animal.

Justo debajo de la vidriera circular había un retablo de madera cuyo centro albergaba una custodia litúrgica: una figura femenina elevaba los brazos hacia arriba y hacia delante para mostrar el motivo de su propia existencia, un medallón dorado con cuatro serpientes entrelazadas. En ese punto, Alejandra se giró para ver el templo desde otra perspectiva. El espacio era grande y diáfano, y estaba iluminado por las cristaleras de las naves laterales. Alejandra se quedó mirándolas. Eran realmente bellas. Entonces, se dio cuenta de que había unas pinturas murales debajo de ellas, pero desde donde se encontraba no podía distinguir las bien, así que se acercó para observarlas mejor.

Según pudo interpretar Alejandra, en la primera de ellas se describía la creación de un mundo habitado por dos tipos de seres humanos: los magos y los científicos. En la siguiente, siempre que su teoría fuera correcta, los magos y los científicos comenzaban a luchar entre ellos. A continuación, cuatro serpientes emergían de distintos lugares y separaban el mundo en dos, con los magos a un lado y los científicos en otro. La última de las pinturas era algo distinta a las demás: no había ni hombres ni científicos ni serpientes; solo mostraba un puente con un templete en medio, parecido al que acababa de ver, que se alzaba sobre un abismo en un paisaje desértico. Tardó un poco en entenderlo, pero enseguida se dio cuenta: ¡era la historia que Nathan le había contado antes de cruzar a este mundo!

—*Akham kyrtu khamarre. ¿Esha dhukte?* —dijo despacio una voz grave detrás de ella.

Alejandra se sobresaltó al oír esas palabras. Se giró y se encontró con lo que parecía ser un elfo alto, robusto y de facciones severas. Llevaba una túnica marrón con el símbolo de las cuatro serpientes grabado en el pecho. Su aspecto, junto a su cabeza sin pelo, indicaba que debía de ser un monje o un sacerdote de aquel templo.

—Uy, me temo que no entiendo lo que estás diciendo. —Fue lo único que a Alejandra se le ocurrió decir.

—*Dhykama nak tokha. As yrra akka hyn tane nan arka* —volvió a hablar el elfo con su voz

grave y seria.

—De verdad, no entiendo nada en absoluto —respondió Alejandra con total sinceridad, algo preocupada por lo incómodo de la situación.

—*Dhakekathu*. —Se llevó las manos a la oreja—. *Dhakekathu*.

Y de pronto, Alejandra lo entendió.

—¡«Escucha»! ¡Has dicho «Escucha»! —No tenía ni idea de cómo lo sabía, pero tenía la certeza de que había dicho eso.

—¡*Kary!*

—¡«Bien»! ¡Has dicho «Bien»! —Alejandra no podía estar más sorprendida—. Ahora estoy empezando a entenderte.

—¡*Baayhe kary! Akasy ytty kutu kadba akkamyt akka na hubatu ni argita*.

—«¡Muy bien! Sigue así y acabarás entendiendo». ¡No me lo puedo creer! ¡Te entiendo!

—No dudaba de ti. Eres muy inteligente, joven.

—¡Pero ahora hablas mi idioma! ¿Por qué?

—No, no hablo tu idioma. No he dejado de utilizar el mío, pero tu cerebro ahora está traduciendo lo que escuchas, del mismo modo que yo te entiendo a ti sin conocer tu idioma.

—¿Cómo puede ser? ¡Es imposible!

—¿Imposible? Simplemente, es así. Es la voluntad de la Madre. No sabría decirte por qué sucede. ¿Por qué sale el sol cada mañana?

Alejandra se quedó pensando. No entendió esa pregunta tan simple.

—Bueno, el Sol sale porque la Tierra gira...

El semblante del sacerdote se tornó serio y su gesto de desaprobación hizo que Alejandra optara por no continuar hablando.

—El Sol sale porque es la voluntad de la Madre. Nosotros nunca podremos entender sus razones. No le busques explicaciones más profundas. Las cosas son así porque así deben de ser —sentenció el elfo, y la observó.

Alejandra trató de parecer relajada y de sonreír. Tenía que salir airosa de esa conversación. Tras unos segundos, el elfo habló de nuevo:

—Soy Onahyram. El Kahymi o sacerdote de la Madre. Disculpa que no me haya presentado antes. Y ahora que podemos comunicarnos, si te parece, repetiré la pregunta que te hice cuando te vi observando los murales: ¿de dónde vienes, joven dama?

—¿Eso fue lo que dijiste? Y yo no entendí nada entonces... Me llamo Alejandra y creo que he salido de un portal de otra dimensión: el mundo de la ciencia, Orkan o algo por el estilo.

—Orkham se llama... —reflexionó—. Si has venido de allí, entonces eres Intala Imaltu: la que viaja entre mundos. ¿Quién te dijo que se llamaba así tu mundo?

Alejandra dudó en contestar. No sabía si debía decir su nombre, pero no tenía otra alternativa que decir la verdad.

—Nathan.

El sacerdote pareció no reconocer el nombre, así que Alejandra optó por continuar hablando.

—Él fue quien me contó todo. Me dijo que era un Yrakhy, un vigilante, creo. Sí, era el vigilante de mi mundo.

Al oír eso, la expresión del monje cambió de forma drástica.

—¿El Yrakhy de Orkham? ¿Qué es lo que te contó?

Alejandra entendió que, a pesar de que no conocía el nombre de Nathan, aquel sacerdote tenía un gran respeto por la figura del Yrakhy, así que decidió contárselo todo.

—Me dijo muchas cosas, en realidad: me contó la historia de este mundo, la que está

representada en los murales. La guerra entre los magos y los científicos, la división y lo de la promesa... —dudó si decirlo o no—. Y que yo era la Elegida para unir ambos mundos.

—¿La Elegida? ¿Yetemet Ewy? ¿La elegida de las escrituras? ¿Te dijo eso? ¿Por eso te envió? —Onahyram se rascó la cabeza mientras reflexionaba—. Intala Imaltu y Yetemet Ewy son la misma persona... Pensaba que serían distintas.

El elfo calló y permaneció en silencio, reflexionando sobre las consecuencias que ese descubrimiento podría tener. Al ver que no decía nada, Alejandra optó por hablar.

—Pues parece que, según Nathan, la Elegida y la que viaja entre mundos soy yo.

—Eso parece, desde luego. ¿Y qué se supone que debes hacer aquí? ¿Te dio alguna indicación? Si realmente te envió él, debes saber que estoy a tu completo servicio.

—Solo me dijo que preguntara por Atsutev. Que ella me ayudaría a regresar a casa.

Onahyram dio un pequeño salto y palideció al oír ese nombre.

—¿Te habló de ella? ¡Santa Madre! Entonces es verdad, y sí que es serio el asunto.

—¿Quién es Atsutev?

—¿No lo sabes? ¿No te lo dijo? Es la última de los Kerik, la estirpe de la Madre. Este templo está dedicado a ella. Como te dije, yo soy un Kahymi, un sacerdote, un siervo de la Madre. Los Kerik-Ama hicieron la División, pero ahora solo queda ella. Vive lejos de la ciudad, en las Montañas de Fuego. No podrás ir andando. Ven.

Onahyram comenzó a caminar hacia la puerta principal, una gigantesca estructura de madera. La abrió lo suficiente como para que Alejandra pudiera salir al exterior por ella. Tras unos segundos en los que, de nuevo, tardó en adaptarse a la luz, Alejandra observó que frente a ella había un jardín de bellas flores y plantas extrañas, todas frondosas y verdes. Miró más allá y descubrió que se encontraban en un lugar elevado. El templo estaba construido sobre una gran plataforma piramidal con escaleras monumentales a los lados, que tenía la misma altura que las viviendas circundantes, lo que permitía tener una vista panorámica de la ciudad.

—Te presento Ahykrum, la Ciudad de Plata, la última ciudad libre y la más occidental de Sahymir. Fue fundada al otro lado del Lago de Fuego por los elfos que abandonaron los bosques.

Alejandra reconoció las bellas estructuras de las viviendas, el lago a un lado y las montañas al fondo. Era la ciudad con la que había soñado, pero no estaba en llamas. No la estaban atacando.

—Pero en mi sueño... —dijo en voz alta sin darse cuenta.

—Estaba siendo atacada.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo también lo he visto. Soy un Kahymi. No tengo la sabiduría ni los poderes de los Yrakhy, pero puedo vislumbrar el futuro en sueños. También he visto la ciudad arder.

—¿Y no podemos evitarlo?

—No lo creo —se lamentó. En ese instante, su rostro pareció envejecer de repente—. Tener la capacidad para ver el futuro no siempre es una bendición cuando no se puede cambiar. Hay una guerra que avanza hacia nosotros, pero no podemos evitar que llegue aquí. Su ejército es inmenso, el más grande que jamás se haya visto. Es solo cuestión de tiempo que esta ciudad quede destruida.

—Pero tiene que haber algo que podamos hacer para evitarlo. ¿No eres tú quien gobierna esta ciudad?

—¡No! Yo solo doy consejo, ayuda e intercedo. Trato de que se cumpla la voluntad de la Madre —dijo con la mirada en el horizonte; después, se giró y la miró a los ojos—. Sin embargo, hay una manera en la que podríamos ayudar. Si de verdad eres la Elegida, debes unir magia y

ciencia de nuevo. Crear un nuevo mundo, ya que este está abocado a la destrucción. Vamos, te presentaré a Ahivy. Es un elfa blanca, joven, de tu misma edad. ¡Ah! Pero antes de eso, debo darte una cosa.

Onahyram entró de nuevo en el templo y dejó sola a Alejandra en medio de la plataforma elevada con aquel bello jardín y vistas a la ciudad. Se asomó a uno de los extremos y miró el lago de agua azul y cristalina. Era el mismo lago que en su sueño se veía rojo. Luego, dirigió la mirada hacia el otro lado del lago. La costa permanecía verde y libre de enemigos o amenazas. Giró la cabeza al norte, hacia aquellas montañas que habían tenido lava o fuego, pero tampoco había rastro de ello, solo unas simples montañas en el horizonte. Unos pájaros blancos, quizás palomas, pasaron cerca de Alejandra y le hicieron desviar la vista. Aquel era un paisaje idílico.

—Ya estoy aquí —interrumpió el sacerdote, que llevaba algo en la mano—. Esto que voy a entregarte nunca se ha usado antes —dijo, y extendió la mano hacia Alejandra para mostrarle un medallón dorado con símbolos grabados—. Se llama Ayrhiel. Es el medallón que portará la Elegida. Lo forjaron los Kerik-Ama después de la División. Te ayudará en tu camino. —Se acercó y se lo puso en la mano. Después, con delicadeza, le cerró los dedos en torno al amuleto.

Alejandra fue a colgárselo, pero antes se quitó el colgante con la piedra de jade. Enrolló con delicadeza el cordón y lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Entonces sí, se colgó el amuleto en torno al cuello. A pesar de su grosor, era ligero y no le molestaba llevarlo. Después, lo separó de su cuerpo para observarlo: cuatro serpientes se entrelazaban para formar un círculo. Era el medallón que había visto en el interior del templo.

—¿Para qué sirve? —preguntó.

—Nunca se ha utilizado, pero creo que ha llegado la hora. Su poder tendrás que descubrirlo por ti misma. Ahora eres su portadora. Quien te vea con el talismán colgado al cuello te identificará como Yetemet Ewy: la Elegida. Solo ella puede llevarlo. Seguro que eso te servirá de ayuda. Vamos, ven. Te iba a presentar a alguien.

Descendieron la gran escalinata por la que se accedía a la plataforma donde se encontraba el templo. La llevó hasta unos humildes aposentos de madera junto a un establo, que contrastaban con los edificios altos y bellos de su alrededor. En la entrada, una joven elfa vestida con un fino traje marrón claro barría el suelo. Alejandra, que nunca había visto a una elfa, se quedó maravillada por su belleza: era alta y delgada, de rasgos finos y piel blanca. Su pelo era largo y liso, de color plata, adornado con finas trenzas. Onahyram la llamó.

—Ahivy, ven.

Al oírlo, la elfa dejó la escoba, se sacudió las manos y el vestido y se acercó a ellos sin decir nada.

—Te presentó a Alejandra —habló de nuevo Onahyram—. Encuéntrale un lugar donde quedarse. Pasará la noche con nosotros.

—Es humana... —Se quedó inmóvil, sin saber qué decir—. ¡Y lleva a Ayrhiel! ¿Por qué...?

—Así es —respondió con calma el sacerdote—. Y así debe ser. Es nuestra invitada. Haz lo que te he indicado.

—Pero... —Fue a insistir, quería preguntar por qué llevaba el medallón. No lo entendía, pero sabía que sería inútil, así que desechó la idea—. Sí, Kahymi. Le buscaré una habitación.

—Mañana la acompañarás a visitar a Atsutev.

—¿A ver a Atsutev? —repitió sorprendida Ahivy—. Creía que nadie podía hablar con ella...

—Y así es, pero esta joven es especial. Saldréis al amanecer. Te ayudaré a preparar todo lo necesario. Se tarda dos días a caballo. Haréis noche en el camino.

—¿Y yo? ¿Podré...?

—No —la interrumpió—, tú no te acercarás a Atsutev. No hablarás con ella. Alejandra es la elegida para hacerlo, no tú. ¿Queda claro?

Ahivy no tuvo más remedio que asentir e invitó a Alejandra a que la siguiera. Entraron en el edificio que había junto al establo cuya puerta se encontraba barriendo Ahivy. Su interior alternaba paredes blancas y lisas con otras de madera vista. En conjunto, no difería demasiado de una sencilla casa rural de su mundo, pensó Alejandra. Su guía, a pesar de que se mostraba poco locuaz, trataba de sonreír a su invitada y ser cortés, mientras le mostraba las distintas estancias de la vivienda. Primero fueron al dormitorio, después le enseñó dónde lavarse y, por último, la llevó hasta el comedor.

—Te traeremos comida para que tomes algo antes de acostarte —le dijo cuando se dio cuenta de que no había ningún alimento.

Después se despidió y salió al exterior. La elfa estaba contrariada por la presencia de la humana, así que decidió visitar a Onahyram. Ascendió por las escaleras de la plataforma hasta llegar a la portada principal del templo. Desde allí, bordeó el perímetro hasta llegar a la parte posterior, donde se encontraban una serie de celdas habilitadas para los sacerdotes que atendían el templo. En realidad, Onahyram, por su categoría y estatus, podría alojarse en una lujosa vivienda junto al palacio de la ciudad, pero su espíritu devoto y su humildad le hacían permanecer allí, junto al edificio que consideraba su verdadero hogar.

Ahivy abrió la sencilla puerta de madera y accedió a un pasillo. Avanzó hasta el habitáculo del sacerdote y, sin llamar, entró en su celda. Lo encontró de rodillas, rezando con las manos juntas frente a la mesita. En ella, había una pequeña estatuilla de la Madre. Al percatarse de su presencia, el sacerdote se incorporó.

—Perdona que te moleste —dijo Ahivy—. Quería hablar contigo.

—Sé lo que has venido a decirme.

Onahyram se sentó en la cama e invitó con un gesto a Ahivy a que hiciera lo mismo.

—Kahymi, una vez me dijiste que, cuando llegué a la ciudad, los sabios quisieron llevarme ante la Última de los Kerik-Ama. —El elfo asintió—. Y tú no lo permitiste porque solo era un bebé. Les dijiste que cuando llegara el momento iría yo.

—Así es, Ahivy...

—Déjame terminar, por favor. —Hizo una pausa y buscó su aprobación para continuar hablando. Cuando se la dio con un leve movimiento de cabeza, retomó su argumento—. Ha pasado mucho tiempo. Ya no soy un bebé, ni una niña. Voy a cumplir la mayoría de edad. Estoy preparada para ir a visitarla. Tengo muchas preguntas que hacerle. No puedo llevar a esa humana...

—Alejandra —la corrigió.

—Alejandra. Bueno, como se llame... —dijo—. Pues no puedo llevar a Alejandra ante la Última de los Kerik-Ama y quedarme de brazos cruzados sin visitarla.

—Ahivy —le puso la mano en el hombro—, lamento que no compartas mi punto de vista o que no te agraden mis palabras, pero solo puedo decirte que aún no ha llegado el momento. No todavía. Cuando llegue, te prometo que hablarás con ella y podrás preguntarle todo lo que desees. Pero ese momento no ha llegado.

Al escuchar aquello, la elfa se levantó de la cama y lo miró fijamente. Fue a decir algo, pero Onahyram se adelantó.

—Muchas veces —habló en tono conciliador— las cosas más sencillas son las que lleva más tiempo elaborar. Eres joven e impaciente, y así debe ser. Aunque me veas mayor, yo también fui joven y sentí las cosas que tú sientes ahora. Pero debes hacerme caso, aprender de la sabiduría de

los mayores. Solo tienes que obedecer.

—¿Obedecer? —dijo sorprendida al ver que no tenía otra alternativa—. Como usted diga, entonces.

Hizo una reverencia y se retiró. El sacerdote suspiró y se lamentó por no haber sabido escoger las palabras correctas. Tenía fe y esperanzas en Ahivy, aquel bebé al que había criado como si fuera su propia hija. Los Kahymi no podían tener familia, pero, dado lo extraordinario del caso, cuando él se presentó voluntario para hacerse cargo de ella, el Consejo de la ciudad aceptó. En realidad, no había nadie más capacitado que él para educarla, así que los últimos catorce años, además de servir a la Madre, Onahyram los había dedicado a enseñarle a andar, a hablar, a comer y a comportarse con educación. Todo lo que habrían hecho un padre y una madre. Pero no había sido solo eso, sino que había ido más allá: le había enseñado la fe, para que un día pudiera guiar a su pueblo. La había adiestrado en las armas para que un día pudiera dirigir un ejército. Y le había hecho estudiar las antiguas escrituras para que un día pudiera gobernar con justicia. Aunque Ahivy no lo supiera, Onahyram la estaba preparando para que, cuando llegara el día, pudiera heredar el gobierno de la última ciudad fundada por los elfos. Pero en momentos como ese, cuando discutían y Ahivy se marchaba enojada, se preguntaba si estaba obrando de forma correcta y si era capaz de transmitirle todo el amor que sentía hacia ella, como harían sus verdaderos padres.

Al ver que no podía hacer nada por resolver todas esas dudas, se puso de rodillas de nuevo, cogió la estatuilla de la serpiente y se dispuso a rezar, pero esa vez no pudo. En su lugar, le pidió a la Madre que ayudara a Ahivy en su camino. Estaba seguro de que lo necesitaría.

Mientras, Alejandra siguió las indicaciones que Ahivy le había dado y llenó la tina metálica con agua tibia. Dudó si desnudarse y miró a su alrededor antes de hacerlo, pero la puerta estaba cerrada y allí no había nadie más; y, por otro lado, no se iba a bañar vestida. Entre otras cosas, porque no tenía otra muda. Así que dejó su ropa en un lado y se metió en el agua con las piernas flexionadas. Aquello parecía un sueño, uno de verdad, no como las pesadillas que tenía en los últimos tiempos. Cerró los ojos y trató de olvidarse de todo, de disfrutar del momento. Sin embargo, solo lo consiguió durante unos segundos. Enseguida le vinieron a la mente sus padres. ¿Qué hora sería en su mundo? ¿Sería muy tarde? ¿Estarían preocupados sus padres al ver que no regresaba? ¿Habrían llamado a la policía? Y en ese caso, ¿habrían seguido su rastro hasta el cine y aquel callejón? No había desactivado el asistente virtual, por lo que el Sistema sabía dónde se encontraba. Al menos su bolso, con Nathan junto a él. ¿Lo acusarían de haberle hecho algo? ¿Qué explicación podría darles Nathan a la policía y a sus padres? ¿Les contaría la verdad?

Agobiada por el torrente de preguntas sin respuesta, cogió aire y sumergió la cabeza en el agua para después gritar con todas sus fuerzas. Cuando comenzó a tener frío, salió de la tina y se secó con una toalla esponjosa, se vistió y probó la comida que le habían dejado preparada sobre la mesa del salón: una ensalada con extraños vegetales y la salsa más buena que había probado jamás. La bebida era una especie de zumo de una fruta que no supo identificar, pero que también estaba sabroso. Cuando terminó, se dirigió a la entrada y puso la mano en la puerta para abrirla y salir al exterior. Pero, en el último instante, no se atrevió. La elfa se había extrañado porque fuera humana y llevara aquel medallón. ¿Y si llamaba demasiado la atención? ¿Y si alguien la veía y le decía algo? Se encontraba en un mundo que no conocía; era mejor no tentar a la suerte. Al final, quitó la mano de la puerta y se dirigió a su habitación, un espacio pequeño y austero con un jergón y una silla para dejar sus pertenencias.

Se asomó a la ventana y vio que el sol ya se había ocultado, por lo que asumió que era un

buen momento para acostarse. Se sentó en el colchón de paja y se preguntó si se estaba volviendo loca. Porque, para ser un sueño, aquello duraba ya demasiado.

Alguien llamó a la puerta y la abrió despacio sin esperar aprobación.

—Perdona si fui un poco brusca antes —se disculpó Ahivy—. Llevo toda mi vida deseando hablar con Atsutev, y Onahyram nunca me ha permitido hacerlo. Y ahora, de repente, llegas tú y tengo que llevarte hasta ella. Sin embargo, me prohíbe de forma expresa que yo también hable. No entiendo por qué se comporta así conmigo.

Alejandra no estaba segura de haberla entendido bien.

—¿No te deja hablar con Atsutev? ¿Por qué? ¿Y por qué es tan importante? ¿Quién es? ¿Por qué nadie me lo dice?

Ahivy se tapó la boca con sus delicadas manos. Quizás no tendría que haber dicho eso.

—Perdona. Creía que lo sabías. Creía que te habían dicho quién es Atsutev. —Hizo una pausa y dirigió la mirada hacia el medallón que Alejandra llevaba colgado al cuello, el que le había dado el sacerdote—. Pero no tienes que preocuparte por eso. Veo que llevas a Ayrhiel contigo... Eso solo puede significar que eres la Elegida. No logro entenderlo, solo eres una chica humana. Pero, si es así, si de verdad eres la elegida, no puedo hacer más que pedirte disculpas.

Alejandra la observó con calma. Como todos los elfos, Ahivy era hermosa y joven. Tenía una presencia magnética, difícil de resistir, aunque Alejandra fuera humana y Ahivy, elfa.

—No te preocupes —dijo al fin—. No pasa nada. Por mi parte, no hay ningún problema.

—En ese caso, me quedo más tranquila. Mañana partiremos temprano. No te molesto más. Descansa.

Cuando Ahivy se fue, Alejandra se quedó un tiempo mirando la puerta. Aunque era evidente que a la elfa no le hacía gracia su presencia allí, había demostrado ser cortés y educada; le hablaba siempre con una sonrisa en la cara. Alejandra pensó que era imposible estar molesta o enfadada con ella. De hecho, la veía incapaz de hacer algo que la molestara.

Tras descubrirse embobada con la mirada en la puer-ta, apagó la vela y se acostó en el colchón de paja sobre el suelo de madera. Recordó su habitación, con la pared rosa y las estrellas fluorescentes, y la de enfrente, gris con los pósteres. Y entonces recordó lo que le había dicho a su padre cuando salió de casa para ir al cine: ¡que no se podía ir muy lejos! Hasta esa tarde, nunca habría imaginado que existiera todo este mundo, y mucho menos aún que ella fuera capaz de protagonizar una aventura. ¿Sería todo una locura? Cerró los ojos y deseó con fervor que no lo fuera, y que tampoco fuera un sueño; que al día siguiente, cuando se despertara, continuara allí, en esa habitación, tumbada en ese colchón de paja. No quería dejar atrás esa increíble y fantástica aventura.

CAPÍTULO 4:

HACIA LAS MONTAÑAS DE FUEGO

No había amanecido del todo cuando Ahivy llamó a la puerta.

—¿Se puede? ¿Estás despierta? —preguntó desde el pasillo.

—Sí, adelante —respondió Alejandra, que había pasado la mayor parte de la noche en vela.

Ahivy entró y la miró con seriedad.

—¿Estás lista?

—Supongo —dijo mientras se encogía de hombros y se frotaba los ojos.

A diferencia del día anterior, la elfa vestía un traje largo de fina seda blanca con el emblema de las cuatro serpientes entrelazadas en el pecho. El uniforme lo completaban una capa de color verde oscuro, un arco y un carcaj colgados del hombro.

—Entonces, vamos.

Al salir al exterior, Alejandra advirtió que había una fina capa de niebla. Ahivy la guio hasta los establos, donde se encontraron con Onahyram. Mientras las esperaba, había sacado dos caballos, uno blanco y uno marrón, de sus cuadras y había echado sobre sus lomos comida para el viaje.

—Buenos días —las saludó—. Espero que hayas podido descansar, Alejandra. No todos los días se viaja de un mundo a otro y, si no me equivoco, en el vuestro no dormís en jergones sobre el suelo.

—He dormido bien —mintió con la mejor de las intenciones—. El colchón de paja era muy cómodo.

—Me alegro, entonces. —Sonrió y se echó a un lado para dejar paso a Ahivy.

—Este es Vomailos y este es Rielionsa. —La elfa presentó a los caballos señalando el blanco y el marrón de forma consecutiva. Luego, se montó en Vomailos—. ¿Sabes montar?

Era la primera vez que Alejandra veía un caballo de carne y hueso, pues en su mundo se habían extinguido antes de que ella naciera. Por lo tanto, no tenía ni idea de cómo montar. Ante su silencio, Onahyram intervino.

—No te preocupes. Te ayudaré a subir. Ataremos con una cuerda un caballo al otro y Rielionsa seguirá los pasos de Vomailos.

El sacerdote se agachó y juntó las manos para que Alejandra pudiera poner el pie en ellas para subir a lomos del animal.

—¿No tiene silla? ¿Ni nada donde agarrarse? —preguntó inocente.

Al oír aquello, a Ahivy se le escapó esa risita tan dulce.

—¿Una silla en un caballo? ¿Algo a lo que agarrarse? —Le mostró cómo se asía a las crines del caballo y apretaba sus piernas contra el lomo del corcel para sujetarse.

Mientras, Onahyram había atado los dos caballos.

—Ahora sí. Marchad. Visitad a la Última de los Kerik-Ama. Ella sabrá qué hacer.

Después, el sacerdote le dio una palmada suave en el culo al caballo de Ahivy para que comenzara a caminar y, tras un tirón seco, el de Alejandra también comenzó el viaje.

Salieron de Ahykrum por el norte, entre calles adoquinadas y edificios blancos con bellas decoraciones en metal, plata o marfil. A pesar de que el sol apenas se había elevado en el horizonte, los débiles rayos de luz habían disipado la niebla y, en su lugar, eran los habitantes de la ciudad quienes comenzaban a poblar las calles mientras caminaban en dirección a sus distintos quehaceres: carpinteros, herreros, pescadores... Los elfos de la ciudad se habían adaptado hacía mucho tiempo al estilo de vida urbanita e, influenciados por los hombres que poblaban aquella parte de Sahymir en la antigüedad, habían aprendido sus oficios y su estilo de vida. Hasta la

fundación de la ciudad, habían vivido en el bosque en comunión con la naturaleza.

Alejandra se dio cuenta de que, a diferencia de cualquier ciudad de su mundo, en Ahykrum todos los elfos caminaban con tranquilidad, sin prisas ni estrés. Se daban los buenos días los unos a los otros con una sonrisa en la cara. Aunque la mayoría no les prestaban atención, algunos habían saludado a Ahivy. Otros, en cambio, se habían extrañado e incluso habían susurrado entre ellos al ver a Alejandra. En aquellos días, apenas se veían humanos por la ciudad, y menos aún a una chica joven a caballo junto a la elfa blanca, la única de su especie en Ahykrum, motivo por el cual no pasaba precisamente desapercibida. Casi todo el mundo la conocía.

Cuando llegaron al gran pórtico norte de la muralla, un vigía hizo una seña y la gruesa puerta de madera se abrió con lentitud. Cruzaron el gran arco al paso lento de sus caballos y salieron al exterior. Una gran llanura de hierba llegaba hasta al horizonte, donde se alzaban las Montañas de Fuego, el destino del viaje.

Cabalaron durante todo el día sin apenas hablar, con solo un descanso para comer las provisiones que se habían llevado y para permitir que los caballos bebieran agua. Fue entonces cuando Ahivy sacó un pequeño objeto metálico circular de color plata. Lo destapó y manipuló unos segundos. Después, se quedó observándolo.

—¿Qué es eso? —preguntó Alejandra.

—Es... como una brújula, creo que así lo llaman los hombres, pero mágica. Indica dónde te encuentras respecto a las Montañas de la Creación. Funciona con el sol... o con la luna cuando es de noche. Así puedes saber dónde están el norte, el sur...

Alejandra se acercó a verlo. En el interior de la circunferencia metálica había un disco con ranuras, dibujos grabados y dos agujas, una más grande que otra. Más que una brújula, parecía un reloj extraño.

—¿Ves? Giras las ranuras hasta que la luz entre por ellas. Entonces, orientas la aguja más corta en la dirección del sol y la otra girará sola y señalará este dibujo, las Montañas de la Creación. Ahora ya puedes orientarte.

Alejandra se quedó mirando los grabados del disco. Ahora los reconocía: era una especie de mapa. Y, entonces, entendió su ventaja respecto a las brújulas convencionales: era como ellas pero con plano incorporado. Podía utilizarse sin necesidad de ningún documento cartográfico adicional.

—Era de mi madre —señaló Ahivy al ver que su compañera mostraba tanto interés.

Tras un silencio incómodo, guardó el objeto y se montó en el caballo.

—¡Vamos! —le dijo a Alejandra.

Continuaron cabalgando durante toda la tarde sin apenas hablar, cada una sumida en sus pensamientos. Cuando el sol comenzó a ocultarse por el horizonte, en la dirección hacia la que se dirigían, las Montañas de Fuego comenzaron a proyectar rayos rojos y naranjas, similares a los que Alejandra había visto en su sueño. No era lava ni fuego real; de alguna manera, la montaña reflejaba los rayos del sol al ponerse.

—¡Es precioso! —exclamó Alejandra.

Tras unos segundos, Ahivy habló:

—¿Verdad que sí? Dicen que son espíritus malignos que tratan de escapar de su condena en el interior de la tierra. Cuando el sol se oculta, abren grietas para salir al exterior, pero la luna y las estrellas los detienen. —Hizo una pausa—. Nadie las visita. Cuando había hombres en estas tierras, contaban historias de fantasmas.

Después de toda la tarde en silencio, Alejandra se dio cuenta de que le gustaba escuchar aquella dulce voz.

—¿Y nosotras nos dirigimos allí? ¿Al lugar al que nadie quiere ir y del que se cuentan historias de espíritus y fantasmas? —preguntó.

Ahivy se quedó mirando a Alejandra. Trató de adivinar en qué grado había preguntado aquello en serio. Al final se rio.

—¿En tu mundo hay fantasmas y espíritus? —preguntó con una sonrisa—. Hasta donde yo he leído, en Sahymir no los hay. Solo son cuentos para que la gente no visite las Montañas de Fuego.

Alejandra se quedó más tranquila al escuchar aquello. Claro que en su mundo no existían esa clase de seres, pero ¿quién le aseguraba que allí tampoco?

—Creo que este es un buen lugar para acampar y descansar durante la noche —indicó Ahivy.

Desmontaron de los caballos y los ataron a un árbol cercano. Entonces, Ahivy encendió fuego y dispuso unas mantas gruesas alrededor.

—¿Vamos a dormir en el suelo? —preguntó Alejandra algo incrédula.

—¿Dónde vamos a dormir si no? —respondió extrañada la elfa.

—No sé. ¿No has traído una tienda de campaña? ¿O sacos de dormir?

—¿Qué? No sé de qué me estás hablando. No sé cómo dormís en vuestro mundo, pero aquí dormimos en el suelo.

—Pero ¿y los insectos?

—¿En tu mundo se comen a las personas mientras duermen?

—No.

—Pues en el nuestro tampoco, así que puedes dormir en el suelo sin problemas.

—Sí, imagino que sí. —Alejandra aceptó la situación.

—Pero, antes de dormir, comamos. Quédate aquí si quieres. Voy a cazar algo para cenar.

Alejandra observó como su compañera se alejaba y comenzaba a moverse con sigilo. De pronto, se quedó inmóvil, sacó una flecha del carcaj y la puso en el arco. Muy despacio, tensó la cuerda y, sin previo aviso, la soltó. Un animal emitió un leve grito. Entonces, Ahivy se puso de pie y corrió en la dirección en que había lanzado la flecha. Se agachó, se reincorporó con el brazo levantado y le mostró un conejo a Alejandra.

Ambas se sentaron en torno al fuego. Ahivy le quitó la piel al conejo, lo abrió en canal y lo puso sobre las brasas. Alejandra se quedó impactada por la sangre y la carne cruda. En su mundo no recordaba haber visto carne cruda natural, y menos aún la de un animal al que acababan de matar. Cuando la elfa le ofreció la mitad del conejo, trató de no pensar que aquel animal era el mismo al que había visto correr por la pradera horas atrás.

—¡Está delicioso! Nunca había probado un conejo de verdad. —Se quedó pensando—. En mi mundo la carne es sintética, hecha con vegetales. Hay una que sabe a conejo, o eso dicen, pero no tiene nada que ver con esto.

—Tu mundo... ¿Es cierto que eres Intala Imaltu? ¿Que has venido de otro mundo a través de un portal? —preguntó Ahivy con curiosidad.

—Sí, así es. Aunque aún no puedo creer que esto sea real y no un sueño.

—Puedo asegurarte que no estás soñando. Yo soy real. Créeme.

—¿Y tú de dónde eres? —preguntó Alejandra—. He notado que no eres como los otros elfos de la ciudad. Eres de piel más blanca y diría —añadió indecisa— que tienes unos rasgos más finos.

—Tienes razón, no soy de aquí. Soy del norte del mundo, de la península de Karn, donde la nieve nunca se derrite. Y, de hecho, no soy exactamente una elfa, sino una alvha, aunque aquí me conocen como una elfa blanca. Pero somos distintos. Poseemos un poder único: podemos

desvanecemos y fusionarnos con objetos; así, nos convertimos en parte de ellos de manera inanimada. Aunque aún vemos y oímos, somos el objeto. No sabría cómo explicártelo. Luego, cuando queremos, podemos volver a nuestro estado normal. Y lo más sorprendente de todo es que, cuando lo hacemos, de alguna forma, nos regeneramos. Si teníamos cualquier herida, desaparece. Supongo que, para aquellos que no poseen este poder, es algo extraño.

—Sí, sí que es extraño, desde luego. ¿Y cómo has terminado en la ciudad de Ahykrum?

Al oír la pregunta, el rostro de Ahivy, siempre tan alegre, se ensombreció. Al verlo, Alejandra pensó que quizás no tenía que haber preguntado eso.

—Mi madre tuvo que huir para protegerme y me trajo hasta aquí —dijo la elfa. Bajó la cabeza y la voz. Era la primera vez que la veía así: frágil, vulnerable.

—¡Oh, vaya! ¡Cuánto lo siento! ¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Yvahar, mi padre, era el Haythyr de nuestro pueblo, algo similar a un rey de la aldea, y yo estaba destinada a ser su heredera. Sin embargo, la noche en que fui concebida, mi madre soñó que no gobernaría sobre la nieve, sino sobre campos y praderas verdes junto a un lago. Vio todo esto, el lugar donde estamos ahora. Pero lo peor estaba por llegar.

Lo que le contó Ahivy a continuación fue que la noche en que nació hubo una aparición. La hechicera que asistió a su nacimiento afirmó haber recibido un mensaje del más allá. Aquella aparición le dijo que el bebé que estaba a punto de nacer debía abandonar esas tierras heladas y viajar al sur.

A causa del sueño y la visión de la hechicera, la madre de Ahivy tomó la decisión de partir con el bebé recién nacido y llevarlo a tierras más cálidas. Cuando los guerreros de su padre se enteraron, persiguieron a su madre. Aquello era alta traición. Estaba huyendo con la heredera al trono. Tras una persecución a caballo, le dieron alcance. Por fortuna, tras ellos también iba su padre. Luchó contra sus propios soldados y los venció a todos, pero ambos quedaron heridos de gravedad. Como no podían hacer nada para curarse el uno al otro, su madre le prometió que sus muertes no serían en vano, que llegaría al sur y se encargaría de que su hija gobernara sobre los campos de césped, tal como había soñado. Se montó en su caballo y, al límite de sus fuerzas, cabalgó sin descanso hasta dejar atrás las tierras heladas y la nieve. Unos elfos que se encontraban en un antiguo puesto de vigilancia la vieron y la llevaron ante Onahyram. Pero su madre se encontraba muy débil y no llegó a reunirse con él. Sus ojos se cerraron para siempre después de divisar como se abrían las puertas de la ciudad de Ahykrum para que la comitiva accediera a su interior. Podía morir en paz. Había cumplido su objetivo. Ahivy crecería bajo la protección del Templo y serviría a la Madre.

—Por eso siempre he querido visitar a la Última de los Kerik-Ama —añadió la elfa—. Necesito saber más sobre el sueño que tuvo mi madre y la aparición que vio la hechicera. —Se levantó y se quedó mirando las Montañas de Fuego, ahora en la oscuridad—. Mi única esperanza es que Atsutev pueda explicármelo todo. Mis dos padres murieron por salvarme y traerme hasta aquí....

—No sé qué decirte. ¡Cuánto lo siento, Ahivy! Tu historia me parece increíble. Yo, en cambio, tengo poco o nada que contar —reflexionó—. Siempre he vivido con mis padres, en su casa, y todo lo que he hecho ha sido estudiar. Si lo pienso, no ha ocurrido nada importante ni he tenido que tomar ninguna decisión en mi vida... —Se quedó pensando Alejandra—. Hasta ahora. Esto es lo más emocionante que me ha pasado nunca.

—Pero dicen que eres la Elegida, Yetemet Ewy, ¿verdad?

—Eso fue lo que Nathan me dijo, y luego también el sacerdote. Pero no sé qué creer.

—Siempre imaginé que Yetemet Ewy sería un formidable guerrero, fuerte, ágil con la

espada... y ahora resulta que es una niña humana, y yo soy su escudera. ¡Menuda pareja!

Las dos rieron. Después de un rato, Alejandra se quedó callada y miró el cielo: la luna blanca y brillante destacaba en medio de la oscuridad.

—¿Sabes? En mi mundo también tenemos una luna como esta.

—¿Crees que será la misma?

—No lo sé, pero me gustaría pensar que sí. Que, cuando cada una de nosotras, desde nuestros respectivos mundos, miramos la luna, estamos viendo la misma.

—Sería hermoso, ¿verdad? —habló Ahivy—. Nunca he tenido una amiga. Alguien de mi edad con quien hablar, a quien contarle las cosas.

Aquella confesión pilló por sorpresa a Alejandra. Pensaba que, con su belleza e inteligencia, sería querida y tendría grandes amistades, pero nada más lejos de la realidad. Lo cierto era que, mientras los otros niños jugaban, Ahivy estudiaba los viejos libros en la gran biblioteca de Ahykrum. Y, mientras los otros estudiaban, ella daba clases de arco, espada y tácticas militares, a manos de los mejores soldados elfos de la ciudad. Así que su infancia había sido completamente distinta a la del resto de los niños.

—¿No? Yo tampoco tengo muchas amigas. —Alejan-dra se puso triste al oír sus propias palabras—. He tenido compañeras de clase, pero no amigas de verdad. De hecho, ahora no tengo ni eso. Mentí a mis padres para...

Ahivy besó la mejilla de Alejandra con suavidad, lo que la dejó sin palabras por un momento.

—Yo... —titubeó Alejandra— no sé qué decir.

—Vamos a dormir. —Ahivy se separó—. Mañana, después de hablar con Atsutev, seguramente aclararemos nuestro destino.

Esa noche, Alejandra, entre lo incómodo que era el suelo, todos los acontecimientos vividos y, para colmo, aquel beso de Ahivy, apenas logró conciliar el sueño durante unas pocas horas. La luz del día la sorprendió con los ojos abiertos. Recogieron las mantas, apagaron los últimos restos del fuego, volvieron a atar los caballos uno con otro y comenzaron a cabalgar.

—¿No te atreves a dejar el caballo suelto? ¿A montarlo por ti misma? —le preguntó Ahivy, que parecía más jovial que el día anterior.

—No creo que sepa —respondió Alejandra—. Bastante me cuesta ir sujeta para no caerme como para atreverme a llevar al caballo.

—¡Pero tienes que aprender! Si un día no estoy contigo y tienes que cabalgar tú sola, ¿cómo lo harás? Si de verdad eres la Elegida, tendrás que saber montar a caballo. No siempre encontrarás a alguien que te ayude.

—Imagino que tienes razón. —Se rindió a la evidencia—. Probemos.

Ahivy se detuvo y se bajó del caballo. Alejandra, por el contrario, se quedó observando, expectante.

—Bien. Empieza por llamarlo por su nombre —dijo mientras desataba la cuerda que los unía—. El mío se llama Vomailos. El tuyo, Rielionsa, ¿recuerdas? Háblale. Te entiende. Hazte su amiga. ¿Verdad, Vomailos? ¿A que te gusta que te hablen? —preguntó al caballo mientras lo acariciaba, a lo que el animal respondió con un relincho y un movimiento de la cabeza.

—¡Vamos allá! —suspiró Alejandra—. Hola, Rielionsa...

Ahivy no pudo evitar que se le escapara una risita que trató de ahogar con su mano.

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo gracioso? —le preguntó algo desconcertada por la actitud de su compañera.

—¡No, no! Perdona. Es que llevas dos días sobre su lomo. No hace falta que lo saludes. Ya sabe que estás ahí. —La elfa volvió a reírse con ese sonido tan dulce que, lejos de molestar a

Alejandra, le contagió su alegría.

—Está bien. Vamos —le dijo esta vez al caballo y él obedeció comenzando a trotar.

—¡Muy bien! ¡Eso es! —exclamó Ahivy—. Es muy fácil. Ahora, cada orden que le des acompaña la con un leve tirón de su crin. Así identificará la orden con el movimiento de tus manos y no tendrás que estar diciéndoselo todo. Adivinará tus intenciones.

Y sería porque se encontraba en Sahymir, un mundo mágico, o por alguna otra razón, pero le resultó más sencillo de lo que Alejandra había imaginado. Pensó que quizás era algo parecido a lo que le había ocurrido con el idioma, que lo había aprendido sin hacer nada, solo con escucharlo. Cada vez se sentía más a gusto en aquel mundo.

—¿Ves? —le dijo Ahivy—. ¿A que no era tan difícil como pensabas?

Al final de la jornada, Alejandra montaba a caballo como si lo hubiera estado haciendo toda su vida.

—Rielionsa, te quiero —dijo entre risas mientras cabalgaba a paso rápido.

A partir de ese momento, ambas compañeras de viaje comenzaron a cabalgar juntas, una al lado de la otra, lo que permitió que pudieran conversar y conocerse mejor. Sin duda, nada tenía que ver esa segunda jornada de viaje con la primera, cuando habían ido una detrás de la otra sin apenas intercambiar palabras.

Al mediodía, llegaron a las ruinas formadas por una serie de columnas en el medio de la pradera. Los bloques de piedra que los formaban se encontraban agrietados y erosionados por el paso del tiempo.

—Comeremos aquí —indicó Ahivy—. Parece un buen lugar.

—¿Qué es? ¿O qué era? —puntualizó Alejandra.

La elfa se bajó del caballo con un pequeño salto. Tenía gracia y estilo hasta para eso. Alejandra trató de imitarla, pero en su intento acabó cayendo al suelo.

Ahivy le extendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Era un antiguo puesto de vigilancia —habló—. En la antigüedad, la guardia de la ciudad de Ahykrum llegaba hasta aquí. —Su voz se detuvo y su rostro se puso triste. Con la yema de los dedos acarició una de las aristas de la columna que había junto a ella—. Aquí fue donde los elfos encontraron a mi madre conmigo en brazos. Por eso consultaba la brújula. Quería visitar este lugar.

—Seguro que tu madre estaría muy orgullosa de ti.

Ahivy asintió con la cabeza y después sonrió.

—¿Tienes hambre? ¿Te apetece comer?

—Sí, claro —respondió Alejandra sin acabar de entender por qué preguntaba eso.

—¿Qué te parece si hoy cazas tú?

La elfa le enseñó cómo se ponía la flecha, se tensaba el arco, se apuntaba y, al final, se disparaba. Después, se alejaron de las ruinas y se agacharon. Ahivy se quedó muy quieta escuchando. Parecía un perro de caza. Entonces, hizo una seña a Alejandra.

—Allí. —Señaló con el dedo—. ¿Lo ves? Apunta y dispara.

Pero Alejandra no veía nada. Observó un tiempo y por fin vio que algo se movía entre la hierba. Tensó el arco y disparó. Un animal gimió y comenzó a correr hacia ellas. Aquello no era un conejo ni ningún animal pequeño. Lo que venía hacia ellas corriendo y gimiendo era una especie de jabalí gigante.

—¡Socorro, Ahivy! ¿Qué hacemos? —Alejandra se quedó paralizada.

—No te muevas —le respondió con total tranquilidad.

El animal embistió contra ellas dos. Ahivy se puso delante de Alejandra para protegerla del golpe mientras esta se tapaba los ojos para no verlo, aunque al final no pudo evitar mirar entre los dedos. Lo que vio fue a su compañera coger una flecha con la mano y sujetarla con firmeza frente al animal. Cuando fue a embestir contra ellas, la elfa, con un movimiento seco y rápido, le clavó la flecha entre los dos ojos, lo que provocó que al animal se le doblaran las patas y se estrellara contra el suelo.

—¡Eres increíble! ¿Cómo lo has hecho? —exclamó Alejandra.

Pero Ahivy no respondió; en cambio, comenzó a reírse.

—¿Por qué te ríes? ¿Te estás riendo de mí? —quiso saber Alejandra—. ¡Lo sabías! ¡Me has engañado! —Entonces, comenzó a reírse ella también—. Sabías que eso no era un conejo. ¡Lo has hecho a propósito!

Al oír aquello, Ahivy no pudo evitar reírse más fuerte todavía, pero, cuando se dio cuenta, trató de calmarse.

—Tienes razón. ¿Me perdonas? —Comenzó a decir mientras trataba de contener la risa—. Como ayer no te di la oportunidad de cazar conmigo y hoy has montado tan bien a caballo, pensé que quizás también querrías aprender a cazar.

Las dos volvieron a reírse. Alejandra nunca había imaginado que una elfa, esa elfa blanca, Ahivy, tuviera tanto sentido del humor.

Regresaron a las ruinas e hicieron un fuego para cocinar partes del animal. Después de comer, lo apagaron y prosiguieron la marcha. Sin que se dieran cuenta, la pradera comenzó a cambiar de color. Estaba salpicada por pequeñas rocas que, poco a poco, iban aumentando de tamaño, hasta que al final la vegetación desapareció.

—Aquí comienzan las Montañas de Fuego —explicó Ahivy—. A partir de aquí, el terreno se vuelve más peligroso, con piedras sueltas que pueden hacer que los caballos resbalen. Será mejor que nos bajemos y continuemos a pie. Sin nuestro peso encima, los caballos podrán seguirnos sin problema.

—¿Cómo sabremos dónde vive Atsutev? —preguntó Alejandra.

—No lo sabremos hasta que la hayamos encontrado. —Se quedó pensando en la respuesta que acababa de dar—. Onahyram no me dio ninguna indicación concreta, así que será cuestión de buscar. Espero que logremos dar con ella, pero no sé cómo vamos a hacerlo.

Continuaron avanzando sin rumbo específico por la montaña hasta que escucharon un gran estruendo. Parecía como si la tierra temblara. Tras unos segundos, se detuvo y volvió a repetirse. Unas piedras cayeron en una zona próxima a ellas.

—¡Viene de allí! ¡Puede que sea Atsutev! —exclamó Alejandra—. ¡Vamos!

—Yo no puedo ir. —Su amiga se detuvo—. Me quedaré aquí. Déjame el caballo.

—¿Por qué? —le preguntó Alejandra—. ¿Por qué dices eso? No lo entiendo.

—Onahyram siempre ha dicho que nadie debe acercarse a hablar con Atsutev sin tener un verdadero propósito. Una justificación evidente. Y parece que yo no la tengo.

—Pero a mí me permitió ir a hablar con ella sin problema.

—Tú eres Yetemet Ewy, la Elegida. Tienes que hablar con ella.

—Pero no tengo ni idea de qué voy a decirle ni de cómo hablarle.

—¿Por qué necesitas verla? ¿No lo sabes? —Ahivy parecía sorprendida.

—Para poder regresar a mi mundo... —dijo Alejandra lentamente; dándose cuenta del peso de sus propias palabras.

—Estoy segura de que nos volveremos a encontrar. No te pongas triste. Te estaré esperando

aquí. Y, si no regresas, me aseguraré de que hayas vuelto a tu mundo.

—Gracias por todo, Ahivy —dijo Alejandra desde lo más profundo de su corazón—. Ha sido un placer conocerte. Nunca imaginé que conocería a una elfa como tú.

—¡Ni yo a una humana como tú! —Se rio—. A mí también me ha gustado conocerte.

Se quedaron las dos mirándose sin decir nada.

—Toma —habló por fin la elfa mientras sacaba de un bolsillo la pequeña brújula y se la ofrecía a Alejandra—, llévatela. Seguro que te guiará en tu camino.

Alejandra la cogió entre sus manos.

—Pero era de tu madre... Yo... Yo no sé qué darte. —Se palpó los bolsillos, pero no encontró nada. Si se hubiera llevado el bolso, le habría podido dar sus auriculares, el spray inmovilizante, o incluso su asistente virtual, pero no se había llevado nada consigo. Entonces lo encontró. En el bolsillo interior de la chaqueta, llevaba su colgante de jade—. Toma. Este colgante también es muy especial para mí. Siempre que tengo miedo o estoy nerviosa, me aferro a él. —Hizo una pausa—. Ahora es tuyo.

Ahivy lo cogió y se lo puso. Le quedaba precioso.

—Ahora vete, Alejandra, corre. La última de los Kerik-Ama te está esperando.

CAPÍTULO 5:

LA ÚLTIMA DE LOS KERIK-AMA

Alejandra inició el ascenso por un camino empinado lleno de pequeñas piedras sueltas que se movían bajo sus pies y la hacían resbalar. Debido a la fuerte pendiente y a que no había vegetación a la que pudiera agarrarse, tenía que inclinar el cuerpo hacia delante para no caerse y rodar pendiente abajo. Se puso de rodillas y tomó aire. No había imaginado que le costaría tanto subir aquella pendiente. Tras un instante, optó por continuar a cuatro patas y apoyarse en sus manos para mantener el equilibrio. Eso le recordó a aquella vez que había ido con su prima a hacer senderismo. La ruta fácil que habían previsto se transformó en una pendiente que solo fueron capaces de subir caminando como lo estaba haciendo ahora Alejandra. Entre risas, se habían dicho que tenían que hacer más deporte, pero, por supuesto, no habían cumplido su palabra.

Después de un último tramo en que la pendiente aumentó más todavía y que, a pesar de que eran unos escasos metros, a Alejandra se le hizo eterno, por fin llegó a una pequeña explanada en la que había una gran cueva. Al principio se quedó desconcertada al no ver a nadie allí arriba, pero enseguida se dio cuenta de que la cueva debía de ser la guarida de Atsutev.

Todavía esperó unos segundos más para recuperar el aliento antes de avanzar muy despacio. En ese tiempo, repasó lo que sabía sobre Atsutev y se dio cuenta de que lo ignoraba todo: ¿era una mujer mayor? ¿Una ermitaña? ¿Era elfa o humana? ¿Por qué le tenían tanto respeto? ¿Quién o qué era en realidad la Última de los Kerik-Ama?

No había dado ni dos pasos cuando la tierra comenzó a moverse de nuevo. Justo en ese momento, Alejandra adivinó una sombra en el interior de la cavidad. Dejó de avanzar y entornó los ojos para escudriñar en la oscuridad. Al hacerlo, la sombra se movió de nuevo y produjo un nuevo temblor. Alejandra pudo ver que aquella cosa tenía forma de reptil. ¿Era eso Atsutev? Con suma cautela, consciente del profundo respeto que todos le tenían, dio otro paso.

—¿Hola? ¿Atsutev? ¿Eres tú? —dijo con la voz temblorosa y más baja de lo que hubiera deseado, mientras volvía a dar otro paso muy despacio.

En ese momento, la tierra volvió a temblar y la sombra en la cueva comenzó a moverse en su dirección. Cuando al fin salió al exterior, Alejandra se encontró con la criatura más grande que había visto jamás. Por mucho que le hubieran contado, nunca hubiese imaginado que existiera un animal tan grande. Atsutev era una serpiente enorme, colosal, majestuosa, con escamas de un dorado y un negro profundo, que parecían reflejar tonos cobrizos bajo la luz. Cada vez que reptaba o se movía, la tierra temblaba y hacía que las pequeñas piedras sueltas se movieran con pequeños saltitos.

—¿Quién sois? ¿Quién se atreve a interrumpir mi descanso? —retumbó su voz grave, que emanaba de la garganta sin que moviera apenas los labios.

—Soy Alejandra. Intala Imaltu y Yetemet Ewy —recitó tensa, sin respirar por el miedo que tenía, con la esperanza de haber dicho bien todos los nombres—. Me ha enviado Nathan, el Yrakhy de Orkham.

—¿Yetemet Ewy? ¿Tú? —volvió a hablar el gran reptil, con esa voz más parecida a la de un dragón que a la de una serpiente.

Alejandra se quedó sin saber qué decir. No esperaba esa respuesta de Atsutev. Para empezar, no esperaba que la Última de los Kerik-Ama fuera una serpiente. ¿Por qué nadie le había dicho nada? ¿Por qué no la habían avisado? Quizás entonces se habría preparado la conversación. Se maldijo por no haber sido más inteligente. Ahora estaría mejor preparada y sabría qué decir. En cambio, había recitado esa frase creyendo, con inocencia, que eso era lo único que iba a tener que decirle a Atsutev, cuando creía que era una mujer, y ahora resultaba que se encontraba completamente descolocada, hablando con la serpiente más grande que había visto jamás.

Al comprobar que Alejandra permanecía en silencio, en un movimiento brusco, el reptil se acercó a escasos centímetros y ladeó la cabeza para escrutarla con un ojo amarillo y negro del tamaño de la propia Alejandra. Después se volvió a girar, se quedó de frente y aspiró con profundidad para después soltar todo el aire con fuerza, lo que envió una ráfaga de aliento fétido hacia la chica.

Alejandra temió que la serpiente fuera a comérsela, así que cerró los ojos, agarró el amuleto y se lo mostró, con los brazos todo lo estirados que le permitió el cordón que llevaba en torno a su cuello. Al verlo, Atsutev reaccionó con otro movimiento brusco y se alejó de ella.

—Extraño, por no decir *muy* extraño. Llevas a Ayrhiel. ¿Quién te lo ha dado? ¿Lo has robado acaso? ¿A qué has venido aquí?

—Me lo ha dado Onahyram, el sacerdote —quiso aclarar Alejandra, por si la serpiente no lo conocía, aunque después de decirlo pensó que era una tontería. ¡Claro que tenía que conocerlo! —. He venido porque Nathan me dijo que, cuando llegara a este mundo, viniera a verte.

—Ya me has visto entonces. ¡Sí! Has cumplido tu objetivo. Regresa a casa, pequeña cachorra.

—Buena idea. —Alejandra se relajó un poco al ver que, de momento, al menos, aquella serpiente gigante no tenía intención de comérsela. Además, la acababa de llamar «pequeña cachorra» y eso la agradó, ya que le parecieron unas palabras cariñosas—. Pero creo que me tienes que ayudar a regresar a mi mundo. No sé abrir un portal. Por eso he venido aquí. Tienes que abrírmelo tú.

—¿Abrir un portal? ¿No sabes? ¿No? ¿No eras Intala Imaltu, la que viaja entre mundos? ¿Y cómo has venido aquí? Eso, ¿cómo? ¿Eres la Elegida y no sabes abrir un portal?

—No, no sé —dijo con total franqueza—. Me lo abrió Nathan, el Yrakhy de mi mundo.

Entonces, se rio la serpiente, si es que aquel sonido podía identificarse como una risa.

—Nathan lo llamas. ¿Nathanael te ha dicho que se llama? Veo que se ha adaptado bien a tu mundo. Pero no me has respondido: ¿por qué has venido a mí?

—Ya te lo he dicho, para que me abrieras un portal para regresar a casa. —Alejandra ya estaba cansada de repetir lo mismo una y otra vez. Parecía que aquella serpiente gigante estuviera sorda.

—No lo creo. No. Eso no es correcto. No has venido a eso.

—Ah, ¿no? —se desconcertó Alejandra al oír aquello—. ¿A qué he venido entonces?

—No lo sé. No. Desde luego que no. Tú tienes que saberlo.

—Pues ya te lo estoy diciendo —respondió de malas maneras—. Solo quiero que me abras un portal para poder regresar a casa.

A Alejandra se le estaba agotando la paciencia. Se miró las manos sucias de haber estado andando a cuatro patas. Estaba cansada, le dolían las piernas y sentía que aquella conversación no llevaba a ningún sitio.

—¿Te estás oyendo, pequeña cachorra? ¿Te oyes? —elevó la voz la serpiente y pareció como si un trueno saliera de la montaña. Alejandra se estremeció—. ¿Solo quieres eso? ¿Sabes quién soy yo? ¿Con quién estás ha-

blando? La última de los Kerik-Ama, los creadores de este mundo, del Puente, la División, tu mundo... Todo lo que ves fue creado por nosotros. Éramos cuatro, pero ya solo quedo yo... Mis hijos y yo. —Se calmó y bajó el tono de voz—. Y estoy cansada... *Muy* cansada. ¿Sabes lo que hacía antes cuando los humanos acudían a mí para conocer su futuro? ¡Comérmelos! —Ahora hablaba de una forma que a Alejandra le resultaba extrañamente familiar—. Pero no enteros, no. Solo les arrancaba un brazo o una pierna, para que sobrevivieran y pudieran regresar a casa y

contar lo que les había hecho. Y ahora aquí estoy, hablando con una joven cachorra humana. ¿Cuántos años dices que tienes? ¿Catorce? Tu vida para mí es solo un suspiro, una brisa de verano que cesa en un instante. Me pregunto si también te han mandado para que te coma. Mmm... Aunque no lo creo.

—Perdona. No era mi intención molestarte. Solo quiero irme a casa. Nada más. —Alejandra trató de calmar con sus palabras a aquel reptil gigante. Lo último que necesitaba, si quería que le abriera un portal, era que se enfadara.

—¿Y has dicho que eras la Elegida? —volvió a hablar de manera más suave—. ¿Y solo quieres regresar a casa? La elegida para qué, me pregunto entonces. Sí, eso. La elegida ¿para qué? ¿Para regresar a casa? Mmm...

Alejandra reflexionó un momento y respiró hondo antes de hablar.

—Nathan me abrió el portal para que viera que todo lo que me contaba era verdad —dijo muy despacio, como si se lo estuviera explicando a un niño pequeño—. Pero no sé qué tengo que hacer aquí exactamente.

—Pero eres la Elegida. La Yetemet Ewy de la leyenda. ¿Verdad?

—Eso dijo él.

—¿Y tú? ¿Qué dices?

—No lo sé.

—Mmm... —Atsutev elevó la cabeza y se echó hacia atrás para estudiar a Alejandra desde otro ángulo, desde otra distancia—. Uno es lo que es. No es lo que dicen los demás ni es lo que se dice uno mismo. No. Pero lo que uno cree ser da forma a lo que es en realidad. Un pájaro es un pájaro por mucho que diga que es un pez. Pero, si cree ser un pez, podrá nadar y bucear en el agua. Pero aun así nunca dejará de ser un pájaro. Y yo, Atsutev, la Última de los Kerik-Ama, ahora te pregunto: ¿eres un pájaro o eres un pez?

Alejandra, definitivamente, se estaba cansando ya de aquella conversación. Lo último que le apetecía era pensar. Solo quería regresar a casa. ¿Tan difícil era entenderlo? Aparte del cansancio y el dolor de piernas, tenía calor y sed. Y, por si faltaba algo, a aquella serpiente le olía el aliento. Trató de relajarse antes de responder.

—Bien, pues hasta hace unos días sabía perfectamente quién era: una chica normal y corriente del planeta Tierra. Ahora, después de hablar con Nathan y con el sacerdote, ya no sé quién soy. Quizás sea la elegida, la Yetemet Ewy esa que decís, pero no sé qué tengo que hacer.

—Entonces, primero tendrás que decidir. Sí. Decidir si eres la chica normal que eras hasta hace poco o eres la Elegida. Tú decides quién quieres ser. Y con trabajo y esfuerzo, quizás logres serlo.

Alejandra se quedó pensando. No podía creerse que estuviera teniendo aquella discusión con un reptil gigante que acababa de decirle que había creado el mundo. Tenía que ser todo un sueño o producto de su imaginación. Quizá se había vuelto loca, pero lo vio claro. Era la primera vez en su vida en que podía tomar una decisión de forma completamente libre, sin ser dirigida por ningún tipo de inteligencia artificial. Fuera lo que fuera lo que estaba sucediendo, no todos los días una tenía la oportunidad de ser la Elegida.

—Está bien —habló por fin—, soy Yetemet Ewy. Eso es lo que creo.

—Ahora pareces convencida. Sí, lo pareces. Quizás lo seas de verdad, después de todo.

—¿Me vas ayudar ahora? ¿Qué tengo que hacer?

—No lo sé. No.

Alejandra no pudo evitar resoplar.

—¿Ahora te digo que soy la Elegida y me respondes que no sabes qué tengo que hacer?

—Así es. Tú eres la Elegida, no yo.

—¿Entonces? ¿En qué quedamos? —La impaciencia de Alejandra se estaba transformando en enfado—. ¿No lo sabías todo? ¿No estabas aquí antes de la Separación?

—¡Sí! Soy todo eso y sé muchas cosas —Atsutev elevó el tono de voz en respuesta al enfado mostrado por Alejandra—. Sé la historia del mundo. Cómo acaba y cómo termina... Sé cuándo moriré... Pero lo que tienes que hacer está en tu mano. Es tu destino, no el mío.

Alejandra ya había escuchado bastante. Se dio la vuelta y dio un paso con la intención de marcharse de allí, pero recapacitó un segundo. No sabía a dónde ir o qué hacer si se marchaba de aquel lugar, así que regresó con la serpiente.

—Vine aquí porque me lo dijo Nathan. Yo ni siquiera pensaba que esto fuera real. Creía que eran fantasías de un loco, pero él estaba convencido de que era la Elegida —trató de resumir con voz lenta y respirando hondo de nuevo para relajarse—. Y ahora estoy aquí, hablando contigo. ¿Tú qué crees? ¿Qué tengo que hacer?

Pero la serpiente, lejos de aclarar sus ideas, la lio más todavía.

—¿Sabes quién es Nathanael? Nathan, como lo llamas tú. ¿Te lo dijo? Sí, es un Yrakhy, pero también es mi hijo. Se llama Sehynod.

—¿Tu hijo? ¡Ahora lo entiendo! —no pudo evitar exclamar Alejandra—. Por eso me resultaba familiar tu forma de hablar... ¡Y esos ojos! ¡Sois iguales!

—No me interrumpas, joven cachorra, no... Eso es de mala educación. —Movi6 la cabeza a ambos lados en un signo de desaprobación—. Sí. De *muy* mala educación. Me resulta extraño que tú seas la Elegida, la verdad, muy extraño me parece, pero, si te ha enviado hasta aquí, es porque él cree firmemente que eres Yetemet Ewy.

—Así es. Él lo cree, desde luego, y me lo ha hecho creer. La verdad que me he metido en todo esto por él...

—¡No! No lo hiciste por él, no. Lo has hecho porque has creído en él. Y, si es así, yo, Atsutev, la Última de los Kerik-Ama, creeré en ti. Después de todo, puede que seas la Elegida. —Elevó la cabeza con su cuerpo para mirarla desde un ángulo superior—. Regresa con Nathanael y dile que has hablado conmigo. Le doy mi aprobación. Sí, se la doy.

Alejandra miró a la serpiente desde abajo. Ahora parecía más grande e imponente todavía. Si no fuera porque llevaba un tiempo hablando con ella y tenía la confianza de que no se la iba a comer, habría salido corriendo.

—Gracias, gracias, Atsutev —dijo. Pero, entonces, otro pensamiento le vino a la cabeza—. ¿Y Ahivy? ¿Qué será de ella?

—No te preocupes por la elfa, encontrará su camino... Desde luego que lo encontrará. ¡Sí! —La serpiente bajó la cabeza hasta la altura de Alejandra y continuó hablando—. Cierra los ojos. Relájate. No te voy a comer...

Alejandra obedeció y, con los ojos cerrados, oyó como Atsutev recitaba unas palabras en un idioma que no podía entender. Se parecían a las que había recitado Nathan al abrir el portal, pero no estaba segura de que fueran las mismas. Repitió aquella fórmula mágica dos o tres veces. Después calló y, tras un instante, se oyó aquel leve zumbido que Alejandra identificó al instante.

—¡Ábrelos! Mira... —volvió a hablar en su idioma—. Ahí tienes tu portal. Márchate. A eso has venido, ¿verdad?

Alejandra abrió los ojos y vio un portal a uno de sus lados, entre ella y la serpiente, igual que el que le había abierto Nathan. Tenía las mismas luces y emitía el mismo zumbido. Asintió con la cabeza mientras pensaba en Ahivy. Aunque no habían comenzado con buen pie, al final habían hecho buenas migas y sintió no poder volver a verla para decirle un último adiós.

—Lo siento, Ahivy —dijo en voz baja.

Tenía que volver a su mundo. Con Nathan, en el callejón. ¡Cuántas cosas tenía que contarle! ¡Era cierto todo lo que le había dicho! Después de todo, Nathan no era ni un vagabundo ni un loco. Tenía razón en todo.

Alejandra avanzó con lentitud hacia la luz. Buscó su colgante con la piedra de jade, pero en su lugar encontró el medallón Ayrhiel. Entonces, recordó que se lo había quitado y, después, se lo había dado a Ahivy. Con los puños cerrados y algunas dudas, se introdujo en el portal. No sabía si habría otra oportunidad de regresar a casa.

Más abajo, Ahivy vio surgir un resplandor y oyó un leve zumbido. Después, le pareció escuchar su nombre, pero a continuación cesó todo: la luz, el sonido y la conversación.

Se quedó expectante. Esperaba oír el sonido de las pisadas de Alejandra mientras descendía por el camino de piedras hacia ella. Pero no se oyó nada. Acaso el reptar y la respiración de Atsutev, acompañado por un leve temblor de tierra. Ahivy supo entonces que aquella luz y aquel zumbido procedían del portal. Alejandra no iba a volver. Se había introducido en aquel portal y se había marchado.

Se quedó de pie mirando hacia arriba, en dirección hacia donde había sucedido todo. Siempre había querido hablar con la Última de los Kerik-Ama para preguntarle sobre su pasado, pero ahora le habían surgido otras cuestiones que no acababa de comprender y a las que no dejaba de dar vueltas: si Alejandra era la Elegida, ¿por qué regresaba a su mundo y no se quedaba allí con ellos?

Con la certeza de que Alejandra no iba a regresar, la elfa tomó una decisión. Ató los caballos a los restos de un tronco seco y roto de lo que en su día debió de ser un robusto árbol.

—Esperadme aquí, Vomailos, Rielionsa. Regresaré. —Tras acariciarlos, comenzó a subir por el sendero hacia la cueva de la serpiente. A diferencia de Alejandra, no le costó nada hacerlo. La elfa era ágil y fuerte, y estaba en forma.

Cuando por fin llegó a la superficie plana y vio a Atsutev, se quedó de piedra. Por mucho que había leído sobre ella y por muchas ilustraciones que había visto en los manuscritos de la biblioteca de la ciudad; por mucho que había admirado las pequeñas figurillas de marfil para el culto, o las grandes columnas del templo con su forma; y por mucho que había imaginado las dimensiones de la serpiente, nunca se hubiera podido imaginar lo grande que era en realidad.

Y allí estaba ella, frente a una cabeza de serpiente descomunal con dos grandes y encantadores ojos que la escrutaban.

Tras unos segundos en los que a Ahivy se le cortó la respiración, por fin habló la Última de los Kerik-Ama.

—Cuánto tiempo... Cuánto tiempo has tardado en visitarme... Llevo mucho tiempo esperándote...

Sobre lo que las dos hablaron, elfa y serpiente, mucho se ha dicho y mucho se ha escrito. Sin embargo, tenemos muy poca certeza sobre la verdadera conversación que tuvieron en las Montañas de Fuego. Ninguna de las dos reveló nunca las palabras que allí se pronunciaron.

CAPÍTULO 6:

UNA NUEVA CAULFIELD DESCONOCIDA

Tras varios días cabalgando sin descanso, Ahivy llegó a la ciudad de Ahykrum. Subió la escalinata que conducía al templo de la Madre montada sobre Vomailos, con Rielionsa siguiéndole los pasos. Atravesó el pequeño jardín y llegó hasta la gran puerta de madera del edificio.

—¡Onahyram! —gritó sin bajarse del caballo— ¡Onahyram!

Al oír su nombre, el elfo, que se encontraba orando en el interior, acudió alarmado por la urgencia que denotaba la voz de Ahivy.

—Kahymi, he hablado con la Última de los Kerik-Ama. Perdóname, pero debes saberlo. Te desobedecí.

Lejos de mostrar enfado, el rostro del monje dibujó una sonrisa.

—No dudaba que lo harías, Ahivy.

—¿Qué? —La elfa no entendía nada.

—Por eso te envié. Por eso te hice acompañar a Alejandra.

—Pero no lo entiendo... —Se bajó del caballo—. Me dijiste claramente que no podía hablar con ella.

—Sí. Eso debía decirte para que superaras la prueba.

—¿Qué prueba? No entiendo nada.

Entonces, se rio Onahyram.

—Si unas simples palabras te detienen en tu objetivo, entonces es que no estás preparada. Has estado toda la vida esperando este momento, hablar con Atsutev. Yo tenía que decirte que no lo hicieras, era mi obligación. Entonces, si me hubieras hecho caso y hubieras regresado sin hablar con ella, sí, me habrías obedecido, pero no estarías preparada para hablar con ella.

—Sigo sin comprender...

—Solo puede hablar con Atsutev quien está preparado, quien supera una prueba. Tú has superado la tuya: que mis palabras no te detuvieran.

—Pero... ¿no lo he hecho mal, entonces? ¿Podía desobedecerte?

—Ahivy —le habló con inusual cariño—, crecer y hacerse mayor también es aprender a decidir cuándo debes seguir a tu corazón, a tu cabeza y a los demás. Muchas veces, cada uno te dirá una cosa y tendrás tres opciones diferentes entre las que escoger. En eso consistía la prueba. Yo te dije que no lo hicieras. Tu corazón, que lo hicieras... ¿Y tu cabeza? ¿Qué te dijo? ¿A quién debías obedecer?

—A mi corazón... —dijo insegura.

—Entonces, hiciste lo correcto. Si hiciste caso a tu corazón, si sopesaste las distintas opciones y racionalizaste las posibles consecuencias, obraste bien.

—Así que todo era una prueba... —reflexionó—. ¿Y Alejandra? ¿Cuál era su prueba?

—¿Su prueba? ¿No te parece bastante haber atravesado un portal para llegar a este mundo mágico?

Cuando Alejandra salió del portal, notó el asfalto húmedo bajo sus pies. La noche había caído y el ambiente fresco la rodeaba. Se encontraba en medio de una avenida que le resultaba familiar. Pequeños árboles flanqueaban los costados de la calle, las farolas brillaban en la oscuridad... Sin duda, estaba de vuelta en su propio mundo. Una oleada de alegría la invadió y no pudo resistirse a dar unos pequeños saltos para celebrar su regreso, lo que además la ayudó a entrar en calor.

Tras observar el lugar donde se encontraba, se percató de que aquella avenida era la arteria principal de Nueva Caulfield, su ciudad. Sin embargo, había ligeros cambios que le llamaron la

atención. El mobiliario urbano parecía diferente a como lo recordaba. Tanto los bancos como las farolas o las papeleras tenían un aspecto extraño y futurista. A ello había que añadir unas señales de tráfico que nunca había visto antes y cuyo significado desconocía por completo. Pero lo que más llamó su atención fue un vídeoanuncio en tres dimensiones que proyectaba imágenes de turismo espacial en cápsulas de alquiler.

—¿Excursiones en el espacio? ¿En cápsulas de alquiler? ¿Ese anuncio es de verdad o es una campaña publicitaria de otra cosa? —dijo al ver las imágenes—. Bueno, sea lo que esté sucediendo, al menos estoy en mi mundo. ¡De eso no hay duda!

Justo en ese momento, el asfalto mojado a su alrededor se transformó en reflejos intermitentes de luces de colores azules y rojas. Un zumbido llenó el aire sobre su cabeza. Miró hacia arriba, pero tuvo dificultades para identificar lo que estaba viendo.

—¿Desde cuándo los coches vuelan? —exclamó sorprendida al observar un vehículo de policía en el aire.

—Ponga las manos sobre la cabeza. De rodillas. No ofrezca resistencia. —La voz retumbó a través de la megafonía del vehículo.

—Pero ¿qué demonios está pasando aquí? —Aunque confundida, obedeció las órdenes y se arrodilló en el suelo, perpleja.

La patrulla de policía aterrizó a escasos metros de distancia y dos agentes uniformados, con casos y armas de asalto, se acercaron a ella.

—Queda detenida por violar el toque de queda. Las restricciones de movimiento están en vigencia desde las 22:00 horas hasta las 7:00 horas del día siguiente. Ha infringido el código 743-1124.

—Pero... —Sus palabras se interrumpieron cuando se dio cuenta de que los agentes no estaban dispuestos a escuchar. Sin otra opción, permitió que la esposaran y la escoltaran hacia el vehículo. Abrieron una de las puertas traseras y la introdujeron en su interior con cuidado de que no se golpeará la cabeza. Después, cerraron la puerta y la dejaron en un espacio recubierto por una malla metálica que impedía cualquier intento de huir o de interactuar con los agentes, situados en la parte delantera.

Trató de respirar hondo y relajarse. Eso tenía que ser un error. Ella no había hecho nada y no había ningún toque de queda en su ciudad. El vehículo se elevó suavemente y, sin coger demasiada altura, sobrevoló las calles adyacentes hasta que llegaron a la comisaría. En ella, dos agentes inspeccionaron sus muñecas con un escáner en busca de un código de identificación que, para su frustración, parecía que no poseía. Y desde luego que no lo poseía. ¡Ella no tenía nada implantado! Alejandra se encontraba cada vez más desconcertada por la situación.

Al ver que no encontraban aquel código en su muñeca, trajeron un dispositivo para escanear su iris. Esa vez pareció dar resultado, aunque no el esperado.

—¿Pero de dónde ha salido esta joven? —dijo uno de ellos.

—Espera ahí —le ordenó otro y le indicó un lugar entre la multitud de personas sentadas en filas de sillas de plástico.

Alejandra, aunque se sentía insegura, se abrió paso hasta el rincón libre y se sentó, mientras trataba de evitar las miradas curiosas de los demás. Se fijó en un calendario digital situado en la pared opuesta que imitaba a aquellos antiguos de papel del siglo xx y principios del xxi, donde cada página representaba un mes y se arrancaba a medida que terminaba. La fecha que indicaba era «Domingo 11 de febrero de 2181». No podía ser. Estaban en 2135. Se frotó los ojos y volvió a mirar, pero la fecha continuaba siendo la misma. Alejandra se agobió y le pareció que la vista

se le nublaba. Se levantó para lavarse la cara en el servicio.

—¿Adónde vas? —le dijo de improviso un agente.

—Al servicio... a lavarme la cara. —Era la verdad.

—Te acompaño hasta la puerta —dijo y dejó lo que estaba haciendo para seguir sus pasos.

Tal como había dicho, el hombre se quedó en la puerta y dejó que entrara sola al servicio. Nada más cerrar, Alejandra se apoyó contra la puerta y respiró hondo. Después, se dirigió al espejo y se miró. Estaba sucia, sudada. El pelo lo llevaba algo revuelto... No era el mejor aspecto que había tenido. Se colocó un poco el pelo con las manos y abrió el grifo. Se echó agua fresca por la cara, la nuca, los brazos. Lo necesitaba y su cuerpo lo agradeció. Parecía que se le había pasado aquella sensación de agobio. Salió del servicio y volvió a sentarse en el lugar de antes.

Desde allí, miró el calendario con total naturalidad. Había olvidado la fecha que marcaba. Quizá solo había sido producto del cansancio y la tensión acumulados. «Domingo 11 de febrero de 2181». Empezó a hiperventilar.

—No... No puede ser... —dijo en voz baja para que nadie lo oyera—. Esto no está pasando...

Pero sí estaba pasando. Y Alejandra empezó a ser consciente de ello. Había regresado a su mundo, sí, pero al futuro. Para ser exactos, cuarenta y seis años adelante. Decidió guardar silencio; sabía que nadie la creería si contaba la verdad.

Pasado un tiempo, la encerraron en una celda junto a cuatro delincuentes. Dos de ellos se encontraban sentados al fondo, en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Tenían la mirada fija en ella. Los otros dos también estaban sentados en el suelo, pero en un lateral, junto a los barrotes que separan su celda de la contigua. Alejandra optó por permanecer junto a los barrotes que formaban la puerta por la que había entrado. Pasó la noche despierta, sin cerrar los ojos, vigilando a los otros presos. No había amanecido cuando la llamaron.

—Es tu turno —anunció una policía de ascendencia africana—. Sígueme.

Alejandra entró en una sala de interrogatorios donde le ofrecieron una silla, que tomó; un vaso de agua, que no probó; y un cigarro.

—No fumo, gracias —indicó con la cabeza agachada y la mirada fija en la superficie metálica de la mesa.

—De acuerdo. Hace bien.

Alejandra levantó la vista por primera vez desde que estaba allí sentada y se encontró con la mirada de un hombre joven, delgado y bien vestido, con gafas. No parecía ni policía ni malo.

—Aunque no tenías ningún tipo de identificativo corporal, cosa que no entendemos, hemos logrado identificarte. Tu aspecto físico no coincide con la edad que deberías tener según la documentación de nuestra base de datos, pero eso seguro que se resolverá. En cualquier caso, pareces ser alguien importante. El General mismo quiere hablar contigo. Te llevaré a su oficina.

Respiró aliviada, aunque sorprendida por la noticia, cuando se vio eximida de un interrogatorio para el que no estaba preparada. Siguió al hombre hasta el exterior de la comisaría y se subió en la parte de atrás de un coche patrulla volador.

El vehículo se elevó sobre el tráfico y atravesó las nubes hacia un cielo azul oscuro bañado de estrellas, que todavía brillaban por última vez antes de que saliera el sol y las hiciera desaparecer. La fina capa de nubes permitía observar las luces de las calles y las viviendas, que formaban una imagen espectral de la ciudad. Solo los rascacielos del centro financiero sobresalían entre el manto blanco. Y, sobre todos ellos, destacaba la silueta de un gran edificio de cristal negro que, como una hoja de cuchillo que apuntaba al cielo, rompía la belleza del paisaje. Según pudo ver

Alejandra en el *display* central del cuadro de mandos, ese era precisamente su destino.

¿Qué era ese edificio? ¿A quién pertenecía? En su presente, no se había construido todavía, así que solo podía especular sobre ello. Y ninguna opción de las que se le ocurrían era buena.

Trató de no pensar en ello. Cuando estuviera allí, ya lo descubriría. De nada servía preocuparse. Lo que tuviera que ser sería. Para distraer su mente, dirigió la mirada al exterior a través de su ventana.

Un vehículo pasó a toda velocidad muy cerca de ellos en dirección contraria. Entonces, se dio cuenta. Hasta entonces no se había percatado de que no volaban con libertad por el aire, sino que los caminos se encontraban marcados por balizas aerostáticas de luz naranja que formaban carreteras aéreas.

Cuando se aproximaron lo suficiente al rascacielos negro, ascendieron en torno a él hasta llegar a la parte superior, donde unas plataformas estrechas se abrían para recibirlos. Aterrizaron en una de ellas. El policía no dijo nada. En ese momento, una puerta del edificio se abrió y un grupo de hombres vestidos con traje gris, junto a sus guardaespaldas, salieron a su encuentro. Entonces sí, el policía presionó un botón y desbloqueó la puerta de Alejandra.

—Sal del vehículo. Síguelos, hazles caso. Cooperar. Y no hagas ninguna tontería.

Alejandra asintió y descendió del coche patrulla con precaución. Evaluó el entorno y midió los tiempos. Sin embargo, su análisis fue breve.

—¿Eres Alejandra? Síguenos —habló uno de los hombres de traje.

Tal como le había dicho el policía, los siguió sin oponer resistencia. Entraron en el rascacielos y la llevaron hasta una amplia sala que ocupaba media planta del edificio. Estaba decorada en un estilo antiguo que no concordaba con el resto del rascacielos. Sobre el suelo de parqué y las alfombras había muebles de madera auténtica, no de imitación, llenos de libros antiguos y lámparas, al estilo del siglo xx. Alejandra no había visto nada igual. Al fondo de la sala se encontraba una mesa de despacho, también de madera gruesa, con un hombre mayor, delgado pero atlético, sentado detrás. Tomaba algo en una taza de porcelana blanca con motivos azules y hojeaba un extraño libro de gran tamaño y hojas muy finas.

—Señor —habló uno de los hombres de traje gris.

—¡Oh, está aquí! ¡Ha llegado! Por favor, déjenlos a solas. —Tomó un sorbo de la taza y la dejó con delicadeza sobre la mesa—. ¿Quiere un poco de té? Puedo hacer que se lo sirvan si lo desea —añadió en tono amigable.

—No, gracias —se limitó a contestar Alejandra, impaciente por ver qué quería aquel señor de ella.

—Como quiera. ¿Sabe qué es esto? —le preguntó mientras le mostraba las hojas de papel de gran tamaño que estaba leyendo.

Alejandra no estaba segura, así que prefirió guardar silencio.

—Es un periódico —continuó hablando aquel hombre—. Dejaron de hacerlos hace mucho tiempo. Los imprimían a diario y en ellos se registraban las noticias que habían sucedido el día anterior. Recuerdo cómo olían por la mañana, recién sacados de imprenta, con la tinta aún fresca. Ahora, en cambio, solo huelen a polvo y a papel viejo.

Después de sostenerlo en el aire para que ella pudiera verlo, lo dobló y lo dejó encima del escritorio. Alejandra había oído hablar de los periódicos, pero nunca había visto uno, por eso no lo había reconocido. En cualquier caso, eso era lo que menos la preocupaba en ese momento. ¿Quién era aquel hombre? ¿Cuántos años tenía? ¿Cómo podía recordar cosas tan antiguas?

—Son difíciles de encontrar —continuó—, pero todavía hay coleccionistas que los atesoran.

Por lo general, los han heredados de sus padres o de sus abuelos. En cuanto les ofrezco una gran cantidad de dinero por ellos, no dudan en deshacerse de su colección particular. —Miró el periódico como quien contempla un objeto de gran valor y, después, volvió la mirada a Alejandra—. Así que usted es Intala Imaltu, la viajera entre mundos —prosiguió hablando—. Y la Elegida. Yetemet Ewy. ¡Qué interesante! Resulta que una única persona es las dos cosas. Nunca lo habría imaginado. Siempre pensé que serían dos personas distintas.

—¿Cómo sabe eso? ¿Quién es usted?

El hombre rio.

—¡Qué ilusa! Seguro que Sehynod no le contó ni la mitad. ¿Nathan dice que se llama? Pobre hombre. Me compadezco de usted, señorita, por haberle hecho caso. Tenía que haberse quedado quieta, regresar a casa y olvidarse de ese loco. No tenía que haber entrado en aquel portal.

—Está bien. Veo que sabe mucho sobre mí, pero todavía no me ha dicho quién es usted ni cómo sabe todo eso ni qué quiere de mí.

El hombre se levantó y miró por la ventana. Estaba amaneciendo y el cielo se tornaba naranja sobre un manto de nubes que, por la altura a la que se encontraban, estaban debajo.

—Hace muchas preguntas. Lo sabe, ¿verdad? Primero, permítame que le explique. Ya habrá tiempo para sus dudas. —Se sentó sobre la mesa—. Sehynod, o Nathan, para que usted me entienda, parece que se ha cansado de usted y de su mundo. Quiere enviarla a destruirlo todo... Porque no se lo ha contado, ¿verdad? Para crear un nuevo mundo donde magia y ciencia convivan de nuevo, hay que destruir este. Morirán usted, su familia, amigos... Todo el mundo. No quedará nada. Ambos mundos se fusionarán en un mismo espacio-tiempo y se aniquilarán por completo para dar forma a un nuevo universo, donde no estaremos ninguno de nosotros.

Alejandra se quedó sin saber qué decir. Si eso era verdad, desde luego, no era tan bonito como se lo habían contado.

—¿Con quién ha hablado? —continuó el hombre— ¿Onahyram? ¿Ha visitado a Atsutev? —Hizo una pausa—. ¿Ninguno le ha hablado de Ingida Gize? ¿El mundo del Puente?

Alejandra no se podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Ingida Gize? —atinó a decir—. No... No sé qué es. No me hablaron de eso.

El hombre pareció satisfecho con la respuesta.

—Cuando crearon los dos mundos, hicieron un tercero: Ingida Gize. Un mundo que serviría de enlace entre ambos. Allí es donde construyeron el Puente y donde se realizará la Promesa. —Respiró profundamente—. Antes me preguntó quién soy yo. Ahora se lo puedo decir: soy Sanetub, el Yrakhy al que enviaron para proteger ese mundo, el del Puente. Ingida Gize. Como lo quieras llamar.

—Pero está aquí... —Alejandra no podía salir de su asombro por lo que aquel hombre le estaba contando. Si todo eso era cierto, ¡cuántas cosas le habían estado ocultando! Por más vueltas que le daba, no lograba entenderlo.

—Por supuesto. ¿Se imagina? Viví milenios en un mundo donde solo existe un maldito puente. Todo lo demás es un desierto. Abandoné mi lugar y fui a Sahymir. Allí hablé con Sehorev, mi hermano, el Yrakhy de aquel mundo. Los dos estábamos hartos de servir a la Última de los Kerik-Ama por decisión de la Madre. ¿Para qué tal sacrificio? ¿Por qué? ¿Por qué no podíamos gobernar nosotros sobre nuestra creación? Nuestra raza creó los dos mundos. No tenemos que servirles a ellos. Podemos ser algo más que observadores. Mi hermano estuvo de acuerdo conmigo e inició una guerra allí para conquistarlo todo. Y yo una dictadura aquí para gobernarlos.

—¿Usted gobierna este mundo? ¿Y el Sistema? ¿La inteligencia artificial?

El hombre se rio.

—¡Yo la puse ahí! Me pertenece. Obedece mis órdenes. Gobierno a través de ella.

—Pero entonces... ¿el puente? ¿No hay nadie que vigile el puente?

—¡Nadie lo ha visitado jamás! ¡Ni nadie lo visitará! No necesitamos a nadie allí. Llevo milenios esperando, observando el vacío desierto, protegiendo el puente para nada.

De pronto, calló. Ladeó un poco la cabeza para estudiarla desde otro ángulo. Después, volvió a la posición inicial.

—Además... —continuó hablando—, imagino que tampoco te han hablado de los tenebrum, ¿verdad? Claro que no.

—No... —contestó Alejandra, desconcertada al darse cuenta de cuántas cosas ignoraba.

—Para llegar al puente, el Elegido antes debe atravesar el Palacio de los Tenebrum. Son sombras procedentes del abismo entre los mundos que se alimentan de los miedos más profundos...

—¡No quiero escucharlo! —lo interrumpió al darse cuenta de que solo quería meterle miedo—. Tengo que ir allí. No vas a detenerme con tus palabras.

—Tú... —Se levantó y se dirigió hacia ella—. Tú no irás a ningún sitio.

Sanetub la empujó contra la pared. Allí, puso una mano a cada lado para que no pudiera escapar.

—Cuando las unidades te arrestaron —continuó hablando—, no entendían por qué no llevabas insertado el microchip de identificación, pero cuando lograron identificarte con el iris buscaron tu nombre y encontraron a una mujer mayor. Algo estaba mal. Algo no encajaba.

La cogió del cuello en un movimiento rápido que Alejandra no pudo evitar y la levantó a pulso. Comenzó a asfixiarla. Trató de zafarse, pero no podía. Aquel hombre tenía una fuerza sobrehumana en sus brazos.

—Cuando me lo notificaron —volvió a hablar mientras la mantenía cogida del cuello y apretaba lo justo para que pudiera respirar—, tuve una sospecha, así que visualicé las cámaras de seguridad del lugar donde te localizó la patrulla. Vi como salías de un portal. Entonces lo entendí todo: eras la que viajaba entre mundos, Intala Imaltu. Y has venido a mí tú sola. Tú eres la Elegida, la Alejandra de catorce años, y no el vejestorio al que localizamos al poner tu nombre. Por eso debes morir. No puedes completar tu misión —sentenció y comenzó a apretarle el cuello con todas sus fuerzas—. Aquí acaba tu camino, Alejandra. Intala Imaltu, Yetemet Ewy.

Alejandra, una vez más, trató de escapar, de oponer resistencia, pero fue inútil. La visión comenzó a emborronarse. Después, los brazos comenzaron a perder fuerza y, por último, dejó de respirar. No había nada que pudiera hacer para evitar su final. Así que... eso era todo. Se dio por vencida. Se desvaneció.

De repente, la puerta del despacho saltó por los aires con un gran estruendo que la hizo volver en sí. Enfocó la visión y entonces lo vio. Nathan avanzaba hacia ellos con la cara desencajada por la ira.

—¡Detente! —le ordenó a Sanetub, que se quedó quieto, y en efecto, dejó de asfixiar a Alejandra.

—¡Nathan! ¿Cómo has sabido que estaba aquí? —logró preguntar Alejandra.

—Eso ahora no importa. ¡Suéltala! —le gritó a Sanetub mientras hacía un gesto con las manos que provocó que el hombre reaccionara abriendo las suyas. Dejó libre a Alejandra, que cayó al suelo.

—¿Qué haces aquí? ¡No puedes estar aquí! —respondió el anciano.

—¿Yo? ¡Tú eres el que no puede estar aquí! —replicó Nathan—. A ti no te fue asignado este

mundo. Yo soy el Yrakhy de Orkham, no tú.

—¿El Yrakhy de Orkham? —Soltó una ruidosa carcajada—. Ya veo lo bien que cumples tu misión. Mira en qué te has convertido. ¿Eres solo un vagabundo!

—Somos vigilantes. No debemos intervenir. Tenemos que vivir al margen de la sociedad. Tú eres el que no está cumpliendo con su cometido. ¡Regresa a tu mundo! ¡Deja el mío en paz!

—¿Tu mundo? —Volvió a reírse—. Dejé de serlo el día que luchamos y te derroté... ¿Ya no lo recuerdas? ¿Hace cuánto tiempo? ¿Ciento cincuenta años?

—No me derrotaste —replicó—. Sigo aquí. He pasado todo este tiempo buscándola a ella. Y ahora la Elegida está aquí, entre nosotros.

—¿La Elegida, dices? ¡No le contaste lo del Puente!

Tras escuchar aquellas palabras, Nathan consideró que la conversación había llegado a su fin. Se abalanzó contra él y lo empujó sobre la mesa de despacho. El juego de té estalló en mil pedazos y el periódico se rompió. Rodaron sobre la mesa y cayeron al suelo. Se levantaron, sin soltarse, y, en un movimiento rápido, Nathan empujó a Sanetub hacia la ventana. El cristal se quebró, pero aguantó el envite. Entonces, Nathan volvió a golpearlo contra el cristal y esa segunda vez sí se quebró. Al verlo, Nathan presionó más todavía contra la superficie, hasta que al final cedió por completo y Sanetub cayó de espaldas al vacío. Con lo que nadie contaba era con que, al caer, se llevaría consigo a Nathan, que no logró encontrar ningún lugar al que agarrarse.

Alejandra se levantó con esfuerzo y se acercó a la ventana rota. Ambos hombres peleaban mientras descendían hacia el abismo. La fuerza de la gravedad los arrastraba a una velocidad cada vez mayor. Luchaban y se agarraban mutuamente, intentaban golpearse. Entonces, un destello cegador los envolvió.

Nathan y Sanetub se habían transformado en dos serpientes gigantes, una roja y otra negra. Se entrelazaban y mordían; formaban una espiral con sus cuerpos mientras caían hacia un mar de nubes. Gritaban. Emitían un sonido agudo como el de un ave. Ambas clavaban sus colmillos en el cuello de la otra serpiente. Entonces, se sumergieron en las nubes.

Alejandra se quedó un rato mirando hacia el vacío. Esperaba que la roja, la que supuso que era Nathan, saliera victoriosa hacia arriba. Pero eran reptiles, no dragones. No volarían. Y entonces lo entendió: eran hijos de Atsutev, la gran serpiente dorada. Los tres Yrakhy eran sus hijos. Y dos acababan de morir en un enfrentamiento entre ellos.

Aún aturdida por todo lo que había presenciado y devastada por la muerte de Nathan, desvió la vista hacia el interior del despacho. Frente a ella, a escasos centímetros del escritorio, se encontraba un portal. Debía de haberse abierto durante aquel destello, cuando Nathan y Sanetub se habían transformado en serpientes.

—Gracias, Nathan —dijo Alejandra al darse cuenta de que no solo la había salvado de morir asfixiada, sino que también le había abierto un portal para que pudiera salir de allí.

Miró a uno y otro lado. Era cuestión de tiempo que alguien entrara alarmado por el ruido del cristal roto. No se lo pensó dos veces y entró en la esfera de luz.

CAPÍTULO 7:

LOS PUERTOS BAJOS

Thaingor IV, rey de la ciudad de Tiadnestr, se asomó al balcón de su palacio y estiró su robusto brazo. El halcón, al verlo, descendió y se posó sobre él. Permaneció inmóvil para que pudiera desatar el nudo que sujetaba el mensaje a su pata.

El enano desenrolló el pequeño papiro con letras manuscritas y lo leyó con lentitud. Después, cerró el puño y lo arrugó. Apretó la mano con fuerza durante un tiempo, hasta que fue consciente de que Norhín, su secretario, que permanecía a su lado, lo miraba expectante. Entonces relajó el puño y pasó a observar la ciudad.

Tiadnestr había sido construida por sus antepasados en torno a la desembocadura del río Tigel. La raza de los enanos, nacida para vivir en el interior de las montañas y la tierra, donde cavaban grandes mansiones, había visto como una rama de ellos se había echado al mar y abandonado su hogar, la península de Noort, para asentarse en tierras continentales y construir una ciudad a la manera de los humanos, bajo la luz del sol. Así pues, en cierto sentido, aquella ciudad era única en Sahymir, y Thaingor IV, heredero de una antigua estirpe, lo sabía. Por eso, aquel mensaje lo había hecho estremecerse.

—Malas noticias —habló al fin, y dio media vuelta para introducirse en el palacio.

A continuación, reunió a su consejo privado, formado por doce enanos, sabios en distintas materias como la guerra, la construcción, la economía o la historia. Tras debatir durante horas sobre la respuesta que debían dar, tomaron una decisión unánime. En realidad, aunque no les gustara nada, era la única respuesta posible. Encargaron a Norhín que escribiera el manuscrito y, cuando lo hubo redactado, lo ataron a la pata del ave. Después, el rey Thaingor IV en persona, salió al mismo balcón en el que había recibido la funesta misiva y soltó al pájaro.

El halcón emprendió el vuelo y se elevó sobre la ciudad de Tiadnestr, cuyos habitantes vivían ajenos a la sombra que se cernía sobre ellos. Dejó atrás los bellos canales y puentes que habían construido para dar forma a la ciudad. Batió las alas para ganar velocidad y viró en dirección al norte, donde se encontraba su destino.

Avanzó durante días manteniendo las distancias con las Montañas Negras. Volaba en paralelo, pero sin adentrarse en ellas. Cuanto más cerca se encontraba de su destino, más crecían las nubes negras en sus cimas y más descendía la temperatura.

Cuando por fin divisó la gran puerta, el día era completamente gris, con frío y viento. El halcón buscó al vigía, que estaba resguardado en una abertura de la construcción realizada por los enanos. Él, al verlo, salió al exterior y estiró el brazo para que el halcón pudiera posarse. El enano tiró del pergamino sin ningún tipo de cuidado e hizo daño al ave, que salió volando al instante. Después, abrió el mensaje con sus gruesas manos y lo leyó. Palideció y creyó que iba a desmayarse. Pero la orden era clara y concisa. No daba pie a malinterpretaciones o errores. Avanzó a paso rápido pero firme hacia el interior del gran túnel excavado en la montaña. El Paso del Puerto, lo llamaban; era la mayor estructura jamás construida por humanos, elfos o enanos en todo Sahymir. Perforaba de un lado a otro la gran cordillera de las Montañas Negras y permitía transportar grandes cantidades de personas y materiales, útiles para la construcción de caminos y ciudades... o para la guerra, con sus ejércitos y maquinaria destructora.

—¡Hay que cerrar el paso! ¡Cerrad el paso! —gritó a sus compañeros, quienes a su vez comenzaron a repetir el mensaje una y otra vez, hasta que se expandió como un eco por el interior de la roca.

Alejandra se encontraba en una zona de Sahymir que no reconocía. Había aparecido en un lugar de ambiente cálido y agradable, en medio de una pradera salpicada de grandes rocas, en torno a las cuales las espigas de cereales se alzaban hacia un sol que se encontraba alto en el cielo.

Entonces, se acordó de la brújula que le había regalado Ahivy. La sacó del bolsillo y trató de recordar cómo la había usado su amiga. Tras varios intentos, el aparato mágico le indicó que el sol se encontraba ligeramente hacia el norte, es decir, que era mediodía y se encontraba en una región al sur de aquel mundo.

Tras subirse a una pequeña colina y otear el horizonte en la distancia, divisó una ciudad rodeada de murallas, situada junto al mar, en la desembocadura de un gran río que se adentraba tierra adentro hacia el norte, donde una inmensa cordillera de color gris, desprovista de cualquier tipo de vegetación, se extendía hacia el oeste. Contemplando las distintas opciones que tenía ante sí o, más bien, la ausencia de opciones, decidió dirigirse hacia la ciudad.

Una vez estuvo lo bastante cerca, comprobó que aquella ciudad era totalmente distinta a Ahykrum. Las murallas de color gris eran robustas y anchas, construidas con piedras de gran tamaño, sin ningún tipo de ornamento o decoración. En su interior, los edificios eran bajos y de aspecto rechoncho. Daba el aspecto de una aldea, aunque, por su tamaño, no había duda de que era una gran ciudad.

Cuando por fin llegó al pórtico de entrada, comprobó que las puertas habían sido destruidas y, al adentrarse en su interior, se encontró las calles desiertas. Las viviendas, construidas con la misma piedra gris de la muralla, tenían el tejado destruido. Apoyados en sus paredes o en el suelo yacían árboles de gran envergadura partidos y destrozados, arrancados de cuajo con sus raíces fuera. En ocasiones, bajo esos despojos arbóreos, o en torno a ellos, se hallaban cuerpos inertes de lo que un día habían sido robustos y fuertes enanos. Algunos vestían armaduras; otros, ropajes de telas gruesas y ásperas.

Alejandra, que nunca antes había estado tan cerca de un cadáver, se aproximó con cautela a uno de los cuerpos y notó algo extraño. No había señales de cortes provocados por espadas ni rastros de quemaduras ni heridas de bala provenientes de armas de fuego. En su lugar, el cuerpo del enano exhibía solo laceraciones y rasguños, lo que sugería que su fallecimiento había sido resultado de ser aplastado por el árbol bajo el cual reposaba. Avanzó unos pasos más y, al examinar uno tras otro, se percató de que ninguno de los enanos presentaba heridas causadas por armas de ningún tipo, solo evidencias de arañazos y contusiones.

Caminó por las calles adoquinadas de la ciudad. Aunque al principio le había parecido una ciudad pequeña, se dio cuenta de que estaba equivocada y en realidad era una gran urbe o, más bien, lo había sido. Las calles eran anchas y de trazado ondulante. A sus lados, se alternaban edificios altos con otros más bajos, todos de piedra. Pero Alejandra apenas prestaba atención a su fisionomía. En su lugar, buscaba con desespero señales de vida, pero no encontró ninguna. Solo se topó con más árboles derribados y cuerpos de enanos sin vida. De vez en cuando, se asomaba al interior de las viviendas que estaban en mejor estado. Debido al tamaño de las puertas, a menudo tenía que agacharse para mirar dentro, solo para descubrir que todas estaban abandonadas, al igual que la ciudad en su conjunto.

Era evidente que alguna catástrofe natural había asolado el lugar. Tal vez un terremoto o un tornado. No había otra explicación para semejante devastación, con tejados arrancados, puertas destrozadas y árboles de gran tamaño derribados con sus raíces fuera.

A medida que avanzaba, la esperanza de encontrar a alguien con vida parecía desvanecerse. Sin embargo, de repente, todo cambió. Un sonido llegó a sus oídos; un gruñido seco, parecido al de un animal. Alejandra aguzó el oído, tratando de localizar el origen de ese ruido. Una vez que logró identificar la dirección, comenzó a correr hacia el lugar. Pero, de manera abrupta e inesperada, un árbol caído se enderezó con la ayuda de sus ramas y emitió aquel gruñido ronco.

—Gggrrr...

El miedo paralizó a Alejandra y la dejó incapaz de reaccionar. El árbol, grande y robusto, movió sus raíces y ramas en un intento de avanzar hacia ella, pero lo hizo con una lentitud torpe, que evidenciaba su debilidad. Ella retrocedió con rapidez.

—*Paaab grrrrgggggg... Kuuuv...* —volvió a gruñir el árbol mientras avanzaba hacia ella.

—No sé lo que estás diciendo, no puedo entenderte —murmuró con la voz temblorosa, sin saber cómo enfrentarse a esa situación extraña y amenazante.

—*Koooj uuua daaab tsiii ntaaawm nooo...*

En ese momento, el árbol se precipitó hacia ella y cayó con todo su largo tronco y las ramas hacia adelante. Ale-

jandra reaccionó de inmediato y saltó para evitar que la aplastara. El estruendo del impacto contra el suelo resonó en el aire. Después, el árbol permaneció inmóvil, sin emitir ningún tipo de sonido.

¿Por qué no había entendido lo que decía aquel árbol? ¿No podía entender todas las lenguas de Sahymir? Acarició el medallón en un acto reflejo que buscaba, en realidad, su piedra de jade.

Después de esperar un instante, Alejandra se acercó con cautela al árbol caído. Una vez junto a él, extendió su pie y tocó una de las ramas con suavidad, pero no obtuvo ninguna respuesta. Decidió darle una patada más fuerte para buscar alguna señal de vida, pero el árbol seguía sin reaccionar. Al final, se agachó y agarró una rama gruesa con la mano, pero de nuevo no hubo ningún movimiento ni respuesta.

Fue en ese momento cuando Alejandra entendió dos cosas: lo que yacía ante ella no era un simple árbol, sino un ent, una criatura legendaria que solía habitar en los cuentos fantásticos. Eran árboles con conciencia, que caminaban y hablaban. La segunda revelación fue que aquel ent yacía muerto, desplomado en el suelo en una posición estática.

Al ver que no podía hacer más en ese lugar, Alejandra comenzó a caminar sin rumbo fijo. Ahora sabía que aquellos árboles caídos eran ents, pero aun así seguía sin tener claro qué había ocurrido allí. ¿Por qué había tantas de esas criaturas muertas en la ciudad? ¿Habían sido ellas quienes habían provocado los destrozos? ¿Qué había su-cedido?

Llegó hasta un puente que cruzaba un canal, a partir del cual la ciudad cambiaba un poco de fisonomía: alternaban calles de adoquines con canales de agua. Tras bajar una escalinata, llegó hasta un puerto pesquero con pequeños botes de madera y redes que se secaban en el suelo, pero, de nuevo, no encontró ningún signo de vida.

Se encontraba en el extremo opuesto a aquel por el que había accedido al interior de la ciudad amurallada, así que se giró para contemplarla desde una perspectiva diferente. Sus ojos se posaron en un edificio de considerable tamaño que se alzaba por encima de los demás. Junto a él, había una pequeña plaza con una fuente de la que brotaba abundante agua, como si aquel manantial no se hubiera dado cuenta de que ya no tenía habitantes a los que abastecer. Se sintió atraída y avanzó hacia la fuente y el edificio que se erguía frente a ella. La construcción parecía importante debido a su tamaño y diseño, similar al de un castillo. Al igual que las demás viviendas, la puerta de este también estaba destruida. Sin dudarlo, decidió entrar en el edificio en busca de respuestas.

Atravesó el inmenso vestíbulo labrado con grandes bloques de piedra y decorado con lámparas de cristal que colgaban del techo. Alejandra avanzó con cautela. A pesar de la magnificencia del lugar, al igual que las viviendas anteriores, se encontraba completamente desolado. Decidió ascender por una monumental escalera que la llevó a una sala aún más grande. En medio de ese espacio, creyó oír un débil quejido.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —preguntó Alejandra, sobresaltada pero llena de esperanza de haber

encontrado al fin a un habitante de la ciudad.

Sin embargo, no recibió respuesta alguna. Decidió avanzar hacia el otro extremo de la sala, donde divisó una imponente puerta de madera. A pesar de que estaba un poco descolgada y era muy pesada, logró abrirla con esfuerzo y cruzar al otro lado.

Fue entonces cuando lo vio. Al fondo de la sala, había un trono labrado en piedra y, sentado en él, un enano anciano y barbudo. Su rostro y su torso estaban cubiertos de sangre. Al notar la presencia de Alejandra, se enderezó en su asiento y la observó fijamente. Luego, con un gesto de la mano, la invitó a acercarse. Sin dudarlo, la joven avanzó hacia él con paso rápido.

—¿Qué ha pasado en la ciudad? ¿Dónde está todo el mundo? ¿Qué te ha pasado a ti? ¡Estás herido!

—Aggh... —Ese era el quejido que había oído antes—. Tuvimos que abandonar la ciudad... Regresar a casa... A Khurt... Nunca pensé que tendríamos que volver al mar....

—Pero sois enanos... Pensaba que vivíais bajo tierra. ¿Esta ciudad es vuestra? ¿Navegáis en barcos?

El enano cerró los ojos con fuerza. Después, los abrió mucho y comenzó a hablar.

—Sí. Somos enanos y vivíamos bajo tierra, en la península de Noort, nuestro hogar. No lo conoces, ¿verdad? —El enano escrutó con la mirada a Alejandra—. Horadamos la piedra, construimos grandes palacios, galerías... hasta que llegamos a los acantilados que daban al mar. Construimos en todas las direcciones hasta que no quedaba un lugar donde cavar. Fuéramos en la dirección que fuéramos, siempre terminábamos en el mar. Entonces, algunos de nuestros antepasados, tan solo unos pocos, dejaron de cavar y comenzaron a construir embarcaciones con madera de grandes árboles. Poco a poco, fueron perfeccionando su diseño y al final, un día, se echaron al agua en busca de nuevas tierras que horadar. —En ese momento, el enano hizo una pausa para coger aire—. Así llegaron hasta la isla de Kharnt, donde, acostumbrados a la luz del sol durante su travesía, fundaron la primera ciudad en la superficie: Khurt. Y de ahí llegaron a esta costa. Estás en la ciudad de Tiadnestr. Los humanos la llaman Los Puertos Bajos. Lindes Dor, los elfos que alguna vez la visitaron. Yo soy... *era* su rey, Thaingor IV.

—¡Oh, majestad! —Hizo una reverencia al oír el título—. ¿Conoces mi idioma? ¿Hay humanos aquí? ¿Por qué no abandonaste la ciudad con tu gente?

—Aggh... ¡Cuántas preguntas! Un rey nunca abandona su ciudad. Muere con ella. Y sí, conozco la lengua de los humanos. Aquí no los hay. Viven al este, al otro lado del Gran Río, en las costas de Vannad. En el pasado, venían a comerciar por aquí. Incluso algunos se quedaron a vivir. ¡Oh, sí! ¡Tenías que haber visto Tiadnestr en su mayor esplendor! —Por un momento, al enano se le iluminó el rostro recordando tiempo felices—. Era la gran ciudad del sur de Sahymir. Ninguna podía hacerle sombra. En su puerto fondeaban los barcos más bellos de Vannad. Y también llegaban caravanas enormes de mercaderes de Neaskor. —Hizo una pausa—. E incluso los altos elfos del norte llegaron a visitarnos. Todas las especies pacíficas convivieron en sus calles.... —Al pronunciar esas palabras, el brillo de sus ojos y su rostro desapareció y se sumió en la oscuridad del momento *presen-te*—. Pero hace ya mucho tiempo de todo eso.

Alejandra bajó la mirada. Tenía una mezcla de sensaciones que no sabía cómo manejar. Por un lado, se encontraba triste por aquel rey, por su especie y su ciudad destruida, pero, por otro, estaba emocionada porque, hasta ese momento, no se había planteado la posibilidad de que hubiera un reino de humanos en ese mundo, y Thaingor se lo acababa de confirmar.

—Pero los hombres no son criaturas mágicas... —Entonces, se dio cuenta—. Y vosotros tampoco. Creía que en este mundo solo había seres mágicos.

—No... También los hay no mágicos, y por eso nos dejan vivir. Por eso Sehorev nos deja

vivir... No suponemos un peligro para él.

—Pero han atacado la ciudad. La habéis tenido que abandonar. Si os deja vivir, ¿por qué Sehorev ha hecho esto?

—No... No ha sido él... Al menos, no de forma directa. Fueron los ents. Llegaron furiosos y arrasaron con todo. Esas criaturas no hablan nuestro idioma. No se puede razonar con ellos. No tuvimos nada que hacer...

—¿Ents? ¿Árboles que hablan y se mueven?

—Sí... Aggh... ¿Los conoces? ¿Los has visto alguna vez?

—Hasta ahora no lo había hecho, pero acabo de ver a muchos de ellos muertos ahí fuera... ¿Han sido ellos quienes os han atacado? Pero ¿por qué? —reflexionó en voz alta.

—Estaban enfadados porque por nuestra culpa habían matado a muchos de los suyos... Aggh... Cuando abandonamos el Paso del Puerto, Sehorev mandó talar muchos árboles del bosque para crear un nuevo camino seguro hacia el este... Aggh... Imagino que tampoco conoces esta historia, nuestra historia. —Ante el silencio de Alejandra, decidió continuar—. Sehorev nos permitió vivir en libertad a cambio de que construyéramos un paso por la montaña. Quería llegar al oeste sin tener que rodearlas ni atravesar el bosque de ents. Y lo hicimos, sí. Aggh... Hicimos lo que llamaron el Paso del Puerto. Construimos un túnel en la montaña. Pero no un túnel cualquiera. Sus dimensiones eran colosales. Era el orgullo de nuestro pueblo. Sin embargo, cuando vimos que lo quería para acabar con todos los elfos que viven al oeste de Sahymir, decidimos abandonarlo y sellarlo. Sehorev no nos hizo nada a pesar de ello. Tenía prisa por llegar al otro lado de las Montañas Negras, así que comenzó a talar árboles. No se preocupó por nosotros porque sabía que lo harían los ents...

Alejandra se quedó sin saber qué decir.

—¿Y puedo hacer algo por tu pueblo? —Se sorprendió a sí misma al hacer aquella pregunta.

—¿Tú? ¿Una niña humana? ¿Por qué podrías hacer algo tú por mi pueblo?

—Soy Intala Imaltu, Yetemet Ewy. La Viajera entre Mundos, la Elegida.

—¿Tú? —El enano se puso derecho y la miró con firmeza—. ¿Una niña humana? —volvió a repetir las mismas palabras que acababa de decir.

—Sí —le dijo y le mostró el medallón—. Todo el mundo se sorprende de que lo sea. No sé a quién esperan, pero el caso es que soy yo —dijo, harta de que todos dudaran de ella.

—Sí... Ese colgante es Ayrhiel, he oído hablar de él... Aggh... Si de verdad eres quien dices ser, entonces tienes que acabar con Sehorev.

—Eso haré, entonces —afirmó solemne e hizo un gesto con la cabeza—, pero me tienes que ayudar. Necesito ir a Ahykrum. Allí están los que me pueden apoyar.

—¿Ahykrum? Aggh... ¿Sabes dónde te encuentras, Intala Imaltu, Yetemet Ewy o lo que seas? —Comenzó a jadear por falta de aire—. Estamos en el otro extremo de Sahymir. No sé cómo has llegado aquí, pero nadie ha viajado a Ahykrum desde este lugar.

—¿No? —Alejandra se sorprendió—. Pues yo tengo que hacerlo. Tengo que regresar con Onahyram o con Atsutev.

—¿Atsutev? ¿La última de los Kerik-Ama? ¿La conoces? —El enano se irguió y abrió mucho los ojos al oír el nombre.

—¡Sí! Claro. Ellos son los que me han enseñado todo y me están guiando en este viaje.

—Aggh... En ese caso, puede que sí seas Intala Imal-tu y Yetemet Ewy de verdad. —Resopló con fuerza—. Al norte de la ciudad, en las Montañas Violeta, junto al río Tigel, vive un mago, Cemoim. Encuentra la Torre de Sarondil. Quizás él pueda ayudarte.

Eso le causó gran sorpresa a Alejandra.

—¿Un mago? ¿Existen de verdad? Quiero decir... ¿todavía hay magos?

—Él es el único del que he oído hablar, no sé si queda alguno más. Mucho que temo que pueda ser el último mago.

—Iré a visitarlo, entonces. ¿Cómo lo encontraré?

—Sigue el río hacia el norte. Cuando llegues a las montañas, verás la torre.

—Gracias. Debo partir, entonces.

Thaingor IV alzó la mano en un gesto de despedida y cerró los ojos. Alejandra le respondió con el mismo ademán y permaneció allí observándolo. Sin embargo, los ojos del enano no volvieron a abrirse; su mano quedó en alto, rígida en su adiós final.

Con la imagen del enano grabada en su memoria, Alejandra abandonó la sala sin volver la vista atrás. Descendió por las escaleras monumentales y cruzó el vestíbulo de las lámparas de cristal colgadas del techo. Aunque en su primer vistazo había creído que aquel edificio era un castillo, ahora comprendía que merecía ser llamado palacio.

Una vez en el exterior, miró en todas las direcciones para orientarse y comenzó a avanzar. Si aquel mago lla-

mado Cemoim realmente existía, como le había indicado el enano, entonces él era su única oportunidad para regresar a Ahykrum y continuar con su misión. Deshizo sus pasos a través de las calles, pero ahora las miraba con otros ojos. Recordó cómo se le había iluminado el rostro a Thaingor IV cuando había hablado del esplendor de su ciudad. Alejandra trató de ignorar los cadáveres, tanto de enanos como de ents, y en su lugar imaginó los Puertos Bajos, como la llamaban los humanos, llenos de vida, con distintas especies conviviendo, con las viviendas sin destruir, y entonces, a ella, por un segundo, también se le iluminó el rostro: aquel lugar un día había sido una ciudad próspera y bella. Después, regresó a la realidad y sintió rabia y dolor por haber llegado tarde y no haber podido evitar su destrucción.

CAPÍTULO 8:

LA TORRE DE SARONDIL

Una vez fuera de la ciudad de Tiadnestr, Alejandra buscó el río y dirigió su mirada al norte, donde se alzaban las Montañas Violetas, un pequeño apéndice de las Montañas Negras.

Estimó que, a pie, el viaje podría llevarle unos cuatro o cinco días, según el ritmo que llevara. Mientras se alejaba de la ciudad, miró a su alrededor en busca de un caballo, pero era evidente que los enanos no utilizaban esos animales, así que no tuvo más remedio que asumir que tendría que hacer todo el trayecto a pie.

Solo habían pasado unas horas cuando su estómago le hizo darse cuenta de un problema: ¿cómo iba a alimentarse? En su viaje con Ahivy en busca de Atsutev, no se había tenido que preocupar por la comida, pero ahora se encontraba sola y no tenía consigo más que lo que llevaba puesto. Seguro que, si Ahivy estuviera allí, cazaría un conejo con su arco y lo comerían junto a un fuego. Pero Alejandra estaba sola. Fue entonces cuando le vino a la mente la reunión de su padrino con sus primos y sus padres, en las que habrían comido riquísimos crepes con chocolate. Se le hizo la boca agua y se le agudizó el dolor de estómago. ¿Cuánto tiempo había pasado desde su última comida? Reflexionó durante un momento. Dado que viajaba entre mundos y las fechas y las horas se alteraban, le resultaba complicado medir el tiempo real que había transcurrido. Pero una cosa era segura: la última vez que había comido había sido con Ahivy, cuando cazaron aquel animal que casi las había embestido. ¡Cómo se había reído su amiga! Alejandra se dio cuenta de lo mucho que la echaba de menos, a pesar del poco tiempo que habían compartido.

Miró alrededor y descubrió unos árboles bajos con frutas que se parecían al mango. Se acercó hasta uno de ellos y arrancó sin mucha dificultad aquel fruto. Como no tenía nada con que pelarlo, probó un bocado pequeño con piel y lo masticó. Tenía un sabor extraño, pero no estaba malo. Antes de comer más, esperó una hora, para asegurarse de que no tenía ningún síntoma de envenenamiento. Una vez confirmó que se encontraba bien, se comió un fruto entero y hasta se permitió comer otro.

Avanzó junto a la ribera del río durante todo el día. Cuando llegó la noche, se preocupó al darse cuenta de que no sabía cómo hacer fuego, pero, por fortuna, la temperatura seguía siendo cálida y no lo necesitaba para cocinar, por lo que no se vio en la tesitura de encenderlo. Una vez más, se alimentó solo de fruta, bajo la única luz de la luna y las estrellas, en un cielo sin nubes.

Al acostarse sobre la hierba, no pudo evitar recordar la conversación con Ahivy acerca de los sacos de dormir. Una sonrisa afloró en su rostro. ¡Cómo la extrañaba! El viaje con la elfa para visitar a la Última de los Kerik-Ama había sido como un juego, una aventura o una excursión escolar. Con la protección de Ahivy a su lado, no había necesitado preocuparse por nada. Solo se habían dejado llevar. Pero ahora estaba sola. Sola por completo en un mundo fantástico, paralelo al suyo.

Movió la espalda sobre el suelo para acomodarse y contempló el cielo. La luna brillaba también en el norte, como lo había hecho el sol, y se quedó mirándola, mientras se preguntaba si Ahivy también la estaría viendo, dondequiera que estuviera, en ese justo momento. También se preguntó, una vez más, si sería la misma luna que ella veía desde la ventana de su habitación, en casa de sus padres, en su mundo. Y eso le hizo recordar su cama. ¡Qué cómoda era! Y, sin embargo, allí estaba ella, durmiendo en el suelo.

Despertó con los primeros rayos del sol y continuó caminando. Hizo la misma rutina que el día anterior, horas a pie en dirección a las Montañas Violetas. Comió aquella fruta que se parecía al mango o probaba alguna desconocida antes de atreverse a ingerir más cantidad. Durante dos días, siguió el mismo patrón. Al tercero, la espesa vegetación en torno a la desembocadura del río se volvió más escasa. Y al siguiente, el terreno se hizo más abrupto y el río, más estrecho. Las

montañas estaban ya muy cerca.

Cuando llegó a ellas, descubrió que un pequeño bosque que crecía paralelo al curso del río. Después de cuatro días a pie bajo el sol, Alejandra se alegró por la sombra que daban los árboles. Pero no era solo la sombra lo que la animaba. El pequeño bosque rebosaba de vida y los animales no se escondían a su paso. Alejandra, que no había visto un animal vivo en su estado natural —a excepción del conejo y el jabalí gigante que había cazado con Ahivy—, se fascinaba cada vez que una ardilla, una nutria o un zorro se cruzaban en su camino.

El quinto día, dejó atrás el bosque para entrar en un estrecho valle. Ese mediodía, por fin divisó la torre. De estructura redonda y blanca, parecía un antiguo faro de su mundo. Aunque era alta, no lo era tanto como había pensado. Después de caminar desde tan lejos, se había imaginado una esbelta torre y no la que tenía delante. La decepcionó. ¿Y si aquella torre resultaba no ser la de un mago? ¡Prefería no pensar en esa posibilidad!

Perteneciera a quien perteneciera, se encontraba en una planicie donde el río formaba un meandro, en cuyas tierras había un pequeño pero bello jardín. A uno y otro lado, las Montañas Violetas reflejaban la luz del sol y formaban pequeños arcoíris. Aquel lugar sí que parecía sacado de un cuento de fantasía infantil.

Avanzó por la tierra fina y húmeda, y acarició las distintas flores coloridas que allí crecían. Se agachó a oler una. No reconoció la flor ni su fragancia, pero ambas eran de una belleza única. Fue a arrancarla para ponérsela en el pelo, pero se detuvo en el último instante. ¿Quién era ella para privar de vida a aquella flor? Se incorporó y continuó avanzado hasta la base de la torre.

—¿Hola? ¿Cemoim? ¿Señor de la torre? —se le ocurrió decir mientras golpeaba con los nudillos la gruesa madera de la puerta—. ¿Mago de la torre?

Tras unos instantes de silencio, dentro del edificio se oyeron una serie de ruidos que se iban aproximando a la puerta, hasta que se transformaron en pasos. Y, a continuación, el característico sonido de los pestillos y cerrojos al abrirse.

—¡Ya va! —dijo una voz agradable al otro lado.

La puerta crujió al desplazarse hacia dentro y Alejandra pudo ver a un anciano con el pelo blanco y revuelto; tenía una pequeña barba y vestía una túnica blanca. Los ojos grises del hombre se clavaron en los de ella.

—¿Quién sois? ¿Cómo me habéis encontrado? ¿Quién os manda? —dijo mientras asomaba la cabeza y miraba a uno y otro lado como si esperara encontrar a alguien oculto.

—Soy Alejandra, Intala Imaltu y Yetemet Ewy. —Había aprendido a recitar esos nombres de memoria—. No ha sido muy difícil encontraros, la verdad. No me manda nadie. He venido porque necesito ir a Ahykrum. Tengo que reunirme con la Última de los Kerik-Ama: Atsutev. —Vio el efecto que tuvo sobre el rey enano oír el nombre de la serpiente.

—¿Intala Imaltu? ¿Yetemet Ewy? ¿Ahykrum? ¿Atsutev? —repitió incrédulo el mago—. ¡Solo eres una niña!

—Solo soy una niña, sí, pero lo que te acabo de decir es cierto. Mira. —Le mostró el medallón—. Si no, no lo llevaría colgado de mi cuello. Ni hubiera andado cinco días desde la Ciudad de Tiadnestr para dar contigo.

—¡Santa Madre! ¡Ese es Ayrhiel! —exclamó al reconocer el talismán—. ¿Y vienes andando desde los Puertos Bajos? Eso es un largo camino para hacerlo a pie, desde luego. —Se acercó a ella, se agachó para cogerle un pie y lo levantó para ver la planta—. Estas botas... ¿de dónde son? —preguntó cuando se dio cuenta de que ese calzado no podía ser de su mundo—. Nunca

había visto nada igual.

—Porque no son de aquí. Ya te lo he dicho. Soy Intala Imaltu, la Viajera entre Mundos.

—Entonces, es cierto lo que me has dicho... Ven, ven, sube —la invitó—. Tienes que contarme muchas cosas.

Alejandra lo siguió por la escalera de caracol hasta una sala que se encontraba en la parte más alta, con forma semicircular y grandes ventanales desde donde podía divisarse toda la ribera del río en su camino hacia el sur, hacia el mar, por donde había venido ella.

La sala tenía en el centro una mesa de madera repleta de mapas y pergaminos enrollados. Alguno estaba abierto y se veían mensajes escritos en una lengua que Alejandra no supo leer. Una pared de madera, con una puerta del mismo material, separaba esa estancia de una segunda.

—¿Y dices que necesitas ir a la ciudad de Ahykrum? Eso está muy lejos, lo sabes, ¿verdad? ¿Cómo podría ayudarte, Intala Imaltu?

—Sé viajar entre mundos, pero no sé abrir un portal yo sola. —Se encogió de hombros—. Pensé que quizás un mago me ayudaría a abrir un portal.

—También dijiste que tenías que reunirte con la gran serpiente Atsutev. ¿La conoces? ¿Has hablado con ella antes?

—Así es. La última de los Kerik-Ama me ayudó a regresar a mi mundo y ahora espero que lo vuelva a hacer.

—Mmm... y no te comió ningún brazo. —Se acercó y la cogió de la muñeca para inspeccionarla. Después, sonrió—. Esa es buena señal. Desde luego. Quizás pueda ayudarte a abrir un portal que te lleve cerca de Ahykrum. Aunque nunca he hecho eso y a saber dónde podrías aparecer. Algo lejos, desde luego, pero más cerca que donde estamos ahora, eso seguro.

—Muchas gracias. Con eso me conformaré.

—Pero, antes, comamos algo. Seguro que estás hambrienta.

—¡Sí! ¡No te puedes imaginar el hambre que he pasado!

—Entonces te prepararé una buena ración.

Cemoim abrió la puerta y se introdujo en un pequeño cuarto. Enseguida comenzaron a oírse ruidos de cacharos. Al poco tiempo, la llamó.

—¡Pasa! La salita es pequeña. No suelo tener invitados, pero seguro que nos apañaremos.

Alejandra obedeció y accedió a lo que resultó ser una especie de cocina y comedor. Se sentó en un taburete de madera frente a una mesa repleta de distintos platos de comida: carne, fruta y hortalizas. Advirtió que no había cubiertos, así que empezó a comer con las manos. Primero probó despacio los distintos alimentos y, después, al comprobar que estaban deliciosos, comenzó a comer con más entusiasmo.

Cemoim le contó lo solo que se encontraba y cómo se entretenía cultivando el pequeño jardín que había junto a la torre. Alejandra se dio cuenta de que quien hablaba era el hombre detrás del mago: un hombre afable y acogedor. Cuando la comida se agotó, Cemoim se levantó y le ofreció un plato de caldo.

—Es mi especialidad. Lo he dejado para el final.

Alejandra bebió el caldo, cuyo sabor peculiar no supo identificar.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó el mago al ver que Alejandra no dejaba de observarlo.

—Es que no imaginaba que un mago fuera así. Y tampoco que fuera humano.

—¡Claro que soy humano! ¿Por qué te sorprendes? Tú también lo eres. ¿Qué iba a ser si no?

—No lo sé. ¡Nunca había visto a un mago! Y eres el primer humano al que veo en Sahymir.

—¿De verdad? ¿No has visto a ninguno? ¿Yo soy el primero? —Rio y estuvo a punto de

atragantarse—. Hay más humanos al otro lado del Gran Río, en las costas de Vannad. Viven allí.

—Sí. Eso me dijo el enano... Thaingor. Que los hombres viven allí.

—Oh, Thaingor... ¿Cómo se encuentra?

—¿No lo sabes? Su ciudad fue arrasada por los ents. Me temo que ha muerto.

—Oh... ¡Vaya! ¡Cuánto lo siento! ¿Por los ents? —Se rascó la barba—. Pero también hay humanos en otros lugares —cambió de tema de un modo que a Alejandra le pareció un tanto extraño—. No solo ahí. ¿Dónde me has dicho que estuviste? ¿En Ahykrum? Esas tierras son de elfos, pero, aun así, llegan mercaderes humanos. Si estás un tiempo, terminarás viéndolos. Aunque es verdad que cada vez hay menos. La guerra está dividiendo Sahymir en dos partes. Al noroeste, los elfos y al sureste, los humanos.

—¿Pero por qué Sehorev no ataca a los humanos? ¿Ni a los enanos? —recordó lo que le había contado el enano.

—Porque no son poderosos... Ninguno de los dos. En este tiempo al menos. En el pasado, todos los magos eran humanos, al igual que los científicos, y ahora no quedan ni unos ni los otros... Me temo que solo quedo yo.

—¿Solo tú? ¿Por qué han desaparecido los magos?

—Han ido muriendo. Muchos lo hicieron en la guerra contra los científicos, antes de la Separación. Otros más tarde. Tras la división de los mundos, los grandes magos, los más poderosos, comenzaron a luchar entre ellos por dominar a las otras especies, sus pueblos, sus ciudades... y fueron muriendo en grandes batallas. A veces, se convertían en líderes de pueblos para que formaran ejércitos y lucharan por ellos; otras, en cambio, eran directamente los magos quienes peleaban con sus poderes. El caso es que cada vez quedan menos. Muy pocos... —Su rostro se entristeció—. Tan solo yo.

Alejandra se quedó pensando.

—¿Y cómo hiciste para sobrevivir? Quiero decir... ¿Cómo has hecho para llegar a ser el último mago?

—¿No me ves lo suficientemente poderoso como para derrotar a todos los demás? —Se rio Cemoim—. No estoy orgulloso de mi actitud. Seguro que podía haber hecho más, ayudar a otros magos..., pero lo cierto es que sobreviví porque me escondí. Me retiré del mundo y dejé que se mataran entre ellos mientras yo me dedicaba al estudio.

—Mi mundo, sin embargo, está lleno de científicos. Allí no se matan entre ellos ni hay nadie que los mate. Bueno... —se quedó reflexionando—, al menos ahora. Me temo que hubo un periodo en nuestra historia en que los quemaban en la hoguera... La Edad Media, la llamamos.

—¡Oh! ¡Cuánto lo lamento! Al menos dices que ahora ya no los matan.

Alejandra sonrió. Le parecía increíble que estuviera manteniendo esa conversación sobre la historia y la evolución de los científicos. Nunca se había planteado la historia desde ese punto de vista.

—Ahora, en mi mundo, los científicos gozan de un gran estatus. Todas las cosas que usamos en el día a día han sido diseñadas por ellos. No podríamos vivir sin ellos.

—¡Y cuán peligrosos son sin la magia! ¿Verdad?

—¿Peligrosos? —Alejandra no daba crédito a lo que acababa de oír—. ¿Sin la magia?

—La magia sin ciencia... mira de qué nos ha servido. Me temo que somos nosotros los que ahora vivimos en tu Edad Media. Pero vosotros... ¿La ciencia sin magia? Os gobiernan máquinas y trabajáis para ellas. Sois esclavos de la ciencia. Fue un error crear la División: ciencia y magia tienen que aprender a vivir en armonía. No hay otro camino.

—¿No volverán a matarse entre ellos si se juntan?

Cemoim se rascó la barba antes de responder.

—Esperemos que no, pero lo que importa es que este mundo, sin la ciencia, y ahora sin la magia, se muere. Y el tuyo pronto lo hará también. Sanetub acabará con la ciencia, la prohibirá y estaréis igual que nosotros: sin magia ni ciencia. Sin nada. Dos mundos muertos, a merced de los hijos de la Última.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Alejandra sorprendida.

—Yo no puedo viajar entre mundos, pero hay libros prohibidos, sortilegios ocultos... y algo más sencillo y práctico: tengo oídos en todas partes. No creerías las historias que se cuentan, algunas verdaderas, otras falsas, pero, sin duda, interesantes para especular. —Hizo una pausa—. Puedo escuchar y ver cualquier lugar de Sahymir. Mira. ¡Hálix, ven!

Un pájaro entró volando por la puerta y se posó en el hombro del mago.

—Alejandra, te presento a Hálix. Es un halcón peregrino, el ave más rápida que hay. Hálix —le habló al pájaro—, te presento a Alejandra.

—Hooola —habló el ave con un extraño acento.

Alejandra, al oírlo, se asustó y escupió sin querer el agua que acababa de beber.

—¡Habla! Es un pájaro que habla.

—Sííí. Haaablo. Eres uuuna humaaana que haaabla.

—Eres el primer pájaro que conozco que habla.

—Y el único —intervino Cemoim—. Aquí los pájaros tampoco hablan. Pero este sí, porque es especial. —Lo cogió por el hombro con una mano y lo acarició con la otra.

—Me encaaanta —murmuró el halcón.

—Gracias a él, a pesar de que estoy aquí encerrado en mi torre, estoy informado de lo que acontece en Sahymir.

—¿Por qué me dices esto?

—Has preguntado cómo sabía todo eso. Esta es la respuesta. Ha estado en las costas de Vannad con los hombres y en la fortaleza de Neaskor, guarida de Sehorev... —Su voz se apagó—. Por eso sé lo que está haciendo. El ejercito que está preparando.

Cemoim cogió una servilleta y se limpió la boca. Dio por terminada la comida y la conversación. Después, se levantó.

—¿Sabes? Yo también sirvo a la Última de los Kerik-Ama. Si ella te ha ayudado con anterioridad, yo lo haré ahora. Déjame buscar en los manuscritos. Abriré un portal para que puedas desplazarte.

El mago regresó a la estancia principal mientras Alejandra apuraba la comida. Comenzó a sacar rollos de papiro que había en una estantería y a abrirlos uno tras otro hasta que dio con el que buscaba.

—¡Aquí está! —exclamó victorioso—. Ven, ponte enfrente de mí.

Alejandra bebió un último trago de agua, se limpió la boca e hizo lo que le había indicado.

—Lo que voy a hacer ahora es abrir un portal canalizando tu energía. En realidad, mis palabras solo serán una ayuda. Puedes memorizarlas si quieres y recitarlas si alguna vez tienes que abrir otro portal. Pero, en realidad, no son necesarias si dispones de otras estrategias.

Cemoim le extendió los brazos hacia abajo, los dejó un poco levantados y le colocó las palmas hacia arriba. Después, comenzó a recitar una y otra vez las palabras mágicas.

—*Intala imaltuu, gara gama biraatti imala. Imala gara magaalaa.*

Alejandra cerró los ojos y trató de concentrarse para colaborar de alguna forma con lo que estaba haciendo el mago.

—*Intala imaltuu, gara gama biraatti imala. Imala gara magaalaa.*

Entonces, Alejandra identificó aquellas palabras. Eran las mismas que había recitado Nathan cuando abrió el portal en el callejón y, después, Atsutev en las Montañas de Fuego.

—*Intala imaltuu, gara gama biraatti imala. Imala gara magaalaa* —volvió a recitar Cemoim. Y, entonces, Alejandra las entendió por fin.

—«Chica viajera, viaja al otro lado. Viaja a la ciudad» —repitió Alejandra, sorprendida por su descubrimiento.

Mientras decía esas últimas palabras, Alejandra, aún con los ojos cerrados, notó el inconfundible resplandor del portal y su característico zumbido. El mago dejó de pronunciar el sortilegio y ella abrió los ojos.

—Ha sido un placer conocerte, Intala Imaltu, Yetemet Ewy. —Le hizo una leve reverencia con la cabeza.

—Lo mismo digo, Cemoim. Cuídate mucho.

Alejandra se adentró en la luz del portal y, de espaldas al mago, no vio como Hálíx, el halcón, se lanzaba hacia el portal y entraba justo antes de que se cerrara.

CAPÍTULO 9:

EL BOSQUE DE HUYLLE

El Bosque de Huyll se extendía entre el río Dara y las Montañas Negras, si bien, en realidad, estas montañas eran de un color gris ceniza, sin ningún tipo de vegetación, a diferencia del bosque, que era el más frondoso de todo Sahymir.

Se decía que en él los primeros elfos habían fundado la ciudad mágica de Neniél, donde vivieron durante milenios, hasta que comenzaron a llegar al bosque orcos y otras criaturas peligrosas. Como no podían estar combatiéndolos eternamente, Neniél I, el último Rey elfo, tras largas deliberaciones con sus consejeros de confianza, decidió abandonar el bosque y desplazarse a la otra orilla del Lago de Fuego, donde construirían la ciudad de Ahykrum. Pero, antes de marcharse, con un hechizo volvió invisible la ciudad mágica de Neniél. Así, ninguna criatura salvaje de las que anidaban en el bosque podría destruirla. Nunca nadie, ni elfo ni humano ni mago ni científico la volvería a ver. Pero en el bosque no solo vivían criaturas peligrosas. En la actualidad, su espesa vegetación servía de cobijo para toda clase de animales extraños y preciosos, difíciles de encontrar en cualquier otro lugar.

Justo en ese instante, un pájaro de un azul intenso giraba la cabeza con rapidez y alternaba la visión entre uno y otro ojo para calcular la distancia precisa que lo separaba de una lagartija del mismo color, pero con un matiz fluorescente, la cual, ignorante, se divertía jugando con unas hormigas rojas gigantes. Cuando el pájaro terminó los cálculos, abrió sus alas y se dejó caer en picado. A la lagartija no le dio tiempo a reaccionar, pero, antes de ser atrapada por el ave, algo sucedió: un resplandor llenó el aire.

Alejandra tropezó con algo nada más materializarse y se cayó de bruces sobre la hierba mojada. Desde el suelo, oyó unos pájaros revolotear. Era de noche y debía de estar más al norte, porque ya no hacía aquella temperatura cálida tan agradable. Se incorporó y examinó su entorno: se encontraba en el medio de un espeso bosque. Un bosque mágico, sin duda: luciérnagas de todos los colores brillaban en la oscuridad mientras pájaros fluorescentes revoloteaban en busca de su próxima comida. A pesar de que era de noche, por la luminosidad de los distintos animales, el bosque permanecía en una penumbra de aspecto fantasmal, casi mágica.

Como no tenía ni idea de dónde se encontraba, sacó la brújula e hizo funcionar las manecillas, que le indicaron que se encontraba al este de la ciudad de Ahykrum. Giró ciento ochenta grados y comenzó a caminar en esa dirección cuando escuchó un ruido entre la maleza cercana. Alejandra se quedó quieta, expectante. De repente, una extraña mezcla entre oso y castor emergió de entre la vegetación, andando sobre sus dos patas traseras.

—¡Adiós, Alejandra! —dijo con total naturalidad mientras avanzaba hacia ella.

—¿Hablas? ¿Nos conocemos? ¿Cómo sabes mi nombre?

—¡Ay! Perdona, se me olvida que eres humana —contestó una vez se hubo detenido frente a ella.

—Sí, soy humana. Eso parece. ¿Y tú? ¿Qué eres? ¡Qué cosa más extraña! Nunca he visto un animal, o lo que seas, como tú.

—Me llamo Samas y soy un temporivivus, o así nos denomináis vosotros. ¿De verdad que no conoces mi especie?

—Me temo que no.

—Si te lo acabo de expli... Perdona, perdona, es que me cuesta hablar con humanos. No sois mágicos y vais al revés que nosotros.

—No entiendo nada de lo que me estás diciendo.

—Sí. Viajamos hacia atrás en el tiempo. Nuestra línea temporal se encuentra invertida respecto a la vuestra: nacemos en tu futuro y avanzamos hacia tu pasado.

—¿De verdad? ¡Es increíble! Entonces, ¿conoces el futuro? ¿Mi futuro?

—No. Solo conozco mi pasado, que no es necesariamente tu futuro.

—Pero si acabas de decir que vas al revés, que mi futuro es tu pasado...

—Pero tú tienes infinitos futuros por escoger y yo, un solo pasado. Solo conozco uno de tus posibles futuros, pero no tiene por qué ser el que tú elijas.

—Vale, creo que lo entiendo —contestó Alejandra, que se había familiarizado con las extrañas paradojas de los viajes en el tiempo, primero porque desde muy pequeña le habían gustado las historias de ese género de ciencia-ficción y, después, porque, salvo que se estuviera volviendo loca, estaba viviendo una ella misma—. Aun así, quizás puedas ayudarme. Soy Intala Imaltu y Yetemet Ewy. Necesito saber si tengo éxito en mi misión.

—¿De verdad eres tú? —Se acercó para estudiarla—. No te imaginaba así. Lo seas o no, no puedes saber tu futuro. Ni debes. Vuestra gente siempre quiere saber lo que va a pasar, pero eso no es bueno, no. Podría decirte lo que acontece en mi pasado y que después eso no sea lo que suceda en tu futuro. No se debe conocer ninguno de los futuros posibles, en ninguno de los casos. No, no señor.

—¡Pero los mundos dependen de mi misión!

—Está bien, está bien. —Hizo un gesto con la mano—. Te contaré mi pasado, pero te advierto de nuevo que no tiene por qué ser tu futuro. Mi pasado tan solo es uno de tus posibles futuros. Quizás tú tomes otras decisiones y llegues a otro futuro que no sea mi pasado.

—Lo entiendo. Pero al menos sabré una posibilidad. Aunque haya otras distintas —añadió Alejandra.

—En ese caso, te diré que, en mi pasado, Yetemet Ewy no es una profecía, sino una leyenda. Sucedió. Es real. Cantamos su historia. La historia de cómo la Elegida unió magia y ciencia de nuevo. ¿Eres tú? No lo sabemos. Eso tienes que saberlo tú. ¿Eres la Elegida o no lo eres? Yo sé que soy Samas, un temporivivus, pero tú... pareces perdida. ¿Quién eres?

—Soy Intala Imaltu y Yetemet Ewy, eso creo. Si no, imagino que no estaría viajando entre mundos, tratando de encontrar Ingida Gize, el lugar del Puente y donde realizar la Promesa.

—¡Oh! Conoces la historia de Ingida Gize, el Puente y la Promesa. Entonces realmente puede que lo seas.

—¡Bien! Y dices que, en tu futuro, se cumplió la profecía, ¿verdad? ¡Gracias, gracias! —Se agachó y le apretó las manos—. No sabes cómo te lo agradezco. Eso es lo que necesitaba oír.

—Lo sabía. —Sonrió—. Y por eso te lo he dicho. Ahora ve con ellos.

—¿Con quiénes?

—Con los elfos. Estás perdida, me lo acabas de decir.

—Yo no he dicho nada.

—¡Ay! ¡Otra vez! Para mí ya me lo has dicho, pero, para ti, lo vas a decir ahora.

—Tienes razón. La verdad es que no sé dónde estoy.

—¿Ves? Ya lo has dicho. No te imaginas lo difícil que me resulta hablar contigo. Pues te encuentras en el bosque de Huylle. Y allí hay un campamento de elfos. Parecen de la ciudad de Ahykrum. Quizás puedas unirte a ellos.

—¿Elfos de Ahykrum? —Alejandra se sorprendió al oírlo—. Gracias. Gracias de nuevo. Por todo.

—¿Por qué?

—Por la ayuda.

—¿Qué ayuda?

—Lo del campamento... lo de la elegida...

—Ah, ¿hemos hablado ya de eso?

—Sí. Hemos tenido una gran conversación. Será mejor que me dé prisa.

—Me alegra saberlo.

—¡Adiós!

—¡Hola! ¿Te marchas ya? ¿Me has dicho que eres la Elegida?

El temporivivus se quedó hablando solo mientras veía a Alejandra marcharse. Concentrada en encontrar el campamento de los elfos, no oyó las últimas palabras de Samas. Solo tuvo que caminar unos minutos hasta que le pareció ver una tenue luz de hoguera en la distancia. Pero, tan pronto como la vio, desapareció. Perpleja, Alejandra avanzó hacia aquel lugar, pero cuando llegó no había nada más que oscuridad y sombras. La fatiga le habría jugado una mala pasada. Miró alrededor en busca de cualquier indicio de la hoguera, pero no encontró nada.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —Nadie respondió—. Soy Intala Imaltu, Yetemet Ewy. Busco a los elfos de la ciudad de Ahykrum.

—¡Alejandra! —Apareció Ahivy de pronto de entre la oscuridad. Vestía un traje verde con una capa del mismo color. Del cuello colgaba la piedra de jade que le había regalado en su despedida. En ella lucía preciosa—. ¡Alejandra! —repitió—. ¡Qué alegría verte! ¿Qué haces aquí? —Corrió hacia ella y se fundieron en un abrazo. Alejandra la apretó con todas sus fuerzas.

—¡Creía que no iba a volver a verte! —Se separó y la miró—. ¡Llevas mi collar!

—Claro que sí. —Sonrió.

—Yo he usado tu brújula para orientarme cuando aparecí en un lugar de Sahymir que no conocía y ahora aquí, en el bosque.

En un segundo, comenzaron a aparecer de la nada un grupo de elfos y la hoguera volvió a encenderse.

—Somos buenos escondiéndonos —le explicó Ahivy al ver la cara de extrañeza de Alejandra—. Vamos a atacar un campamento del ejército de Sehorev. No deberías haber visto la hoguera.

—Pero si me lo dijo un temporivivus, que os vio...

—¿Hay por aquí un revérsum? ¿Tuviste la fortuna de ver uno? Son muy difíciles de ver y rara vez hablan con personas. Lo que sé de ellos lo he leído en libros. Según algunas leyendas, serán creados el día del Fin del Mundo, cuando los Kerik lo destruyan todo. Por eso irán a la inversa, para recopilar la historia de toda su creación. Vivirán desde el último día hasta el primero. Y cuando lleguen al momento en que la Primera abrió los ojos, los revérsum le darán todos sus conocimientos recopilados, para que ella pueda crear el mundo de nuevo a su propia imagen y semejanza, en un ciclo eterno.

Alejandra se quedó fascinada ante tal historia. Si no fuera porque se lo contaba Ahivy, diría que era un cuento de hadas, pero, llegado ese momento, si fuera necesario, hasta creería que las hadas existen de verdad.

—Estas criaturas —terminó de hablar la elfa— se mueven a la inversa en el tiempo. De ellos no podemos escondernos, sería imposible. Pero de ti sí. Hemos fallado.

El elfo que parecía estar al mando oyó la conversación. Le tocó el hombro a su compañero y ambos se acercaron. El primero era alto y delgado, con las facciones suaves y el pelo largo de color blanco, con la raya en medio. El segundo era más bajo y ancho. Su musculatura se notaba bajo las ropas. Tenía el pelo rasurado por los lados con una coleta detrás.

—Soy Khanley —le dijo el más alto de los dos y le ofreció la mano—. Y él es Rothic, mi lugarteniente. Si hubieras sido el enemigo, ahora podríamos estar todos muertos. Por fortuna, no lo eres. ¿Has dicho que eres la Elegida? ¿Qué haces aquí?

—A decir verdad, no lo sé. Creo que aparecí por accidente... Pero me alegro de estar aquí —dijo y miró a Ahivy—. Necesito hablar con Atsutev, pero no sé dónde nos encontramos. El temporivivus me dijo que estábamos en el bosque de Huyllé, pero no sé dónde está, así que de poco me ha servido.

—Claro, perdona —intervino Ahivy—. Estamos al este del Lago de Fuego. Avanzamos por la ribera sur del río Dara y nos escondemos con la vegetación. ¿Dónde has estado desde la última vez que nos vimos?

—Cuando has llegado, estábamos cenando —informó Khanley antes de que a Alejandra le diera tiempo a responder—. Siéntate con nosotros. Toma algo mientras nos cuentas todo.

A continuación, extendió el brazo para invitarla a que se acercara junto al resto de los elfos, en torno a la hoguera. Alejandra estimó que serían unos veinte y calculó bien, porque en realidad eran catorce, además de Khanley, Rothic y Ahivy. Al verla llegar, hicieron un hueco para que pudiera sentarse junto a ellos. Una vez que estuvieron todos acomodados, le cedieron la palabra y ella les hizo un resumen, lo más detallado que pudo, de todo lo que le había sucedido desde que había entrado en el portal que Atsutev le había abierto. Cuando terminó, todos se quedaron en silencio, sumidos en sus pensamientos.

—Pero no puede ser... —dijo Khanley mientras se rascaba el mentón—. Los ents tardarían meses en llegar desde su bosque, aquí al norte, hasta la ciudad de Tiadnestr. ¿Los Puertos Bajos, la has llamado? ¿Cómo podría ser eso?

Alejandra se quedó pensando. No tenía ninguna respuesta clara, pero sí una idea de lo que podía haber sucedido.

—No lo sé. Pero si dices que los ents tardarían meses en llegar hasta la ciudad que yo he visto arrasada por ellos, solo se me ocurre una explicación. —Dudó mucho si decirlo o no, pero todos aguardaban expectantes y entendió que ya era demasiado tarde para echarse atrás—. Cuando regresé a mi mundo, no lo hice a mi presente, sino al futuro, por lo que creo que quizá, cuando regresé a Sahymir, también lo hice al futuro. Lo que he visto todavía no ha sucedido. Pero sucederá. —Recordó las palabras de Onahyram sobre que no podían cambiar el futuro—. Me temo que no podemos evitar que los ents destruyan Tiadnestr, pero puede ser una ventaja que sepamos lo que va a suceder.

—¿Cómo podría serlo? —preguntó Rothic.

—Eso ya... no lo sé —volvió a hablar insegura.

—La información que nos acaba de dar Alejandra es importante —reflexionó Khanley—. Nos revela que Sehorev no ha perdido tiempo en castigar la traición de los enanos, porque sabe que lo harían los ents. Y eso solo son malas noticias para nosotros. —Hizo una pausa—. Si está haciendo eso, es porque está preparando una gran ofensiva hacia nosotros...

—Primero cayó Akhava Rak —habló Ahivy—, la ciudad fundada por los bárbaros en su expansión hacia el oeste. Antes de que los ents vinieran del norte —añadió para que Alejandra lo entendiera—, los bárbaros llegaron a estas tierras bordeando las Montañas Negras.

—Eso fue hace mucho tiempo —aclaró Khanley—. Antes de que llegaran los enanos o Sehorev. Los bárbaros fueron quienes fundaron Neaskor, su actual guarida.

—Lo de bárbaros se lo pusieron los elfos, nuestros antepasados —informó Ahivy como disculpa por haber llamado así a los hombres—. En realidad, eran grandes Reyes. Neaskor I fue quien cruzó el Gran Río desde las costas de Vannad y, con su séquito, expandió el reino hacia occidente. Fundaron ciudades y crearon caminos, puentes, posadas en los cruces... Ya no había científicos entre ellos, pero su naturaleza humana les hacía adaptar la naturaleza a ellos, y no al revés.

—Ahyremle fue la siguiente en caer —prosiguió el relato Khanley—. Dicen que en su momento de mayor esplendor era más bella aún que la Ciudad de Plata. Que todos los días salían miles de comerciantes en todas las direcciones... Y ahora solo son ruinas... Nada se interpone entre su ejército y nuestra ciudad. Si acaso el lago, pero eso no lo detendrá.

—Ahykrum es la última ciudad libre y la hará caer cueste lo que cueste —intervino Rothic, que hasta entonces se había limitado a escuchar—. ¡Debemos adelantarnos a sus movimientos! Tenemos que atacarlos lo antes posible, avanzar en territorio enemigo todo lo que podamos. ¡Llegar hasta el bosque de ents, si es posible!

—Permite que discrepe —habló Khanley—, pero no creo que sea la mejor opción. Si de verdad está avanzando por el bosque de los ents y los tala a su paso, sin importarle lo que suceda en el sur, quiere decir que lleva un gran ejército con maquinaria pesada: catapultas, arietes... Aunque pudiéramos atacarlos, nosotros no somos ni veinte y ellos, innumerables. Nos aplastarían. Debemos avisar a la ciudad de Ahykrum. Tienen que prepararse para la batalla que se avecina y evacuar a los que no puedan luchar.

—¡Pero no podemos regresar! —Rothic se levantó exasperado—. ¡Tenemos que atacarlos ahora que no es-
tán preparados! ¡No se lo esperan!

—La misión es localizar el campamento enemigo más avanzado y hacer el mayor daño posible —explicó Khanley—. Después regresaremos. No debemos adentrarnos en territorio enemigo. Y eso es lo que haremos. Pero también debemos advertir a la ciudad del ejército que se cierne sobre ella.

—Iré yo a avisarlos —habló con apenas un hilo de voz Alejandra, que ya se había cansado de solo escuchar—. Iré yo a Ahykrum. Vosotros seguid con vuestro plan. Hablaré con Onahyram y con Atsutev. Tengo que hablar con los dos de todos modos.

—Está bien. —respondió Khanley e hizo un gesto a Rothic para que se sentara—. Me parece correcto. Terminemos de cenar y después te marcharás.

—¿Por qué no cantamos la canción de Cwenead? —sugirió Ahivy para calmar los ánimos—. Es humana. Seguro que le gustará escucharla.

Khanley se quedó mirándola. Al darse cuenta, Ahivy también la miró fijamente.

—Sí —disimuló Alejandra al darse cuenta de la mirada de su amiga—, ¡cantémosla!

—En ese caso, vamos allá... —habló Rothic y comenzó a cantar primero él solo, en voz grave y baja. Después se fueron sumando más voces, hasta que al final todo el grupo de elfos cantaba al unísono, con el tono por encima de la voz inicial de Rothic.

*En tierras lejanas Cwenead nació,
más allá de Vannad, en el interior,
heredera de un linaje ancestral.
Un nombre olvidado por los vientos del tiempo,
sobre Nurdaín el negro, su corcel cabalgó,
bravía y decidida, bajo el resplandor de la luna.
Cruzó bosques oscuros y ríos serenos,
hasta el castillo de Sinnakiss, erguido y majestuoso,
donde su destino encontraría sellado.
Su cabello, un torrente de fuego y pasión,
reflejaba su espíritu indómito y audaz.
Y en sus ojos, como esmeraldas en la pradera,
el misterio de mundos ocultos se desvelaba en paz.*

*Aquellos ojos, ventana al alma de la princesa,
con un solo vistazo, un hechizo tejían.
Caerías bajo su encanto, sin resistencia,
rendido ante la magia que en ellos fluía.
Pero no era solo un ser de encantamientos,
Cwenead llevaba el valor como su espada.
Guerrera intrépida, anhelaba la justicia,
y así a su pueblo oprimido alzó como alada.
Un cruel amor secreto la aprisionaba,
el corazón oscuro que latía en la penumbra.
Sus palabras envenenadas, verdades retorcidas,
el amante traicionado encontró su última cumbre.
Sin piedad, la espada de la princesa atravesó,
aquel corazón que un día latió por ella.
El eco de la venganza y la liberación resonó,
Cwenead con determinación desveló su huella.
Así, su pueblo en sombras halló la libertad,
del cruel opresor que su vida envenenaba.
El castillo de Sinnakiss, en soledad quedó,
ruinas testigos de la historia que allí se libró.
Oh, Cwenead, princesa de fuego y coraje,
tu leyenda eterna en los vientos danza.
De valentía, sacrificio y de esperanza,
Tu leyenda siempre será contada.*

—No te he oído cantar nada, Alejandra—observó Khanley.

Pero ella estaba con la boca abierta, asimilando lo que acababa de presenciar. Un grupo de elfos habían estado cantando en un bosque en torno a un fuego. Sus voces místicas, junto a la leyenda que contaban, se grabarían en lo más profundo de su ser.

—Está cansada... ¿Verdad? —intervino Ahivy al ver que Alejandra no decía nada.

—Sí... Lo siento. —Al final reaccionó—. Será mejor que me marche ya.

—En ese caso, si estás lista, no hay tiempo que perder —respondió su amiga—. Sígueme.

Ambas se levantaron y abandonaron la reunión en torno al fuego. La elfa dirigió a Alejandra hasta una zona en penumbra donde se encontraban los caballos.

—¡Mira a quién tengo aquí! —dijo y acarició a uno marrón.

—¡Rielionsa! —Al oír su nombre, el caballo se incorporó.

—Siempre lo llevo conmigo. Todos llevamos un segundo caballo, por si le sucede algo al primero y para aliviarlo de cargar peso en exceso. El caballo que portamos debe de estar lo más fresco posible.

Alejandra se acercó y lo acarició.

—¡No sabes cuánto te he echado de menos! —le habló al caballo—. ¡Estuve andando cinco días para llegar a la torre de Cemoim! No te puedes imaginar el dolor de pies que tenía —le dijo a Ahivy, que respondió con una sonrisa. Después, se puso seria.

—Móntalo. Avisa a Onahyram. Habla con Atsutev.

Alejandra obedeció y se subió a lomos de Rielionsa.

—Parece que siempre me tengo que ir de forma precipitada —se lamentó desde lo alto del caballo.

—Menos mal que aprendiste a montar. —Ahivy sonrió con tristeza. Aun así, Alejandra se dio cuenta de que le encantaba esa sonrisa.

—Espero volver a verte de nuevo, Ahivy. Gracias por todo. Me quedaría contigo si pudiera.

—¡Cómo me alegra oír eso! —De nuevo, esa sonrisa—. Adiós, Alejandra. Volveremos a vernos. Estoy segura. Ya lo verás.

No quiso alargar más la despedida. Cuando había atravesado el portal junto a la serpiente, en las Montañas de Fuego, hacía ahora tanto tiempo, ni siquiera sabía si tendría la oportunidad de volver a verla. Sin embargo, ahora que se habían reencontrado, esas escasas horas juntas en torno al fuego, mientras cantaban aquella canción, le habían parecido un regalo. Siempre la llevaría consigo en su recuerdo, se dijo Alejandra.

—¡Arre, Rielionsa! Vamos a Ahykrum —ordenó segura de sí misma.

Y, como Cwenead cabalgando sobre su caballo Nurdaín, se adentró en la noche bajo la única luz de las estrellas y la luna.

CAPÍTULO 10:

EL TELAR CÓSMICO

Lo que no le habían mencionado ni Ahivy ni ninguno de sus compañeros era a qué distancia se encontraba de la ciudad de Ahykrum. Alejandra cabalgó toda la noche, siguiendo el curso del río Dara hacia el oeste. Al amanecer, dejó atrás el bosque, y al mediodía, tras consultar la brújula mágica, se incorporó al viejo camino que iba a Ahyremle, en la costa oriental del Lago de Fuego, que en aquel momento permanecía en desuso porque la ciudad estaba en ruinas. No se detuvo a descansar ni a comer.

Cuando por fin divisó Ahykrum, como la llamaban los hombres, el sol jugaba rojo y majestuoso en el horizonte, mientras las Montañas de Fuego, al norte, hacían honor a su nombre. Se detuvo un instante en la ribera sur del lago para contemplar de nuevo aquel espectáculo de la naturaleza. Nunca se cansaría de verlo. Después, espoleó a Rielionsa.

Cuando llegó a las puertas de la ciudad, las encontró abiertas, pero un guardia elfo, con un uniforme completamente blanco y el símbolo de las cuatro serpientes entrelazadas en el pecho, le impidió el paso.

—¡Detente, niña! ¿A dónde vas? ¿Quién eres?

Alejandra se tomó unos segundos antes de hablar despacio y con calma.

—Soy Alejandra, Yetemet Ewy. —Y mostró el amuleto que colgaba de su cuello.

El guardia, al verlo, se acercó asombrado.

—¿Ese es Ayrhiel? ¿Cómo es que lo llevas tú? ¿De dónde vienes? Se encuentra guardado en el templo. ¿Cómo es que lo tienes tú? —preguntó sin comprender.

—Me lo dio Onahyram. Soy la Elegida. Y ahora tengo que hablar con él. Es muy urgente.

El elfo la miró y valoró la veracidad de sus palabras.

—Déjala pasar, Khielgwin. —Se oyó una voz de elfa desde el otro lado de la garita—. Solo es una niña.

—Pero lleva a Ayrhiel...

La elfa salió del interior de la caseta. Era alta y gruesa, fuerte, con el pelo rubio y largo. Escudriñó con sus ojos azules a Alejandra, que primero trató de permanecer seria, pero después esbozó una leve sonrisa, como si eso fuera a ablandar el corazón de la vigía. Entonces, la mirada de la elfa se detuvo en el medallón.

—Mmm... ¿Es verdad que es Ayrhiel? ¿Tú lo has visto alguna vez? —le preguntó a su compañero. Parecía que la sonrisa no había funcionado.

—No... No lo he visto nunca —contestó Khielgwin—. ¿Y tú?

—Por favor, déjenme pasar. Es muy urgente. De verdad —volvió a insistir Alejandra.

—Sea o no Ayrhiel, la Elegida o quien diga que es, yo solo veo a una niña humana —reflexionó la elfa en voz alta—. ¿Qué peligro puede suponer?

Después de oír eso, sin esperar la aprobación del vigilante y sin pensarlo demasiado, Alejandra, en un acto reflejo, arreó al caballo. No vio como Khielgwin apretaba los puños con rabia.

Rielionsa la guio por las calles de la ciudad, que conocía bien. En cambio, era la primera vez que Alejandra accedía por la puerta sur de la ciudad e ignoraba cómo llegar hasta su destino.

Cuando llegó a la plataforma del templo, el caballo aminoró la marcha para ascender por las escaleras. Una vez arriba, atravesó el jardín y se detuvo en la misma puerta del templo. Entonces, Rielionsa se inclinó para ayudarla a bajarse. Con los pies en el suelo, Alejandra comprobó que sus piernas apenas eran capaces de sostenerla. Se encontraba exhausta. Llevaba casi veinticuatro horas montada a caballo, sin comer ni beber. Al verla, Onahyram se asustó y corrió hacia ella.

—¡Madre santa! ¿Qué te ha pasado? ¿De dónde vienes? ¿Ese caballo es Rielionsa?

—Sí. Vengo del bosque de Huyllé —comenzó a hablar Alejandra mientras trataba de recuperar las fuerzas— pero eso no es lo importante. Sehorev viene hacia aquí con un gran ejército. Va a arrasarlo la ciudad. Tenéis que evacuarla o prepararos para un asedio.

—Como en el sueño... —El rostro de Onahyram permanecía serio, con sus rasgos severos, pero sin rastro de preocupación o emociones.

—Así es. Ha llegado el momento. Tienes que evacuar la ciudad, pero eso no es todo —continuó hablando Alejandra— En mi mundo, hablé con Sanetub, Yrakhy de Ingida Gize. Me dijo que, si unía ambos mundos, lo destruiría todo. Entonces, apareció Nathan y ambos cayeron por la ventana.

—Despacio, despacio —trató de calmarla—. Pasemos al interior del templo. Te enseñaré algo. Unas pinturas que no has visto todavía.

En el interior, Onahyram la guio hacia una nave lateral y desde allí, a través de unas escaleras, descendieron a una galería subterránea. El sacerdote tomó una antorcha y la usó para iluminar las paredes.

—Las pinturas que viste cuando llegaste aquí por primera vez representaban la Creación —explicó Onahyram—. En ellas se narra cómo se creó el mundo y la División. Se encuentran en un lugar público para que todos los creyentes las puedan ver y aprender de ellas. Estas que te voy a mostrar ahora, en cambio, son las de la Profecía, lo que está por venir. La Promesa. Y esto no debe saberlo todo el mundo.

El sacerdote entregó una antorcha a Alejandra para que también pudiera explorar los murales por sí misma. En el primero de ellos, dos grandes circunferencias con un universo en cada una de ellas se encontraban rodeadas de cuatro serpientes gigantes: los Kerik-Ama.

—La separación de ambos mundos debía ser temporal —comenzó a explicar Onahyram mientras Alejandra veía la escena correspondiente—, como dos hermanos que se pelean y su madre manda a cada uno a una esquina. El destino de ambos era vivir juntos en armonía. La vida es creación y destrucción. Magia y ciencia, unidas siempre. En equilibrio.

Avanzaron hacia el siguiente mural, en el que una figura femenina de piel blanca observaba lo que parecía un gran estandarte. En el último, la misma figura aparecía sobre un puente en medio de un desierto y emitía rayos a través de sus extremidades.

—Así que esta soy yo... —Extendió el brazo para acariciar la superficie de la pared con la yema del dedo, en el lugar donde se encontraba pintada la chica.

—Eso es... Así está escrito. Hay que hacerlo, aunque eso suponga que todo lo que conocemos cambie. Además, si no lo hacemos, es posible que ambos mundos caigan en la oscuridad y quizá sea por eso que hayas llegado justo en este momento, para salvar a ambos mundos de las tinieblas.

Alejandra dejó de observar el mural y se giró para mirar a Onahyram a los ojos.

—Pero, si uno ambos mundos de nuevo, ¿no destruiré todo, como dijo Sanetub? ¿No moriréis todos?

El sacerdote se quedó en silencio, con la mirada perdida. Después, se encogió de hombros.

—Eso no importa. ¿Qué sucedió cuando separaron el mundo y crearon los dos que existen ahora? —preguntó mientras daba unos pequeños pasos y gesticulaba con los brazos—. No lo sabemos. —Volvió a mirarla a los ojos y posó sus manos sobre los hombros de Alejandra—. No te puedo dar una respuesta. Lo siento. Solo sé que tenemos que hacerlo. Que *tienes* que hacerlo.

La chica suspiró.

—Está bien. Queda claro que no hay otra opción. ¿Y cómo llego hasta el Puente? ¿Dónde se

encuentra?

—Eso me temo que tampoco te lo puedo decir. Ingida Gize, el mundo donde se encuentra, es un lugar entre mi mundo y el tuyo, inaccesible desde ambos. Supongo que por eso la Elegida debe ser Intala Imaltu: la viajera entre universos. Siempre había pensado que serían dos personas distintas, pero ahora entiendo porque es la misma. Tendrás que abrir un portal para llegar hasta él.

—¿Pero cómo lo voy a abrir si no sé dónde está?

Onahyram la observó mientras estudiaba la respuesta. Al fin habló:

—Hasta ahora has llegado a donde tenías que llegar sin saber cuál era tu destino. Ayrhiel te ha guiado. Seguro que también te guiará hasta el Puente.

Alejandra se quedó absorta frente a las pinturas, explorando cada detalle y cada trazo en busca de alguna pista. Recorrió con los dedos cada figura y trató de encontrar algún indicio, alguna clave para comprender la profecía.

En la primera escena, en la que se representaba la separación de los mundos, observó que sobre la cabeza de los cuatro Kerik-Ama había una serie de estrellas dibujadas. Parecían formar un patrón especial.

En la siguiente escena, su atención se centró en el estandarte que llevaba la figura de la chica. En él había unos puntos dibujados, dispuestos de una manera que le resultó familiar. Era el mismo patrón que había visto sobre las cabezas de las serpientes en la escena anterior.

—¡Mira esto! —le dijo al sacerdote—. Parece una constelación. Quizá sea una indicación o una referencia de dónde puede estar.

—¡Por supuesto! —dijo de súbito el sacerdote—. ¡Estela Elandris! ¡El Telar Cósmico! ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

—¿El qué? ¿Qué es eso?

—¿Estela Elandris? Es una tela bordada que nos dejaron los Kerik-Ama cuando hicieron la Separación. Es el estandarte que aparece en los murales. Lo llevará la Elegida. Algunos sabios, en la antigüedad, escribieron sobre su significado, pero nada se sabe con certeza en realidad. Será mejor que lo veas con tus propios ojos. Ven. Te lo mostraré. Se encuentra en la biblioteca de la ciudad.

Salieron al exterior y comprobaron que era noche cerrada. El pequeño jardín frente al templo desprendía un olor a flores silvestres que Alejandra no pudo evitar detenerse a oler. Ajena al destino de los mundos, la naturaleza continuaba su sencillo ciclo diario. Onahyram esperó paciente antes de comenzar a descender la escalinata donde se encontraba el templo. Después, callejearon un tiempo, hasta que apareció frente a ellos un edificio circular con una gran cúpula, un pórtico y grandes columnas en la fachada. Alejandra lo había visto varias veces, siempre desde fuera de la ciudad, porque, junto al templo y el palacio, era uno de los edificios que sobresalía sobre los demás debido a su gran tamaño. Pero visto a escasos metros resultaba más imponente todavía.

—Vamos. —Onahyram invitó a continuar andando a Alejandra, que se había parado a contemplar la majestuosa fachada.

Accedieron por ella al interior del edificio, donde un elfo uniformado los saludó.

—¡Kahymi! ¡Cuánto tiempo sin verlo! ¿Qué lo trae por aquí...? —Se quedó mudo al ver a Alejandra.

—Es una viajera, invitada mía. Quiero mostrarle el Telar Cósmico.

—¿A ella? ¡Es solo una niña! ¡Y es humana! ¿Por qué habría de interesarle?

—Solo es una niña, como muy bien has dicho, pero también es especial. No necesitas más

explicaciones. No hace falta que me acompañes. Sé dónde se encuentra —zanjó la conversación el sacerdote.

En el interior, Onahyram cogió una antorcha con luz azul fluorescente y guio a Alejandra por una serie de pasillos formados por gruesas estanterías de madera que se alzaban hacia la cúpula blanca iluminada por la misma luz que portaba el sacerdote, y que lo bañaba todo de un tenue resplandor azul irreal. De forma curva, como toda la construcción, vistas desde arriba las estanterías formaban una especie de laberinto.

—Cuántos hay... —exclamó Alejandra en voz baja mientras contemplaba las estanterías repletas de antiguos libros con tapas de cuero.

—Es la mayor biblioteca de todo Sahymir —le explicó el sacerdote—. En este lugar, puedes encontrar ejemplares de Ahyremle y Akhava Rak, libros prohibidos en Neaskor, y escritos recopilados por los navegantes de Vannad.

Presa de la curiosidad, Alejandra se detuvo y pasó el dedo por el lomo de un libro al azar, pero estaba escrito en una lengua que no entendía. Al verla, Onahyram se acercó.

—Es la lengua que hablamos, la que me oíste pronunciar cuando llegaste por primera vez. Y la que estoy hablando ahora, aunque puedas entenderme. Si comenzaras a leerlo a conciencia, lo entenderías, igual que te pasa con el habla.

Al oír eso, abrió el libro, pero el sacerdote la interrumpió.

—Ahora no. Quizás en otra ocasión.

Alejandra no dijo nada. Sabía que no era el momento. Devolvió el tomo a la estantería y comenzó a seguirlo de nuevo.

—¿Y esa antorcha? ¿Es mágica?

Aparte del color azul fluorescente, Alejandra había notado que no emitía calor, sino que era una luz fría.

—Así es. En la biblioteca está prohibido el fuego, por su peligro evidente. Todo el espacio se encuentra iluminado con esta luz. —Extendió el brazo para mostrar a Alejandra el color azul que reinaba en el ambiente.

—¿Pero no habían desaparecido los magos? ¿Y la magia? Entonces, ¿todavía tenéis objetos mágicos? —quiso saber Alejandra, que, cuanto más tiempo pasaba en ese mundo, más preguntas tenía.

—En efecto —contestó Onahyram mientras llegaban al otro extremo de la gran sala circular bajo la cúpula. Allí, en el grueso muro, se abría una puerta estrecha que daba paso a una escalera de caracol que descendía hacia el interior de la tierra—. Ya no hay magos, pero nos dejaron una serie de artilugios, de antiguallas. Como estas luces. No las verás en otros sitios de la ciudad ni puede que en el resto de Sahymir.

Tras unas cuantas vueltas, la escalera acabó dando lugar a un pasillo de baja altura, labrado en la piedra desnuda, sin ningún tipo de decoración ni mucho menos estanterías con libros. Estaba claro que habían accedido a otra sección de la biblioteca.

—Cuidado con la cabeza —le indicó mientras comenzaba a andar encorvado—. Una de las cosas que tendrás que hacer cuando unas ciencia y magia es hacerla renacer. Ahora se encuentra casi extinta.

Alejandra afirmó con la cabeza. Luego habló:

—Eso haré si es lo que tengo que hacer. Aunque nadie me ha dicho todavía cómo debo hacerlo...

Onahyram se detuvo y se rascó el mentón.

—Nadie te lo ha dicho porque nadie lo sabe en realidad. Es una cosa que nunca ha sucedido.

Pero, llegado su momento, estoy seguro de que descubrirás cómo hacerlo.

—Eso espero —contestó Alejandra, agobiada por la responsabilidad que todo el mundo, nunca mejor dicho, ponía sobre ella.

El pasillo terminó en una nueva escalera de caracol. Bajaron por ella hasta un nuevo pasillo excavado en la tierra con una bóveda algo más alta que la anterior, como si aquel lugar fuera más importante. Avanzaron hasta lo que parecía una capilla pentagonal con una especie de altar en el centro.

—Aquí lo tienes —indicó Onahyram.

Alejandra se acercó para verlo mejor. Era una tela bordada, un estandarte como el que acababa de ver en las pinturas. En él había representada lo que parecía una serie de constelaciones: los patrones de estrellas que había observado en los murales. Si esto era así, la tela representaba un mapa celeste muy detallado, con líneas y puntos que debían de indicar rutas o posiciones específicas en el cielo.

—¿Crees que indica el lugar donde se encuentra Ingida Gize, el mundo del Puente? —quiso saber el sacerdote.

—Puede que así sea. Desde luego, es una posibilidad.

—Entonces, espero que sea verdad. Nosotros no hemos logrado descifrarlo, pero quizás tú, al ser la Elegida, puedas hacerlo. La chica del mural, en la primera escena, lo lleva en sus manos y, en la siguiente, se encuentra en el Puente.

Alejandra observó de nuevo el mapa y sintió la importancia del momento. Era como si las estrellas se alinearan para guiarla en su búsqueda. Solo se le ocurría una cosa que pudiera hacer con el bordado del estandarte. Si su idea resultaba fallida, no tenía otra alternativa.

—Tengo una idea. No estoy segura de que funcione, pero es la única opción que se me ocurre. Dijiste que algunos sabios habían interpretado las señales del Telar Cósmico, ¿verdad? ¿A qué conclusiones llegaron?

Onahyram tardó un tiempo en contestar. No sabía a dónde quería llegar Alejandra.

—Bueno... hay muchas corrientes de pensamiento. Una de ellas defiende que podrían referirse a la bóveda celeste. Sin embargo, nadie ha logrado localizar el fragmento representado en nuestro cielo.

—¿Podría ver algunos de esos escritos?

—¡Claro! Eres la Elegida, Alejandra. No tienes que pedir permiso. Todo Sahymir se encuentra a tu servicio. Será mejor que subamos a la biblioteca.

Alejandra acarició con los dedos la tela por última vez. A continuación, deshicieron sus pasos. Antes de introducirse en la escalera de caracol, miró una vez más a Stela Elandris, el vestigio físico de la Separación y los Kerik-Ama. Tenía que descifrar su secreto.

Cuando llegaron a la planta principal, Onahyram la guio a través del laberinto de estanterías hasta que encontró la que buscaba.

—Estos ejemplares —le dijo a Alejandra mientras señalaba unos gruesos lomos verdes oscuro con decoración dorada— contienen todo lo que se ha escrito sobre el telar.

Cogió uno de ellos y lo abrió al azar, como había hecho ella cuando llegaron. Después, continuó hablando.

—Estos ejemplares se encuentran escritos en una lengua antigua. Hasta a mí me cuesta leerlos, pero acabarás entendiéndolos. Solo ten paciencia.

Alejandra asintió y cogió el ejemplar. Pesaba más de lo que había imaginado. Observó el papel amarillo con trazos escritos a mano y comprobó que, efectivamente, no entendía nada. Pero tampoco le importó demasiado. En realidad, no necesitaba leer lo que habían elucubrado los

antiguos sabios, sino ver por ella misma los dibujos de las estrellas y las constelaciones trazadas.

—Gracias. Creo que me apañaré con esto.

Onahyram se quedó sin saber qué decir o hacer. Al final reaccionó.

—Si te parece, te dejo un momento. Quiero consultar unos ejemplares.

Alejandra esperó a que el sacerdote se hubiera marchado para comenzar a pasar páginas. Buscaba una representación del Telar Cósmico que contuviera el mapa de estrellas. Cuando por fin lo encontró, miró bien a uno y otro lado para cerciorarse de que nadie la podía ver. Entonces, hizo lo que tenía en mente.

—Perdonadme —susurró al aire a la vez que arrancaba la hoja del libro con la ilustración.

Si hubiera estado en su mundo, habría podido fotografiar el telar, pero en Sahymir solo se le había ocurrido esa opción.

—¿Qué ocurre? —la sorprendió Onahyram.

—¡No, nada! —Alejandra reaccionó doblando la hoja y se la echó al bolsillo del pantalón sin que el elfo se diera cuenta.

Entonces observó con horror que todavía tenía el libro abierto por el lugar donde había arrancado la página y lo cerró de golpe.

—¡Ya he terminado! —Quiso distraer al elfo—. Tengo que ir a ver a Atsutev para abrir un portal que me devuelva a mi mundo. Con suerte, allí podré descifrar el mapa estelar que contiene el Telar.

—¿Ahora? —atinó a decir mientras seguía los pasos de Alejandra, que había comenzado a andar hacia el exterior de la biblioteca.

—¿Se marchan ya? ¿Encontraron lo que buscaban? —El hombre uniformado de la entrada trató de ser cortés, pero no halló respuesta de ninguno de los dos.

En el exterior, Alejandra se dio cuenta de que, mientras ellos se encontraban en las profundidades de la tierra, la temperatura había bajado bastante y hacía frío. Dudó durante un segundo.

—Duerme esta noche y sal mañana temprano. Como la primera vez que fuiste con Ahivy. Te prepararé comida...

—No —lo interrumpió Alejandra—. No tenemos tiempo.

El sacerdote asintió. Eso mismo le había dicho él cuando ella había cogido un libro y se había puesto a leerlo. Comprendió que la chica tenía razón y comenzó la marcha.

Anduvieron en silencio hasta el establo que había junto a la escalinata del templo. Allí, Onahyram desató a Rielionsa y Alejandra se subió de un salto con tal agilidad que ambos se quedaron sorprendidos. El sacerdote la miró satisfecho. Era un hombre de pocas palabras y le costaba expresar sus sentimientos, pero estaba orgulloso de Alejandra: aquella chica en nada se parecía a la que había tenido que ayudar a subirse al caballo por primera vez. Alejandra se dio cuenta de que la estaba observando y sintió que debía decir algo.

—Gracias, Onahyram. Gracias por todo. Por acogirme, por ayudarme, por todo lo que me has enseñado. No sé si volveremos a...

—Shhh... No digas eso. No importa lo que suceda con nosotros. Que nos volvamos a ver o no es irrelevante. Tienes que salvar el mundo. Los dos mundos. Eso es lo único importante. No te preocupes por mí.

—Supongo que tienes razón. Entonces, ¡adiós, Onahyram! —«Nunca te olvidaré», pensó, pero no lo dijo.

—Adiós, Alejandra.

Entonces, espoleó a Rielionsa, que, tras relinchar, comenzó a galopar en dirección al norte, a

las Montañas de Fuego, en busca de Atsutev, la Última de los Kerik-Ama.

CAPÍTULO 11:

CON ATSUTEV DE NUEVO

Tal como le había dicho a Onahyram, Alejandra no tenía tiempo que perder, así que se pasó toda la noche cabalgando a lomos de Rielionsa. Pero, cuando llevaba unas horas, los ojos comenzaron a cerrársele. Entonces, se dio cuenta de que la noche anterior tampoco había dormido; también la había pasado a lomos de su caballo, de camino a la ciudad. Alejandra trató de mantenerse despierta para pensar en qué le iba a decir a Atsutev; también se preguntaba a dónde la llevaría el portal en esa ocasión... pero no lograba evadir el sueño. Al final, tras una cabezada involuntaria que estuvo a punto de suponerle una caída del caballo, decidió que dormiría, pero sobre su corcel. Se agarró fuerte a las crines, apretó las piernas y cerró los ojos.

No durmió en profundidad y en todo momento notó los movimientos de Rielionsa, que cabalgaba hacia la guarida de la serpiente, pero al menos pudo descansar los ojos y la mente.

Cuando despuntó el alba, el sol rojo, grande e imponente la hizo reaccionar y abrir los ojos. El astro comenzaba a asomarse por el horizonte, iluminaba las Montañas de Fuego y hacía que reflejaran su color hacia el cielo. Alejandra decidió detenerse un momento y disfrutar de aquella maravilla de la naturaleza.

Cerca había un pequeño arroyo. Se bajó del animal de un salto ágil, del que Ahivy habría estado orgullosa, y se lavó la cara. Después se sentó en la hierba mientras el caballo bebía agua.

Alejandra nunca había visto las auroras boreales en su planeta, pero imaginó que debían de parecerse, aunque en Sahymir la luz brotaba del interior de la tierra y ascendía hacia el cielo. En cambio, si no recordaba mal, era la tercera vez que veía aquel espectáculo, pero no quería perderselo. No sabía cuándo regresaría a su mundo y ya nunca más volvería a ese lugar.

Mientras observaba las luces naranjas y rojas brotar de la tierra hacia el cielo, recordó que Ahivy le había dicho que los hombres creían que las provocaban espíritus y fantasmas. Su amiga no creía en eso, pero tampoco se preguntaba qué las producía en realidad. También recordó cuando Onahyram le había dicho que no buscara explicaciones a la salida y la puesta del sol. Entonces se dio cuenta de lo que trataba la ciencia y de lo que era vivir sin ella. Todos en Sahymir aceptaban las cosas tal como eran; no buscaban mayores explicaciones. Sin embargo, en el mundo de Alejandra se buscaba de forma instintiva el porqué de las cosas. Entonces, se imaginó un mundo donde magia y ciencia vivieran en armonía. ¡Tenía que lograrlo, costase lo que costase!

El caballo terminó de beber agua y se acercó hasta donde se encontraba Alejandra sentada en la hierba; sin previo aviso, le lamió la cara con afecto y alegría.

—¡Rielionsa! —exclamó Alejandra mientras caía de espaldas y comenzaba a reírse.

El animal relinchó en respuesta y fue de nuevo a lamerla, pero Alejandra le sujetó la cabeza y lo acarició con ternura.

—Yo también te quiero, amigo. Pero debemos continuar nuestro camino. Ya queda poco.

El caballo relinchó, movió la cabeza en sentido afirmativo y se acomodó de lado para permitir que Alejandra se subiera sobre su lomo.

Cuando llegaron a las montañas, tal como había hecho la otra vez, Alejandra desmontó y continuó avanzando con las riendas en la mano. No pasó mucho tiempo antes de que reconociera el árbol con el tronco seco y quebrado. Ese era el lugar donde Ahivy se había quedado y a partir del cual había avanzado ella sola.

Se quedó mirando a Rielionsa con un suspiro contenido. Era el momento de la despedida y sabía que sería difícil. Acarició su hocico con ternura, como si las palabras no fueran suficientes para expresar su gratitud y su cariño.

—Aquí se separan nuestros caminos, amigo —le habló con un nudo en la garganta—. ¿Sabes cómo regresar a casa? Deshaz el camino. Regresa con Onahyram. ¡Corre! No me esperes aquí —

añadió al ver que Rielionsa no hacía nada—. No voy a regresar.

Sin embargo, el caballo no se movió. Las lágrimas asomaron en los ojos de Alejandra, que, al darse cuenta, buscó refugio en un abrazo a su fiel compañero; trataba de evitar que él la viera llorar. Rielionsa respondió con un nuevo lametazo a su rostro.

—¡Rielionsa! —Esta vez sonrió—. No hagas eso. Tenemos que despedirnos.

Se separaron y Alejandra le dio un suave golpecito en el trasero, como señal de que debía marcharse.

—¡Corre, vete! —insistió. Pero el caballo continuaba sin moverse—. Rielionsa... vete, por favor. Me tengo que ir. ¡Vamos!

Aun así, el caballo continuaba sin obedecer, por lo que fue ella la que se giró, le dio la espalda y comenzó a andar sendero arriba. Pero la nariz cálida del caballo haciendo presión sobre su espalda la hizo detenerse.

—Rielionsa... —le dijo en tono cariñoso mientras le acariciaba la mejilla con dulzura—. No voy a regresar. ¿Lo entiendes? Por eso tienes que irte. No es una orden ni quiero que te vayas, pero tengo que regresar a mi mundo. Y tú no puedes quedarte aquí solo. Regresa a Ahykrum. Vuelve con Onahyram.

Con esas últimas palabras, pareció que el caballo por fin había entendido su mensaje. Relinchó con suavidad, inclinó la cabeza a modo de despedida y comenzó a trotar lentamente mientras se alejaba de ella.

Alejandra se quedó observando cómo se marchaba y no pudo evitar que se le saltara otra lágrima. No se trataba solo de aquel animal, sino de todo el mundo de Sahymir. Si estaba en lo cierto y el estandarte indicaba dónde se encontraba el Puente, dónde debía hacer la Promesa, puede que no regresara nunca más allí. E incluso podría ocurrir que al unir magia y ciencia de nuevo destruyera todo eso. Si lo pensaba, era una locura, pero no podía detenerse. Tenía que continuar.

Se giró para tratar de contener sus emociones y no volvió la vista atrás. No volvió a ver al que había sido su compañero fiel en aquel mundo mágico. No vio como Rielionsa se perdía en el horizonte camino del sur. En su lugar, Alejandra ascendió por el sendero de pequeñas piedras sueltas, que al pisarlas resbalaban y caían ladera abajo con un peculiar sonido.

Como la otra vez, subió con la ayuda de las manos hasta la guarida de Atsutev, pero se sorprendió por la facilidad con que lo había hecho; parecía que, después de todo, con tanto ir y venir, se estaba poniendo en forma.

La serpiente gigante se encontraba tumbada en la entrada de la cueva, con la cabeza de lado y los ojos entornados. Esperó a que Alejandra terminara de sacudirse el polvo de sus pantalones para hablar.

—Pequeña cachorra... —dijo con dificultad la Última de los Kerik-Ama, sin apenas moverse—. No esperaba volver a verte.

—Necesito tu ayuda. Creo que he averiguado dónde está Ingida Gize, el mundo del Puente, pero no puedo llegar desde aquí. Necesito regresar al mío. Tienes que abrirme un portal de nuevo.

—¿Has encontrado Ingida Gize? ¿Tú? No dejas de sorprenderme. Pero, ¿abrirte un portal, dices? No... Yo no te abrí ningún portal. Desde luego que no... Fuiste tú sola.

—No, yo no sé. Siempre me los habéis abierto: tú, el mago Cemoim, Nathan... —Se quedó callada al recordar que había muerto.

—No estés triste. No... Todos nacemos y todos morimos. Sí... Todo tiene un principio y un

final. Así es la vida y así es el mundo. Nada permanece. Todo cambia.

—¿Cómo sabes que ha muerto? ¿Cómo sabes lo que ha pasado?

—Soy una Kerik-Ama y él es mi hijo. Estoy unida a él. Sí... Lo pude sentir. Incluso aunque sucediera en tu mundo. Yo soy todo lo que fue creado. Sé todo lo que sucede. Aquí, allá. En todas partes.

—Sigo sin entenderlo, entonces. ¿Por qué no unes los mundos tú, igual que los separaste? Si lo sabes todo, ¿por qué no evitas que sucedan cosas malas?

—Porque yo solo soy una y estoy sola y vieja. Mírame... Estoy cansada. Éramos cuatro cuando lo hicimos. Cuatro éramos los Kerik-Ama. Hace tanto tiempo... Y ahora solo estoy yo. Yo sola. —Hizo una pausa para respirar—. Yo soy todas las cosas, pequeña cachorra. Esta tierra y el cielo. Tu mundo también. Y el tiempo... Sí. Pero no me corresponde a mí obrar. No... Yo solo soy la obra, el resultado final. Conozco su contenido, de principio a fin, pero solo puedo observar. Sí... Solo observar, nunca obrar.

Alejandra tardó un poco en contestar.

—¡Pero obrasteis! ¡Hicisteis la separación!

—Sí... Es cierto, obramos. Hicimos la separación. ¿Y debimos hacerlo? ¿Hicimos lo correcto?

—¡Claro que sí! Creasteis el mundo y había una guerra entre magos y científicos. Lo solucionasteis de una manera definitiva.

—No... Te equivocas, pequeña cachorra. Nosotros no creamos el mundo. Lo hizo nuestra madre: Lais, la única, la Kerik-Ada. Ella nos creó también a nosotros, a los cuatro, para que cuidáramos su obra.

Alejandra no sabía nada sobre esa historia. Era la primera vez que la oía. De hecho, siempre había pensado que, cuando alguien hablaba de la Madre, se refería a ella, a Atsutev. Nunca se había planteado que ella a su vez había sido creada por alguien.

Al ver que la chica no decía nada, la serpiente se dio cuenta de que no lo sabía, así que habló de nuevo.

—¿Creías que yo era la Creadora, pequeña cachorra? ¿La Madre? No... Nunca dije eso, ¿verdad? Los cuatro creamos la separación, dimos lugar a tu mundo y a este. Rompimos la creación de nuestra madre Lais, para proteger a sus hijos. Fue ella quien lo creo todo, no nosotros. Pero todo eso ahora ya no importa. No... En realidad, nada importa.

Tras decir la última palabra, dejó caer su cabeza y apretó los ojos con fuerza.

—¿Qué te ocurre? ¿Qué pasa? —preguntó Alejandra, asustada, al ver el gesto de dolor de Atsutev—. ¿Te encuentras bien?

—Mi tiempo aquí también se termina, pequeña cachorra. Para que se cumpla la Promesa, yo debo desaparecer, como lo hicieron antes los otros Kerik-Ama. Conmigo aquí, nunca se podrá crear otro mundo. Lo viejo debe morir para dar lugar a lo nuevo.

—No... —Alejandra negó con la cabeza, asustada por la gravedad de las palabras—. No te puedes morir...

Entonces, la serpiente emitió una especie de risa.

—Claro que puedo. ¿Sabes cuántos años llevo viviendo? ¿Lo vieja que soy? Todos tenemos que morir.

—Pero yo no me quiero morir y tampoco quiero que te mueras tú... ni nadie a quien quiero.

Atsutev ladeó la cabeza a uno y otro lado para escrutar los sentimientos de Alejandra.

—Oh, pequeña cachorra... Eso que dices es muy tierno, pero así debe ser. Eres joven y puede que todavía no lo comprendas, pero todos debemos regresar de donde partimos antes de nuestro

viaje a este mundo. Regresar a las estrellas...Allí vivimos los Kerik.

Alejandra estaba triste. Miraba hacia abajo. No esperaba tener esa conversación y pensar en ese tema le daba ganas de llorar.

—Atsutev... —La miró con los ojos llenos de lágrimas. Quería contarle tantas cosas, compartir tantos miedos... Seguro que aquella criatura fantástica tenía grandes consejos que darle, pero no le salía la voz de la garganta.

—Escúchame... —habló la serpiente al ver que Alejandra no podía hacerlo—. Me queda poco tiempo, pero, antes de que me marche, debes de saber una cosa. Sí, debes saberlo...

Volvió a apretar los ojos.

—¿Qué es lo que debo saber? ¡Cuéntamelo! —exclamó desconcertada.

—Nunca creí que fueras la elegida. Perdóname... No. Nunca lo creí. —Respiró de forma agitada y trató de que le llegara el aire para poder continuar hablando—. Viajera entre mundos, sí. La elegida, no lo creo...

—¿Qué? —Alejandra no entendía lo que le estaba diciendo la serpiente. Debía de tratarse de un acertijo o una prueba—. Pero tengo el amuleto, Ayrhiel. Y tengo una misión...

—Hay otra chica... —la interrumpió Atsutev—: Uknava Ekvara, la Creadora de Mundos. —La serpiente comenzó a resoplar tanto que apenas podía hablar. Se asfixiaba.

—La chica de piel blanca de la profecía... —añadió Atsutev y cerró los ojos.

—Sí. Continúa. Sé de qué me hablas. Vi los murales en el templo.... Llevaba un estandarte, el Telar Cósmico. Por eso estoy aquí.

—Estela Elandris. Sí... ¿Lo viste? Lo tejimos nosotros, los Kerik-Ama. Sí... Hace tanto tiempo... —Hizo una pausa para volver a hablar con dificultad—. Pequeña cachorra, llegado el momento, recuerda esto: nada es lo que parece. Tus ojos te engañarán. Sí... Pero no te detengas. Continúa siempre, pequeña cachorra.

Atsutev cerró los ojos de nuevo y los apretó con fuerza ante una oleada de dolor. Tras unos instantes, los relajó. Alejandra esperó en silencio; intentaba anticipar sus palabras, pero la serpiente se mantuvo en absoluto silencio. Ni un parpadeo ni una respiración. Nada. Alejandra comenzó a sentir un nudo en el estómago, un presentimiento que se formaba con lentitud.

—Atsutev... —dijo Alejandra—, cuéntame más.

Entonces, de pronto, en un destello de claridad, Alejandra se dio cuenta. La última de los Kerik-Ama acababa de morir. Había partido de ese mundo sin más palabras, sin más guía. Una sensación de vacío la envolvió y, con ella, una urgencia desesperada. ¿Qué haría ahora? ¿Dónde encontraría las respuestas que necesitaba? Atsutev no la ayudaría a abrir ningún portal, ya no.

Sin saber qué hacer o a dónde ir, Alejandra se acercó despacio hacia aquel cuerpo gigante desprovisto de vida. Extendió la mano con inseguridad y la posó en la piel de escamas, en torno a uno de los ojos cerrados. Entonces se dio cuenta de que, en vida, nunca se había acercado tanto, y mucho menos la había tocado. Sus dedos recorrieron la textura rugosa de las escamas y notó cómo encajaban unas con otras, desgastadas y agrietadas por los años. Al acariciarlas, fue consciente de la antigüedad que se ocultaba en aquel cuerpo gigante; miles de años de vida habían llegado a su fin justo frente a ella.

—Kerik-Ama... —A Alejandra apenas le salió un hilo de voz. Había tantas preguntas que quería formular, tantos secretos que ansiaba conocer... Pero ahora todo estaba en silencio, en la quietud de la muerte.

Se agachó y se acurrucó en torno al gigantesco cuerpo de la serpiente para buscar consuelo en su presencia ¿Qué le había querido decir Atsutev con eso de que había otra chica? ¿Y con que sus ojos la engañarían? ¿Que nada era lo que parecía? ¿Cómo iba a regresar ahora a su mundo?

¿Cómo se suponía que iba a abrir un portal ella sola, sin su ayuda? No podía hacer otra cosa que permanecer allí, apoyada en la Última de los Kerik-Ama. Las lágrimas le comenzaron a brotar de los ojos, una tras otra; se deslizaban por sus mejillas en una desolada danza de tristeza.

Alejandra sintió una abrumadora impotencia y lloró sin contenerse. Las lágrimas fluían, en una expresión palpable de su dolor y su confusión. Cada lágrima era una gota de angustia que se liberaba. Y así, entre sollozos y lágrimas, Alejandra se sumió en el desconsuelo hasta que, de pronto, sin esperarlo, su cuerpo cedió y cayó al suelo.

Mientras, al este, el grupo de elfos liderado por Khanley atravesó el río Dara, con sigilo, bajo la suave luz de la luna. No había ningún puente en todo el cauce del río, por lo que buscaron una zona que cubriera poco para poder atravesarlo con los caballos. Una vez en la otra orilla, se bajaron de ellos y los ataron. A hurtadillas, se acercaron al campamento enemigo. El número de tiendas y las hogueras que danzaban en el oscuro paisaje indicaban la presencia de un gran ejército, por lo que tenían que actuar rápido y con el mayor sigilo. Rothic detuvo al grupo con un gesto de su brazo en alto; pedía silencio y atención.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Khanley.

—Mira —murmuró Rothic mientras señalaba con el dedo índice—. No hay nadie...

—Es cierto.

—Esto es extraño... —añadió Ahivy, con la voz llena de desconcierto—. ¿Dónde están?

Antes de que la incertidumbre pudiera convertirse en una respuesta, se desencadenó un repentino tumulto. De todas las direcciones, como sombras surgidas de la penumbra, una marea de skarnaks se precipitó sobre ellos con voracidad. Sorprendidos por aquellas bestias de aspecto antropomorfo y pelaje espeso de color negro y amarillo, los elfos formaron un círculo defensivo en cuestión de segundos, con sus armas en alto, listos para enfrentarse a la amenaza.

—Ahivy —ordenó Khanley, con voz firme a pesar del peligro inminente—, huye antes de que sea tarde. Avi-sa a la ciudad, advierte a todos.

—¡Vamos! ¡A mi orden! —gritó Rothic y apuntó su espada hacia delante—. ¡Ya!

Al oír la orden, el grupo de elfos hizo lo mismo con sus espadas y se abalanzó hacia el muro enemigo. Ahivy, sin titubear, aprovechó la distracción y corrió con ellos, pero, en lugar de luchar, atravesó el ejército de bestias y esquivó sus ataques con destreza y velocidad. Siguió corriendo hasta que llegó al lugar donde habían dejado los caballos. Una vez allí, se subió a Vomailos.

—¡Vamos! ¡Corre! —le ordenó. Esquivó a sus enemigos de nuevo, cruzó el río y dejó atrás a sus compañeros, que se batían en un combate desigual. Sabía que no sobrevivirían. Apretó los dientes de rabia y arreó a su corcel.

—¡Más rápido!

En lo alto del cielo, un halcón peregrino observaba la escena desde la distancia. Tras calcular la altura, la velocidad y el ángulo apropiado, descendió en picado sobre Ahivy, que, cegada por sus sentimientos, cosa nada habitual en ella, no lo vio venir. Sus garras y su pico se le enredaron en el pelo y los hombros. La elfa no entendió lo que estaba sucediendo hasta que el ave habló con una voz áspera y amenazante para intentar detenerla.

—¡No pueedes escapaaar! —graznó el ave con tono desafiante mientras la atacaba.

—¡Un pájaro que habla! ¡Déjame en paz! —replicó Ahivy y agitó sus manos en el aire mientras desenvainaba la espada con rapidez.

Lo que ocurrió a continuación fue una lucha feroz entre aquella ave y la elfa. Mientras espoleaba a Vomailos para que fuera lo más rápido que pudiera, Ahivy trataba de espantar al

pájaro con ataques de su espada al aire, pero los movimientos del ave eran ágiles y esquivaba cada intento de Ahivy. La elfa, al fin, logró un golpe certero que forzó al halcón a ceder y a darse por vencido. Se elevó en vuelo y no regresó más.

Se miró los brazos. Tenía pequeños arañazos y cortes, también en el cuello, pero ninguno era grave ni profundo.

—¡Vamos, Vomailos! ¡Más deprisa! —le dijo a su corcel mientras se agarraba fuerte de sus crines.

CAPÍTULO 12:

EN EL CALLEJÓN

El frío asfalto mojado besó la mejilla de Alejandra y le provocó una desconcertante sacudida en la conciencia. Enseguida sus dedos buscaron la comisura del labio para asegurarse de que no hubiera rastros de sangre. Trastornada por la inesperada transición entre mundos, se puso de pie con un torbellino de emociones. Este viaje difería de los anteriores, pues no había cruzado ningún portal a pie; en cambio, había pasado de repente de apoyarse sobre Atsutev, mientras lloraba su pérdida, a encontrarse en el suelo. Y no lo entendía. ¿Había abierto el portal ella sola, sin querer? ¿Había sido la gran serpiente justo en el momento de desaparecer? No tenía manera de saberlo y eso no la ayudaba a sentirse mejor.

Le costó reconocer el lugar: una calle oscura y angosta la rodeaba con su misteriosa atmósfera. Sus ojos exploraron el entorno en busca de algún punto de referencia y entonces lo divisó. A su lado, la silueta de un hombre se perfilaba contra la luz que provenía de una farola cercana. Alejandra alzó su mano por instinto para resguardarse de la deslumbrante luminosidad y eso permitió que la figura emergiera con mayor claridad.

—¡Nathan! —exclamó en un arrebato de alegría al reconocer al hombre que estaba ante ella. Su presencia le confirmaba que había regresado a su propio mundo, a su presente.

A pesar de la euforia, sus sentidos permanecían alerta y escrutaban el entorno. Se giró con rapidez hacia los lados para reafirmar su ubicación. El reconocimiento le sobrevino como un golpe: era el callejón, el mismo lugar donde todo había comenzado, el día del cine, la película de Christopher Nolan. Estaba de vuelta en el día en que había cruzado por primera vez el umbral entre los mundos, antes de que la maraña de acontecimientos se desatara. Todavía no había pasado nada.

—¡Dios, he regresado! ¡Y estás vivo! ¡Gracias por salvarme! —Alejandra no recordaba haber estado tan feliz en su vida. Corrió hacia Nathan y lo abrazó con fuerza.

—¿Qué? ¿Qué dices? —Él, por el contrario, se encontraba desconcertado—. Yo no he hecho nada. No me he movido de aquí. —Miró la hora—. Solo han pasado veinte minutos.

—¿Solo veinte minutos? Pues yo he perdido la cuenta de los días. Quizás dos semanas. No lo sé. Y te puedo asegurar que han sido bastantes intensas.

Ambos se observaron un momento.

—¡Llevas a Ayrhiel!

—¡Sí! Me lo dio Onahyram, el Kahymi de la Madre.

Nathan lo sostuvo entre sus manos.

—Es precioso. Cuánto tiempo sin verlo... —Lo dejó caer con suavidad.

Entonces, las miradas de ambos se cruzaron.

—¡Era cierto todo lo que me contaste, Nathan! ¡Todo! —le dijo Alejandra sin poder contener la emoción—. Cuando me salvaste en el futuro no te lo pude decir, pero tenías razón en todo, y yo no te creí... Ni siquiera sé por qué me metí en el portal.

—Espera, espera —la interrumpió él—. ¿Por qué has dicho antes que estaba vivo? ¿De qué te he salvado en el futuro? Creo que no entiendo nada.

Alejandra se quedó callada. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de que quizás, emocionada como estaba por regresar a su mundo, a su presente, había metido la pata, al darle información que Nathan no conocía o no debía conocer. Era una norma en toda la literatura y en las películas de viajes en el tiempo que nadie debía conocer su futuro. Cuando eso sucedía, por lo general tenía un final trágico. Como, de hecho, lo iba a tener Nathan, al precipitarse al vacío desde un rascacielos.

—Además de en Sahymir, he estado en el futuro —habló por fin—. En esa época, Sanetub gobierna nuestro mundo. La policía me detuvo y me llevó hasta él...

—¿Sanetub? —la interrumpió— ¿El Yrakhy de Ingida Gize? ¿Del Puente? ¿Aquí? ¿En este mundo? ¿Gobernándolo, dices?

—Eso me contó antes de intentar estrangularme. Abandonó su mundo para gobernar este... Me dijo que tenía que impedir que yo uniera ambos mundos de nuevo. Por eso me quería matar, pero entonces llegaste tú. Hiciste que me soltara y hablaste con él —recordó Alejandra—. Dijisteis que os habíais enfrentado en el pasado. Sanetub decía que te había derrotado, pero tú no estabas de acuerdo...

A Nathan se le nubló el rostro.

—Es verdad... No te lo conté porque tenía la esperanza de no tener que hacerlo, pero imagino que debes saberlo. —Respiró con profundidad—. Hace unos setenta años, vino a verme desde su mundo. Entonces, yo me encontraba en Londres. Estudiaba libros antiguos en la Biblioteca Nacional. Cuando me encontró, paseaba por Hyde Park. Estuvimos hablando. Todo iba muy bien hasta que me reveló sus verdaderos planes: gobernar este mundo. Eso sí, tuvo el detalle de ofrecermelo que lo hiciera junto a él. Por supuesto, lo rechacé. Lo invité a que se marchara, pero no me hizo caso. En su lugar, me atacó...

Nathan pasó a relatarle que abrió un portal al desierto del Sahara y lo empujó dentro. Si tenían que luchar, lo harían en un lugar donde nadie pudiera verlos. Comenzaron a pelear usando poderes prohibidos en este mundo. Se lanzaron torbellinos de arena, haces de energía, bolas de fuego... Estuvieron luchando varios días y varias noches, sin apenas hablar, pero la batalla parecía no tener un vencedor claro. Nathan ignoraba si su rival se encontraba cómodo en aquel ambiente tan cálido, pero él, desde luego, no lo estaba. Abrió un portal, agarró a Sanetub y se introdujo en él.

El cerro Fitz Roy, en el Chaltén, les dio la bienvenida. En la Patagonia argentina, pelearon con hielo y nieve sobre antiguos glaciares, que se quebraban por la fuerza de sus golpes. Nathan se sentía mejor en aquel lugar frío y recobró algo de fuerzas, pero en un movimiento inesperado de su contrincante cayó de espaldas sobre la superficie ondulada del glaciar. Estaba exhausto y no sabía cuánto tiempo podría continuar luchando. Sanetub se acercó porque creyó que por fin había vencido, pero Na-then lanzó una bola de energía sin levantarse del suelo. En otra ocasión, su rival la habría detenido o esquivado con relativa facilidad, pero al pillarlo desprevenido le impactó en el pecho y lo hizo retroceder varios metros, hasta el borde de una grieta. Trató de fijar los pies, pero el hielo duro resbalaba demasiado. Entonces, intentó agarrarse con las manos a cualquier cosa que encontrara, pero la superficie era lisa. No había nada que pudiera hacer. Comenzó a caer a cámara lenta hacia el interior de la grieta. Mientras, Nathan, que se había levantado, se acercó al borde. Sanetub lo miró a los ojos con rabia y no los apartó mientras caía por el abismo helado. Pero, en el último segundo, Nathan le tendió la mano.

—Hemos terminado. Regresa a tu mundo y serás perdonado —le dijo mientras lo sacaba de la grieta.

—¿Perdonado? —contestó Sanetub con rabia por verse vencido. Abrió un portal justo delante de Nathan y, tal como había hecho él con anterioridad, lo agarró y se introdujeron en la luz.

De nuevo, se encontraban en el desierto. Cayeron rodando por una duna. Nathan se levantó con rapidez y comenzó a sacudirse la arena. Cuando levantó la vista, encontró que su rival se había transformado en una serpiente, su forma natural.

—He vivido toda la vida en un desierto y aquí vas a morir tú ahora —le dijo y, tras pronunciar esas palabras, se lanzó contra Nathan con la boca abierta, que dejaba a la vista los colmillos. Pero no llegó a comérselo ni a morderlo siquiera. En su lugar, se detuvo en el momento en que sus dientes tocaron la piel de Nathan.

—Me ofreciste la mano para rescatarme en la grieta del glaciar —dijo Sanetub después de volver a su forma humana—. Porque me salvaste la vida, yo te la perdono ahora. Estamos en paz. Pero si querías ganar esta batalla, me tenías que haber dejado morir. Abandona tu misión. Desaparece de este mundo. Ahora me pertenece. Es mío.

Y, tras decir eso, abrió un portal y se introdujo en él. Nathan se quedó en el medio del desierto, exhausto. Sí, era cierto que había perdido aquella batalla, se dijo, pero no la guerra. Nunca abandonaría su misión.

Nathan comenzó a dar pequeños pasos en círculo mientras continuaba contando su historia.

—Después de milenios en este mundo, supe que había llegado la hora. Con Sanetub entre nosotros, el mundo del Puente se encontraba sin vigilante. El momento de hacer la Promesa había llegado. Tenía que encontrar a la Elegida.

Al decir esas palabras, su mente regresó a las que le había dicho Alejandra. Se rascó la perilla.

—Lo que no entiendo.... —continuó hablando— es: ¿cómo sabía yo en el futuro que estabas en ese lugar exacto? ¿Cómo sabía yo que tenía que salvarte?

Alejandra se tomó un tiempo para responder.

—Es curioso. Yo también te pregunté eso, porque tampoco lo entendía, pero me dijiste que no era el momento. Y después...

—Me temo que tendremos que hablar con tranquilidad sobre todo esto. Me tienes que explicar muchas cosas. Creo que tienes mucha información. ¿Y Atsutev? ¿Nuestra madre?

—Atsutev... —repitió sin saber cómo continuar—. Ella ha... —iba a decir «muerto», pero cambió de palabra en el último instante— desaparecido. De hecho, cuando lo hizo, aparecí yo aquí. De alguna forma, me abrió un portal.

—Así que lo que percibí justo antes de que aparecieras es cierto... La última de los Kerik-Ama ya no está con nosotros.

—Me dijo que eras su hijo.

—Así es. —Se hizo un silencio—. Sin ella, el mundo no se sostendrá. —Se puso serio—. Su destrucción es inevitable.

—También me dijo otra cosa antes de morir... Que quizás yo no era la Elegida. Había otra chica... —dejó las palabras en el aire.

—¿No eres tú? —se sorprendió— ¿Otra chica? ¡No, no puede ser! Eres tú. Llevas el medallón.

—Sí, lo llevo... —dijo mientras lo acariciaba—. Y me ha ayudado en mi camino, ya que me identifica como la Elegida..., pero todo el mundo lo ha puesto en duda.

—¿Entonces? Si no eres tú...

—No lo sé. No lo entiendo. No me dijo nada más. Solo eso: que quizás yo no era la Elegida. Y que había otra chica.

Nathan se mostraba algo nervioso y contrariado con la información que acababa de recibir.

—Está bien. No te preocupes por eso ahora. Cuéntamelo todo. Desde el principio.

Alejandra se quedó pensativa.

—Cuando llegué al otro mundo, pregunté por la Kerik-Ama, tal como me dijiste, pero cuando ella me abrió el portal no llegué aquí, ahora, sino a este mismo mundo, pero en el futuro. —Entornó los ojos para recordar—. ¡Ya lo sé! Ya sé por qué viniste a salvarme. Recuerdo la fecha. Era el domingo 11 de febrero de 2181. Me encontraba en el despacho de Sanetub. En un rascacielos muy alto que todavía no existe. Se construirá en el centro de la ciudad. Así es como ya lo sabes, porque te lo acabo de contar. ¡Recuerda la fecha y el lugar! Sálvame.

—¡Muy lista! —Se rio él—. Lo haré. 11 de febrero de 2181. Rascacielos que todavía no existe —repitió alegre, satisfecho de conocer aquel dato—. No te preocupes.

Alejandra, en cambio, se quedó callada, triste, pensativa.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Nathan al ver la reacción de la chica.

—Cuando me salvas, os precipitáis los dos al vacío. Os transformasteis en serpientes mientras caíais. Una negra y una roja. No creo que sobrevivierais ninguno de los dos...

—¡Oh! ¡Vaya! ¡No tenías que haberme contado eso! ¿Por eso te alegraste tanto de verme vivo? ¿Muero, entonces? —Se quedó en silencio—. Y si ahora que lo sé, ¿no voy a salvarte? ¡No tenías que haberme dado esa información!

—¡No había pensado en eso! Para mí ya lo has hecho. Pero si no me salvas... —habló tras un incómodo silencio—, entonces moriré. Me estaba ahogando cuando apareciste. Si no llegas a romper aquella puerta y entrar en el despacho, me habría asfixiado. Pero imagino que irás y lo harás. Si no hubieras ido, ahora estaría muerta y no aquí contándotelo.

—¡Qué cosa más extraña, desde luego! ¡Y mira que he visto muchas cosas en mi larga vida! ¡Pero nunca viajes en el tiempo! Desde luego, eres la Elegida, Alejandra. No lo dudes. Esas cosas solo puedes hacerlas tú, lo que me lleva a preguntarte: ¿qué tal todo? ¿Cómo va tu misión?

Alejandra se dio un pequeño masaje en la cabeza con el que se enmarañó todo el pelo, mientras daba pequeños pasos en círculo. Al final, se apoyó en la pared de ladrillo visto y suspiró.

—Lo cierto es que no puedo dejar de pensar en las últimas palabras de Atsutev. No creía que yo fuera la Elegida... Me dijo que había otra chica. Pero si estoy aquí es por un motivo. Y esto me recuerda una cosa. Por eso fui a visitarla y por eso estoy aquí ahora: creo saber dónde está Ingida Gize, el Puente. Tengo un mapa con el lugar.

Se incorporó y sacó del bolsillo el papel doblado con la ilustración del Telar Cósmico y el conjunto de estrellas. Al verlo, Nathan se sobresaltó.

—¿Eso es lo que estoy pensando?

—Estela Elandris...

—No. Me refiero a la hoja. ¿Has arrancado una página de un libro de Sahymir? —La miró con dureza.

Alejandra agachó la cabeza. Sabía que no había estado bien hacerlo, pero no se le había ocurrido otra alternativa.

—Lo sé. Soy reproable.

—No... No lo eres —trató de consolarla—. Fuiste astuta. Y eso es bueno.

Alejandra no supo qué decir, pero agradeció sus palabras. Levantó la vista y continuó hablando.

—Utilizaré mi asistente virtual para que interprete las posiciones de las estrellas con un atlas celeste y nos dé unas coordenadas específicas.

—¡Claro! ¡Tu bolso! Toma.

Nathan se agachó para cogerlo del suelo y le extendió el brazo. Alejandra lo cogió y hurgó en él hasta que dio con el dispositivo.

Tras unos segundos, el asistente le mostró una ubicación.

—¡Pero no lo entiendo! Ese lugar está en el espacio. En un punto entre la Tierra y la Luna. ¡Allí no hay nada!

—¿Lo has hecho bien? ¿Seguro? Prueba de nuevo.

Alejandra lo hizo y volvió a recibir el mismo resultado.

—¿Cómo es posible? —quiso saber Nathan.

—No lo sé, pero mira. Es así. Es ahí. No hay duda...

Ambos se quedaron mirando la ubicación que indicaba el asistente: un punto en medio del espacio, entre la Tierra y su único satélite natural.

—¿Crees que en ese lugar puede haber un portal que te lleve a Ingida Gize?

—Quiero pensar que así es —dudó Alejandra—. No hay otra opción.

—Pero... —Nathan no acababa de comprender—. ¿Cómo vas a llegar allí? ¡Está en el medio del espacio!

—Lo sé. —Alejandra no había dejado de pensar en ello desde que había visto el Telar Cósmico y consultado el libro en la biblioteca—. Tengo una idea. Ahora, en el presente, no podemos viajar al espacio, pero cuando estuve en el futuro vi un anuncio de excursiones espaciales en cápsulas de alquiler. ¡Tengo que regresar allí! Quizás pueda conducir una hasta ese punto y ver qué hay allí.

—¿Estás segura? —habló con calma Nathan; trataba de rebajar la euforia de Alejandra—. Me parece una locura.

—¿Una locura? —se sorprendió Alejandra—. Una locura era que existiera Sahymir. Que yo fuera la Elegida. Que pudiera viajar al futuro. Eso era una locura. Alquilar una nave espacial e ir a ese punto me parece lo más racional que he hecho en todo este tiempo.

Al oír eso, Nathan se rio.

—Me temo que tienes razón. Puedo ayudarte a abrir un portal a Sahymir, pero no sé cómo hacer para que viajes en el tiempo.

—A decir verdad, yo tampoco lo sé. Fue Atsutev quien me envió al futuro con el portal que abrió. Pero sin ella...

—No pienses en eso ahora. Seguro que en el otro mundo encontrarás la forma de regresar a este, pero en el futuro. Dame las manos.

—Espera, el bolso. Llevo el asistente en él con las coordenadas.

—Toma —Nathan sacó un lápiz de su bolsillo y se lo dio.

—¿Un lápiz? —¿Cuánto tiempo hacía que Alejandra no veía un lápiz?—. ¿Qué hago con esto?

—Apunta las coordenadas en la hoja que arrancaste.

Alejandra se agachó, manipuló el asistente y este le mostró las coordenadas. Después, sacó la hoja de su bolsillo y escribió los números en uno de los márgenes.

—Ahora sí —dijo mientras se levantaba.

—Vamos a abrir el portal, entonces.

—Pero ¿y si no lo logro? —interrumpió Alejandra. De pronto, le entraron dudas. No podía ser tan fácil—. ¿Y si regreso a Sahymir y no logro abrir un portal y me quedé allí atrapada para siempre?

—Puedes abrir el portal tú sola. ¿No te dijo eso Atsutev? Yo también lo creo. Yo solo canalicé tu energía y apuesto a que ella hizo lo mismo. Tú eres quien abre los portales.

—Pero no lo entiendes. En Sahymir ya no está ella para ayudarme...

—No necesitas su ayuda. Los portales hasta ahora siempre te han llevado al sitio correcto, al sitio donde debías estar. No dudes de ti misma. El destino de cada portal que has abierto, en realidad, lo has decidido tú, aunque no hayas sido consciente de ello. Tú céntrate en abrir el portal ahora.

—¿Cómo? ¿Recitando las palabras? Si no recuerdo mal, eran algo así como: *Intala imaltuu, gara gama...* —Alejandra se detuvo. Se dio cuenta de que no sabía más.

—¡Muy bien! —se sorprendió Nathan al oírla recitar aunque solo fuera ese fragmento—. No

pasa nada si no las recuerdas. No se trata de ningún hechizo. Esas palabras sirven como un mantra, para entrar en otro estado de la mente y poder canalizar mejor la energía necesaria. La otra vez las recité contigo, igual que imagino que las recitaría Atsutev, porque estábamos utilizando tu energía para abrir el portal, pero, si lo abres tú sola, bastará con que pienses en algo que te guste mucho.

—¿Crepes de chocolate? —preguntó sin entender.

—No —sonrió—, mejor piensa en algo que te guste, que te haga feliz. Que te haga sentirte en equilibrio. Piensa en una persona querida, con la que te sientas a gusto, por ejemplo.

Alejandra cerró los ojos y, ahora sí, le dio las manos a Nathan. Tras unos segundos, cuando los abrió, había un portal como el que había atravesado la primera vez.

—¿Ves? —dijo—. Lo has abierto tú en realidad. Todos los portales los has abierto tú, este también. Yo no he hecho nada. Como te he dicho antes, solo he canalizado tu energía, la he enfocado. Pero eres tú quien lo ha abier-to. ¿En quién pensaste?

—Creo que en Ahivy.

—¿Quién es?

—Una elfa blanca...

—No importa. No quiero saberlo. Lo importante, lo que tienes que saber, es que tienes más poder del que imaginas. Todos los portales los has abierto tú, ni Atsutev ni yo, solo tú. Si es verdad que abriste uno al futuro.... Eso no lo ha hecho nadie nunca. Sin duda, eres la Elegida. No necesitas a nadie para abrir portales. Piensa en esa elfa cuando estés allí y vayas a abrir el portal al futuro. Siente la energía. Visualízala. Focalízala.

—Gracias. Trataré de hacerlo. Aunque no sé cómo... Pero lo haré. Imagino que no tengo alternativa.

—Así es. No la tienes. —Sonrió—. Y ahora sigue con tu misión. ¡Ah! Y cuenta conmigo.

—¿Que cuente contigo? ¿Para qué?

—En el futuro. —Le guiñó un ojo—. Ya sabes. Te salvaré.

—¡Gracias, Nathan! —Lo abrazó con todas sus fuerzas. Algo, de pronto, le dijo que quizás no volvería a verlo hasta precisamente ese futuro en el que moría para salvarla. Pero, para ella, eso era el pasado. Ya había sucedido.

—Cuídate mucho —le susurró Nathan al oído.

Tras unos segundos aún abrazados, Alejandra se sepa-ró y miró el portal de luz. Y esta vez lo vio diferente, con otros ojos. Avanzó con decisión hacia la esfera y, sin mirar atrás, la atravesó.

CAPÍTULO 13:

LA CIUDAD DE AHYKRUM

Después de tres días de intenso asedio, el ejército de skarnaks había llegado hasta las puertas de la ciudad. Entonces, sonaron las trompetas y los incesantes tambores dejaron de hacerlo.

Acto seguido, el ejército de armaduras negras se replegó unos metros atrás y se puso en formación. En ese momento, una figura destacada emergió y dominó la escena. Era Grolmarak, el señor de la Tormenta, la bestia colosal que lideraba aquel ejército despiadado. Montado sobre su siniestro corcel negro, avanzó hacia las puertas de la ciudad y marcó su posición como líder y portador de un mensaje.

Los vigilantes apostados en las murallas dieron la orden de abrir las robustas hojas de madera y cedieron el paso a un pequeño grupo de soldados, entre los que se encontraba Ahivy, que escoltaron al Kahymi de la ciudad en su salida extramuros. Al igual que el ejército de la ciudad, vestía su uniforme de gala, blanco como la nieve, con el emblema dorado de las cuatro serpientes entrelazadas en el pecho y, en su caso, complementado con una capa marrón, a diferencia de los soldados, que la llevaban de color verde oscuro. El grupo se detuvo y dejaron que el sacerdote avanzara unos metros más él solo.

—Onahyram —dijo Ahivy. Dio un paso para ir tras él, pero un soldado la detuvo con el brazo.

—Tú no —le dijo—. Tiene que ir él solo.

Solo y desarmado, Onahyram, el Kahymi de la ciudad, avanzó con paso firme, decidido, con la cabeza mirando al frente, para actuar como el interlocutor y mediador entre las dos fuerzas enemigas.

Grolmarak aguardó con paciencia a que el elfo se aproximara lo suficiente antes de desmontar de su caballo oscuro. Con gesto severo, desenrolló el pergamino con cuidado y comenzó a recitar en voz alta las condiciones que había venido a presentar. Aunque el sacerdote escuchó las palabras de Grolmarak, lo que oyó le pareció completamente inaceptable. Sin embargo, Onahyram mantuvo su compostura y su autocontrol. La cortesía y el respeto, incluso hacia el enemigo, seguían siendo principios fundamentales para él. Con gesto reflexivo, esperó a que la bestia completara su discurso antes de responder. Con un tono firme y resonante, Onahyram tomó la palabra:

—No aceptamos —proclamó con claridad y decisión. Sus palabras resonaron en el aire cargadas de convicción—. No aceptamos ser gobernados por nadie que no sea de nuestra especie. No aceptamos que nos priven de nuestra libertad. No aceptamos que nos indiquen a quien rezar. No aceptamos sus condiciones. Y nunca ofrecemos nuestra rendición.

Un murmullo crepitó entre las filas enemigas, acompañado de golpes contra el suelo y de los escudos y las corazas que portaban. A pesar de ello, Onahyram no vaciló. Había dicho lo que su deber y su corazón le dictaban. Con determinación palpable, dio media vuelta y avanzó hacia las puertas de la ciudad.

Entonces, sucedió algo que nadie se esperaba. Un soldado skarnak rompió filas y comenzó a correr hacia el sacerdote. Grolmarak lo vio, pero no hizo nada. El soldado portaba un puñal en la mano y, cuando Onahyram fue a girarse, el acero ya lo había atravesado una, dos, tres veces.

El sacerdote cayó de rodillas y, con la visión que se le nublaba, buscó una cara entre la muchedumbre que se asomaba a la puerta de la ciudad. Grolmarak emitió un rugido feroz y fue hacia su soldado.

—¿Cómo te llamas? —le dijo.

—Vorkul, mi señor...

—¡Vorkul! —gritó la bestia—. ¡Oíd su nombre!

Después, Grolmarak lo cogió de los hombros y, sin decir nada más, lo lanzó lejos del cuerpo caído y regresó con su ejército, ignorando al que había sido su interlocutor.

Al ver que Onahyram buscaba su mirada, Ahivy, que había presenciado todo desde la puerta de la ciudad, no dudó un instante y corrió hacia campo descubierto, frenética por alcanzar el cuerpo del sacerdote. Los ojos del ejército rival se fijaron en ella y una lluvia de flechas se abatió sobre el terreno. Pero la elfa, que era ágil y tenía reflejos prodigiosos, pudo sortear los proyectiles mortales. Al llegar junto al cuerpo herido, comprobó que aún respiraba. Lo agarró con fuerza y comenzó a arrastrarlo hacia la seguridad de la ciudad.

La lluvia de flechas caía implacable mientras Ahivy arrastraba el cuerpo de Onahyram. Con cada paso, el sacerdote pesaba más y las flechas que antes esquivaba comenzaron a encontrar su blanco. Trató de avanzar protegiéndolo con su cuerpo. Sintió un intenso dolor en el brazo y, después, otro en el hombro opuesto y en el muslo. Las flechas no paraban de caer desde el cielo. Las lágrimas se le saltaban de los ojos. No entendía por qué nadie venía en su auxilio, pero entre los soldados apostados en la muralla no se encontraban ni Khanley ni Rothic ni ninguno de su grupo. Ellos seguro que habrían ido a su rescate.

Cuando por fin llegó a las puertas de la ciudad y miró el cuerpo del sacerdote, se dio cuenta de que había sido en vano. La cruda realidad la golpeó con fuerza. Había arriesgado su vida para nada. A pesar de todo el esfuerzo por protegerlo, Onahyram yacía inmóvil, atravesado por múltiples flechas. Las lágrimas escaparon sin control de los ojos de Ahivy mientras dejaba caer su mirada sobre el cuerpo inerte.

Agotada, con el aliento entrecortado, sus ropas manchadas de sangre y gravemente herida, Ahivy se apoyó contra un muro de la muralla interior. A pesar del dolor y la desesperación que la embargaban, comenzó a arrancar las flechas del cuerpo de Onahyram. El estruendo de tambores enemigos comenzó a resonar. El ejército se replegó y, de nuevo, una lluvia de piedras y fuego cayó desde las catapultas enemigas, lo que provocó el caos y la destrucción en la ciudad.

Antes incluso de abrir los ojos, Alejandra ya podía sentir el aire caliente y el humo. Primero en su rostro y, después, en sus pulmones.

Sabía lo que se iba a encontrar al abrir los ojos. No era la primera ocasión en que sentía aquello, pero esa vez esperaba que sí fuera la última. Se enfrentó a sus miedos, apretó los puños y abrió los ojos. Lo que vio le robó el aliento. Frente a ella, se encontraba una ciudad devorada por las llamas. Lo que ya sabía; aquello que tanto había temido que se convirtiera en realidad.

Alejandra se encontraba sobre una colina cubierta por árboles a escasos kilómetros de las llamas, justo en el mismo lugar del sueño que tantas veces había tenido.

La imagen parecía una pintura de terror. Lo que en tiempos pasados había sido una ciudad esplendorosa de finos y delicados edificios tallados con maestría en marfil y plata ahora era devorada por el fuego y la destrucción. Desde el otro lado del lago, en un implacable asalto, decenas de catapultas arrojaban bolas incandescentes que, al impactar, estallaban y provocaban que ardiera todo lo que encontraban a su alrededor. El lago parecía un mar de fuego debido a los colores que reflejaba. A lo lejos, en el horizonte, las montañas desprendían un fulgor rojizo.

Y después estaban las columnas de humo, que se alzaban hacia el cielo y engullían el mundo. Y las campanas replicando. Y los gritos de los habitantes de la ciudad, una sinfonía de terror mientras huían asustados; escapaban de los muros de la ciudad, huían a campo descubierto,

desesperados por encontrar refugio.

—He llegado tarde —dijo en voz alta, presa de la rabia—. No he podido evitar el asedio. Tengo que parar todo esto cuanto antes.

Se dio cuenta de que estaba hiperventilando y trató de relajarse.

«Bien —pensó—. Tengo que encontrar a Onahyram para que me ayude a abrir un portal al futuro. Cuanto antes una ambos mundos, antes se detendrá todo esto».

Comenzó a correr por el camino hacia la ciudad. Al sur del lago y al este de la senda, un ejército de elfos se posicionaba para defender la embestida de una horda de criaturas salvajes. Las figuras antropomorfas, con aspecto de hienas de pelaje espeso amarillo y negro, formaban una amenaza aterradora.

Continuó corriendo por el sendero, todo lo rápido que le permitían sus piernas, pero la distancia era larga y comenzó a hacer mella en su resistencia. Se detuvo un momento a un lado del camino para recuperar el aliento. Un carro tirado por dos caballos se aproximaba en dirección opuesta a la ciudad. El conductor, un hombre con un brazo tullido y una pata de palo, detuvo el vehículo al ver a Alejandra.

—¿Qué haces aquí, niña? Sube. Aléjate de la ciudad. Va a caer. Están desalojando a todos los que no pueden luchar. —Mostró su brazo y la pata de palo.

—¿Qué? ¡No! Tengo que ir a la ciudad. Soy Intala Imaltu, la Viajera entre Mundos y Yetemet Ewy, la Elegida —dijo y mostró el medallón que así lo atestiguaba. Después, se fijó en el carro—. ¡Necesito un caballo! —añadió con determinación.

—¿Intala Imaltu? ¡Yetemet Ewy! ¿Tú? ¿Una niña? —expresó él con incredulidad, mientras analizaba a Alejandra—. Pensé que sería un gran guerrero. Pero si tú eres la Elegida, como así lo muestra el colgante que llevas al cuello, coge el caballo que necesitas.

Con un gesto decidido, el hombre desató la correa del animal que se encontraba más cerca de ella.

—Es todo tuyo —añadió.

—Muchas gracias —contestó y, después, se dirigió al caballo—. Bien. No eres Rielionsa, pero seguro que sabré montarte. —Se subió sobre su lomo—. ¡Voy a salvar el mundo! ¡Arre!

Mientras galopaba a toda velocidad, pensó que no podía creerse lo que acababa de decir y hacer. Si alguien se lo hubiera dicho unos días antes, habría pensado que estaba loco. Pero, ahora, quien iba montada en aquel caballo, galopando a toda velocidad hacia una ciudad en llamas, no era la Alejandra que había comenzado a estudiar en el instituto en Nueva Caulfield, no. Era la Elegida para unir dos mundos separados hacía miles de años.

Cuando llegó cerca de la puerta principal de la ciudad, se encontró con una aglomeración de mujeres y niños que salían de ella con premura. Con precaución, moderó la velocidad de su caballo para evitar dañar a alguien en su camino. Una mujer mayor la detuvo y se aferró a su brazo con angustia en los ojos.

—¿Dónde vas, niña? No entres... —dijo entre sollozos—. ¿Estás sola? Ven con nosotros —añadió en un intento de persuadirla y alejarla del peligro.

Desde su posición elevada sobre el caballo, Alejandra observó a la mujer con empatía, pero su deber la llamaba.

—Tengo que entrar... —contestó con determinación mientras se soltaba del brazo con suavidad.

—Pero dentro solo hay muerte y destrucción.

—Lo sé —admitió con una mezcla de tristeza y resolución. Hizo que su caballo relinchase y alzase las patas delanteras, para indicar que había llegado el momento de seguir adelante.

Con un paso más acelerado, para evitar a los grupos de mujeres con niños y bebés en brazos, logró entrar por la puerta de la ciudad y se abrió paso en sentido contrario a todos ellos.

Una vez dentro, alejada de la plaza de acceso, se encontró con un escenario muy diferente. Las calles estaban casi desiertas. Solo de vez en cuando se cruzaba un niño que llamaba a su madre o una madre que llamaba a su hijo. Su destino era el templo y en sus pensamientos resonaban las palabras de su deber, que le recordaban la importancia de su tarea en el medio del caos que la rodeaba.

Trató de recordar el camino que había seguido su caballo Rielionsa cuando la había guiado hasta el templo. No estaba segura del todo, pero agarró con suavidad las crines del caballo y comenzó a guiarlo por las calles siguiendo su instinto.

—¡Detente! ¡No puedes pasar! —Un soldado elfo le cerró el paso en el giro de una calle—. ¿No lo ves? Estamos desalojando la ciudad. Las mujeres y los niños deben abandonarla. Da la vuelta.

—¡No! Soy Yetemet Ewy, la Elegida. Mira el medallón —dijo y mostró el amuleto como tantas otras veces había hecho.

—¿Qué? ¿Eres tú de nuevo? ¡Te recuerdo! —dijo el soldado. Se abalanzó sobre ella y la hizo caer del caballo, que, asustado, salió galopando.

Alejandra no se esperaba aquel movimiento ni el golpe que se llevó al impactar contra el suelo. Se quedó unos segundos aturrida, incapaz de reaccionar. El elfo aprovechó esos segundos para arrojarle sobre ella y tratar de arrancarle el medallón.

—¿Cómo lo has robado? ¡Eso no puede ser tuyo!

—¡Maldita sea! Es Ayrhiel. Soy Yetemet Ewy —repitió ella mientras trataba de soltarse.

—¡Y yo soy Khielgwin! —gritó el soldado al mismo tiempo que arrancaba el amuleto de su cuello con un tirón seco, que rompió el cordón que lo sujetaba.

—¡No! —gritó ella, presa del terror, mientras intentaba recuperarlo forcejeando con desesperación con sus manos.

—¿Recuerdas mi cara? ¿Te acuerdas de mí? La otra vez, en la entrada de la ciudad, lograste escapar, pero hoy nadie te salvará.

Alejandra se acordaba a la perfección de aquel soldado. No quería dejarla pasar a la ciudad, pero, gracias a la intervención de su compañera, había pasado. Sin embargo, en esta ocasión, tal como acababa de decir, estaban los dos solos. Continuó manoteando con más fuerza y rabia todavía para tratar de arrebatar el medallón al guardia. El elfo, para evitarlo, lo arrojó fuera de su alcance.

Al verlo, Alejandra se incorporó de inmediato y fue tras él, pero Khielgwin la sujetó con firmeza por los brazos y los apretó contra su cuerpo. En un acto instintivo, ella le propinó una patada, que hizo que la soltara, momento que aprovechó Alejandra para gatear hacia el amuleto.

Sin embargo, el soldado era fuerte y se recuperó antes de lo que había pensado y se abalanzó sobre Alejandra. Esta vez la agarró del cuello y comenzó a apretar. Con desespero, Alejandra intentó zafarse, pero no podía deshacerse de los brazos de su opresor. Era la segunda ocasión en demasiado poco tiempo en que alguien intentaba ahogarla, pensó. La otra vez, en el futuro, en el despacho de Sanetub, la había salvado Nathan, pero ahora, ahí, justo en ese momento, no tenía a nadie que pudiera acudir en su auxilio.

Si no conseguía librarse de las manos de aquel elfo, acabaría con el cuello roto, sin poder respirar, y no habría servido de nada todo por lo que había luchado. Su dolor físico y la dificultad para respirar se mezclaban con una rabia abrumadora. Entonces, se dio cuenta de que estaba llorando. Las lágrimas acudían a sus ojos, pero no por el dolor ni la dificultad para respirar, sino

por la frustración; por haber fracasado justo cuando estaba tan cerca de su objetivo.

En ese instante, a lo lejos, oyó el sonido de los cascos de un caballo que galopaba sobre los adoquines de la calle. Y entonces, sin previo aviso, el caballo se elevó por el aire y en su salto golpeó con las patas delanteras a Khiekgwin, lo que provocó que cayera de espaldas malherido. Después, relinchó y se quedó mirándola.

—¡Rielionsa! ¡No me lo puedo creer! ¿Eres tú?

El caballo relinchó de nuevo y movió su cabeza en señal afirmativa. Alejandra se incorporó dolorida, recogió a Ayrhiel del suelo y se lo colgó al cuello. A continuación, se dirigió al caballo. Lo abrazó y lo acarició con gratitud.

—¿Cómo me has encontrado? Gracias, Rielionsa. ¡Gracias!

Se montó en el animal y le ordenó que la llevara al templo.

La visión que se presentó ante sus ojos al llegar la llenó de desolación. El bello jardín que presidía la plataforma estaba destruido por completo, al igual que el edificio. La gran cúpula, las torres, el pórtico... Todo estaba en ruinas, destruido por el fuego de los proyectiles que lanzaban las catapultas enemigas. Se bajó del caballo y, aunque quería correr, sus piernas solo le permitieron avanzar despacio. Entró arrastrando los pies, con pasos lentos, por el hueco en la piedra rota donde se encontraba el pórtico principal.

En el interior, no quedaba ni rastro de las vidrieras que tanto colorido le habían dado a la nave central, que se encontraba gris y negra por el efecto de las llamas y el humo. Entonces, la vio. Apoyada en un lateral, vestida con el uniforme blanco y la capa verde oscuro, se encontraba su amiga Ahivy. Respiraba con dificultad y se encontraba llena de sangre. Parecía malherida.

—¡Ahivy! —Entonces sí corrió hacia ella.

—¡Alejandra! —Quiso incorporarse, pero no pudo y se dejó caer contra el muro. Permaneció sentada en el suelo y se apoyó contra él.

Alejandra llegó hasta donde estaba su amiga y la abrazó con fuerza. Enseguida la soltó. Ahivy estaba cubierta de sangre y con heridas visibles.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

—No... No me encuentro bien, pero creo que sobreviviré. O eso espero. —Trató de reírse, pero comenzó a toser—. ¿Dónde has estado? No volví a saber de ti desde aquella vez en el bosque de Huylle.

—Es cierto... —Se quedó pensando en cuántas cosas habían ocurrido desde entonces—. He estado tratando de salvar el mundo. ¿Y tú? ¿Qué pasó con aquella misión?

—La misión... Fracasamos. Nos tendieron una emboscada. Algo o alguien los alertó... O tal vez no fuimos lo suficientemente sigilosos. Nunca lo sabremos con certeza. Muchos murieron. Khanley, Rothic... Yo logré escapar y regresar a la ciudad. —Ahivy se detuvo para recobrar el aliento.

—Ahivy... Cuánto lo siento. Debí quedarme con vosotros. No debí marcharme. Seguro que habría podido ayudar en algo.

—O ahora podrías estar muerta también... —Le costaba articular las palabras—. Escucha. Eso ahora ya no importa. Tienes que marcharte. Aquí no queda nada ya. Ahykrum ha caído. No hay nada que podamos hacer.

—¿Y Onahyram? Lo necesito para abrir un portal. Sé dónde se encuentra Ingida Gize, el mundo del Puente, pero no puedo hacerlo yo sola...

—¿Onahyram? —Se sorprendió al oír el nombre—. No lo sabes, es verdad... Ha muerto. Lo han matado. Salió a negociar en persona con un emisario de Sehorev y, después de hablar, tras negarse a entregar la ciudad, cuando regresaba, lo apuñalaron por la espalda. Vorkul se llamaba

quien lo hizo. Su general gritó su nombre para que todos lo oyéramos.

—No... —Alejandra tuvo que llevarse las manos a la boca para reprimir un grito. Esa noticia sí que no se la esperaba.

Ahivy comenzó a toser de nuevo; le costaba mucho respirar.

—Corrí a recoger su cuerpo, pero nadie vino en mi ayuda. Lo he arrastrado hasta el interior de la ciudad. Pero... mírame. —Le mostró su cuerpo lleno de heridas—. Comenzaron a lanzar flechas. Traté de protegerlo con mi cuerpo, pero ha sido imposible.

—No llores...

Alejandra le tomó las manos con ternura. Tal vez no necesitara a Onahyram para abrir el portal, sino a su amiga elfa. Fue en ella en quien pensó cuando abrió el portal que la había llevado hasta ese lugar.

—No te voy a dejar aquí sola. No sé qué voy a hacer ni cómo, pero no te voy a abandonar aquí.

Y, entonces, Alejandra se dio cuenta de que había llegado el momento de abrir un portal ella sola, sin ayuda de nadie. Siempre le habían dicho que en realidad era ella quien lo hacía, que Onahyram, Atsutev o Nathan solo la habían ayudado. Así que era ahora o nunca. Cerró los ojos y, mientras pensaba en Ahivy, dejó que sus manos sintieran la energía de su amiga que fluía por ella.

—*Intala imaltuu, gara gama...* —empezó a recitar, como lo había hecho en el callejón. No se había aprendido más, así que volvió a repetirlo mientras visualizaba toda la energía que flotaba en torno a ella.

Entonces, sin saber muy cómo, siempre con los ojos cerrados, se concentró en un punto a escasos metros de ella. Y condensó toda la energía en un vórtice...

—¡Mira! —la interrumpió Ahivy, que por un instante volvió a sonreír de aquella manera mágica—. Acabas de abrir un portal. ¡Has aprendido!

—Sí... ¡He aprendido! —Alejandra abrió los ojos y lo vio—. ¡Tenían razón! Puedo abrirlos yo sola... —Dudó si decirlo o no—. Pensando en ti... Ahora levántate. Te voy a llevar conmigo.

Se agachó, la tomó de las axilas y la levantó en peso.

—Apóyate sobre mi hombro —le dijo—, te ayudaré a caminar. Te curaré en mi mundo antes de ir a Ingida Gize a realizar la Promesa.

—La Promesa... —susurró Ahivy y se le ensombreció el rostro, como si de pronto se hubiera acordado de algo triste.

—Vamos. Caminemos hacia el portal. Despacio. Yo te ayudo —trató de animar a su amiga.

Pero Ahivy apenas caminaba y, tras dos pasos, se detuvo.

—No, Alejandra, para. No puedo andar. No puedes llevarme contigo así. Lo siento, perdóname... No puedo ir contigo a rastras. Sería una carga. Debo marcharme.

—¿A dónde?

—Tienes que llegar al Puente tú sola. Sería un estorbo que me llevaras así.

—Pero no te puedo dejar aquí...

—Sí que puedes. Mira —dijo y le mostró la piedra de jade que colgaba de su cuello—, todavía llevo tu colgante. Siempre estaré contigo... —le dijo, le cogió las manos y se las apretó con fuerza—. Adiós, Alejandra.

—Ahivy... —Se palpó los bolsillos con rapidez—. Yo también llevo tu bru...

No le dio tiempo a terminar la frase. La elfa se había desvanecido y había dejado en su lugar la capa de terciopelo verde oscuro que portaba. Alejandra miró a uno y otro lado, esperando volver a verla, como si aquello hubiera sido una broma de mal gusto. Pero no. No lo era. Ahivy

había desaparecido de verdad.

—¡Se ha esfumado!

Alejandra se arrodilló, cogió la capa de Ahivy y se quedó mirando la tela. No se lo podía creer. Habría hecho lo que hubiera sido necesario por estar con ella, para salvarla; y ella, en cambio, se había esfumado. No lo entendía. Comenzó a llorar. Primero había muerto Nathan en el futuro; después, Thaingor, el rey enano; Atsutev, la Última de los Kerik-Ama; también Onahyram, según le había dicho Ahivy; y ahora ella. Todas las personas que había conocido en Sahymir habían desaparecido. Estaba sola en un mundo en guerra que se derrumbaba a cada segundo que pasaba.

Una explosión cercana y unos cascotes que cayeron del techo del templo la hicieron reaccionar. Miró el portal. Seguía abierto. La esperaba. En realidad, no sabía hacia dónde conducía, pero no tenía más remedio que cruzar. Tal como le había dicho Ahivy, allí ya no había nada que hacer. Se puso la capa de su amiga, se la ajustó al cuello y entró en el portal.

CAPÍTULO 14:

ALEJANDRA FUTURA

Lunes, 12 de febrero de 2181

La mujer había estado esperando aquella noche más de cuarenta años. Por lejano, parecía que aquel día no iba a llegar nunca. Y, sin embargo, allí estaba ella, en la vieja casa de sus padres, cocinando para una joven de catorce años.

Cortó un trozo de mantequilla con el cuchillo y lo echó en la sartén caliente. La movió para que se distribuyera de forma uniforme. Cuando lo estuvo, cogió una cucharada de la masa líquida que había preparado y la vertió en la sartén. De nuevo, la movió para que no se pegara. Acto seguido, con un movimiento rápido, lanzó el crepe al aire para darle la vuelta. Esa era la parte que más le gustaba y también la que más trabajo le había costado hacer con gracia. Menos mal que había tenido más de cuarenta años para ensayar.

Alejandra cayó de rodillas en el asfalto, pero enseguida puso las manos en el suelo y se incorporó sin problema. No sabía cuántos portales había cruzado ya y todavía no había aprendido a salir de ellos de forma controlada. Le ocurría porque en su interior había una especie de flujo líquido pero seco, extraño, que hacía que, al salir por el otro extremo, lo hiciera con cierta inercia, como si tratara de saltar en marcha de un tiovivo que está dando vueltas.

Lo primero que vio fue aquellas señales de tráfico extrañas, por lo que supo que, tal como había deseado, se encontraba en el futuro, envuelta en la noche. ¿Por qué en el futuro siempre aparecía de noche y nunca de día? El portal la había llevado a una urbanización que le resultó familiar. Era donde se encontraba su casa, la de sus padres; era donde vivía.

Caminó por las calles desiertas, iluminadas por las farolas que se encendían a su paso. Solo el ladrido de algún perro rompía el silencio de la noche. Hacía un poco de frío y el suelo se encontraba mojado, así que se ajustó la cazadora platino y trató de darse un poco de calor abrazándose a sí misma. En el cielo, restos de nubes dejaban ver las estrellas y la luna llena, que bañaba todo en una suave penumbra. Tras girar en una última esquina, encontró la vivienda.

Una multitud de sentimientos se agolparon y comenzaron a dar vueltas como un remolino en su cabeza. ¡Estaba en su casa! Su hogar familiar, acogedor, donde había vivido su infancia y había sido feliz, sin preocupaciones sobre la existencia de mundos paralelos ni guerras entre serpientes gigantes. Era su casa y se sentía feliz de estar en ella. Pero se encontraba en el futuro y todo era distinto.

El césped que con tanto esmero cuidaban sus padres estaba descuidado. La superficie que un día fue verde había dado paso a otra irregular, que alternaba zonas secas y de tierra con otras de arbustos y hierbas salvajes. La vivienda también se encontraba abandonada. La pintura tenía partes descoloridas y otras descascarilladas. El interior se encontraba a oscuras, por lo que era muy probable que no hubiera nadie allí. Aun así, avanzó con cautela hasta la fachada y miró por la ventana de la cocina. No divisó a nadie. Tenía que probar suerte. Fue a la entrada principal y pulsó el timbre. Para su sorpresa, la puerta se abrió de forma automática. Alejandra asomó la cabeza.

—En el salón —le dijo desde el interior de la vivienda una voz que le resultó familiar—. Pasa.

La chica obedeció. Estaba en su casa, en el futuro. No podía creérselo. Recorrió el pequeño pasillo observando las paredes, fotos y cuadros que no eran los que conocía, sino otros. Cogió un portarretratos al azar y observó la imagen: una pareja mayor posaba orgullosa con una chica joven que portaba una banda y un birrete. Era ella con sus padres. ¡Se había graduado en la universidad! ¡Pero qué mayor...! ¿Cuántos años había tardado en sacarse el título? Horrorizada

por descubrir parte de su futuro sin pretenderlo, dejó caer la foto al suelo, lo que provocó que el cristal se rompiera. Alejandra pidió perdón en voz baja y se agachó a recoger los trozos de cristal y la foto. Con cuidado de no cortarse, dejó todo en el mueble donde se encontraba originalmente.

Después de ese incidente, continuó andando por la vivienda. Trató de no mirar más fotografías que le anunciaran detalles sobre su futuro. Estiró el dedo para deslizarlo por la superficie de uno de los muebles y comprobó que tenía una gran cantidad de polvo. Hacía tiempo que allí no vivía nadie. Y, sin embargo, ella la recordaba llena de vida. Entonces, se dio cuenta de que sus padres probablemente habrían muerto ya. Se le hizo un nudo en la garganta. Si no era su madre quien le había hablado desde el salón, ¿quién era entonces? El timbre era el de una persona mayor.

Se detuvo frente a la puerta del salón y, de espaldas a ella, echó una última ojeada al pasillo, a sus paredes y su decoración. La casa donde vivía, desde su punto de vista, había envejecido de forma cruel e injusta. Parecía un cadáver o un recordatorio de lo que seremos todos, de cómo terminaremos.

Se giró hacia la puerta y por fin entró en la estancia de donde provenía la voz. Era una pequeña sala con un sofá y dos sillones a cada lado. Frente a ellos, una pequeña mesita y, en la otra pared, un televisor. En uno de los lados, había un pequeño mueble con cajones y estanterías. Sentada en el sillón de la izquierda, donde siempre se ponía Alejandra, había una persona mayor... Se parecía a su madre, o quizás a su abuela, pero no era ninguna de ellas. Su rostro era dulce y su mirada transmitía ternura. Le resultaba extrañamente familiar. Y, entonces, se dio cuenta. Un sentimiento de irrealidad se apoderó de ella.

—¡Eres Alejandra! Quiero decir: ¡soy yo! ¡Pero de mayor! —verbalizó.

—Hola, Alejandra —habló con la misma dulzura que irradiaba su rostro—. Así es. Y tú eres yo de joven.

—¿Por qué? ¿Por qué? —No podía parar de repetirlo mientras agitaba la cabeza para tratar de hacer desaparecer aquella sensación de irrealidad—. ¿Por qué me ha traído el portal hasta aquí?

—El motivo por el que estás aquí es porque necesitas mi ayuda para llegar a Ingida Gize... —Se quedó muda de pronto.

—¿Vives aquí? ¿Sabías que vendría?

—No, no vivo aquí, pero sí sabía que vendrías. Porque yo, en su día, como tú ahora, vine aquí y me encontré conmigo misma, como tú ahora. —La mujer hablaba despacio. Era consciente de que Alejandra estaba sufriendo un *shock* por verse a sí misma de mayor—. Por eso he venido desde mi casa a la de nuestros padres. Ellos...

—Lo imagino. Murieron —dijo y se puso triste de pensarlo—. El jardín está abandonado. Ellos nunca lo tendrían así. Y la casa tiene polvo... ¡He roto una foto!

—Sí. —Sonrió—. Lo sé. Yo también la rompí sin querer. La de la graduación, ¿verdad? —Hizo una pausa—. Nuestros padres murieron hace tiempo, pero es ley de vida. ¿Qué edad tendrían ahora si no? ¿Más de cien años? No pienses en eso. Para ti, todavía queda mucho tiempo. Disfrutarás de ellos. —Dejó de hablar para observar a la Alejandra joven unos instantes—. Conservé la casa a la espera de este momento. Tenía la certeza de que llegaría. Que tú vendrías, como lo había hecho yo. Si la hubiera vendido, este encuentro no se habría producido...

Se levantó del sillón y se acercó hasta donde se encontraba Alejandra, a quien se le amontonaban las preguntas, pero no era capaz de abrir la boca.

—Llevas a Ayrhiel... —Observó la mayor—. No recordaba lo bello que era el medallón.

Lo cogió entre sus manos, pero enseguida otra cosa desvió su atención. Los ojos se le

llenaron de lágrimas.

—Esa capa.... —La mujer soltó el medallón de pronto, se inclinó un poco hacia Alejandra y olió la prenda—. Ahivy... Cuánto tiempo sin verla... —dijo mientras se secaba los ojos.

—¿No tienes la capa? ¿La perdiste? ¿Qué sucedió? —logró hablar por fin la Alejandra joven.

—No la tengo, no. Pero no la perdí. Te desprenderás de ella tú sola. Todo sucederá.

—¿Desprenderme de la capa? —No se le ocurría nada más disparatado. Entonces, fue ella quien cogió la prenda y la abrazó—. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Solo te diré que, llegado su momento, lo harás. Cuando lo hagas, no pensarás en ello —dijo y bajó la cabeza.

—Por tus palabras... no volvemos a ver a Ahivy, ¿verdad? —dedujo Alejandra al ver el gesto de su homóloga.

—Perdimos a tantos seres queridos en tan poco tiempo... No hay un solo día que no me acuerde de todos ellos. ¿Cuántos años han pasado ya? —Su voz sonaba triste—. Fue muy duro, ¿sabes? Fue muy duro regresar así del Puente... Ven, siéntate. Me temo que tendremos una larga charla.

—¿Qué sucedió? ¿Qué va a pasar? Si tú fuiste a Ingida Gize con mi edad... ¿Por qué ahora hay una dictadura tecnológica aquí y una guerra en el otro mundo? ¿Acaso no lo lograste?

—Tiene gracia. Recuerdo preguntarme a mí misma eso. Yo fui tú un día y, como tú, me pregunté a mi yo del futuro eso. ¿Y sabes lo que me contestó mi yo futura? Así me llamaba a mí misma ahora: Alejandra Futura. Tiene gracia. —Sonrió—. Pues me contestó esto mismo, lo que te estoy diciendo ahora. Es como un *déjà vu*. Porque no podemos cambiar nada... —Suspiró—. ¡Y eso me recuerda una cosa! Ella me ofreció algo de comer, así que me ha tocado a mí hacerlo también. Espérame un segundo.

Alejandra Futura se levantó y salió de la habitación. Fue a la cocina y regresó con un plato tapado con una servilleta. La quitó y se lo ofreció a la Alejandra joven.

—¡Crepes de chocolate! —No se lo podía creer.

—Sí... Te perdiste los que hizo tu padrino en la reunión familiar y sé que has pasado mucha hambre, así que era lo menos que podía hacer por ti.

—Muchas gracias. Es verdad que he pasado hambre y algún que otro día me acordé de los crepes... ¡Qué te voy a contar que no sepas! —Se rieron las dos mientras la joven se llevaba un trozo a la boca y le ofrecía con un gesto a la mayor.

—No. Son para ti. Comételes todos.

—Gracias —volvió a decir Alejandra con la boca llena—. ¡Están buenísimos!

Mientras se los comía, permanecieron en silencio. Alejandra Futura regresó a su sillón y observó a la joven comer. Su rostro y su corazón rejuvenecieron por un momento al ver a aquella chica de catorce años que un día había sido ella, mientras comía aquellos crepes de chocolate tan feliz. Todavía recordaba lo deliciosos que los había encontrado cuando era ella la que estaba ahí delante comiéndoselos. Cuando vio que el plato estaba vacío, retomó la palabra.

—Antes me preguntaste qué es lo que va a pasar, qué sucedió en el Puente... Y ahora entiendo que Alejandra Futura me contó la verdad. Porque tienes que saberla, pero no toda. Como has dicho tú, si ahora estamos con una dictadura en un mundo y una guerra en el otro, es porque no funcionó. —Suspiró con amargura—. Fui al Puente e hice la Promesa, pero cuando regresé a mi época, a tu época, estaba todo igual. No había cambiado nada. Y mira ahora. Todavía estamos peor.

—Entonces..., ¿qué hago?

—Lo que tienes que hacer. Lo que hice yo. Ir a Ingida Gize y hacer la Promesa.

—Pero acabas de decir que no sirvió de nada.

—Pero lo hice. Cumplí mi deber. Y tú tienes que hacerlo también.

—No acabo de entenderlo...

—Una persona tiene que hacer lo correcto. Lo que debe hacer, sin importar el resultado que obtenga.

—Si tú lo dices... Imagino que tendré que confiar en ti.

—Yo soy tú. —Se rio—. En realidad, te lo estás diciendo tú misma. No tienes que fiarte o confiar en mí, tienes que hacerlo en ti misma.

—Pero tengo tantas preguntas... Hay tantas cosas que quiero saber...

—Lo sé. Yo también las tenía. Yo también quería saberlo todo. Pero ¿sabes? Mi yo futura no me dijo nada, igual que voy a hacer yo contigo. Un día tendrás mi edad y recibirás la visita de tu yo de catorce años y tendrás esta misma conversación. Entonces, como yo ahora, lo verás todo desde el otro lado y comprenderás por qué no puedo darte más información. Comprenderás por qué te digo estas cosas y no otras. Hazme caso. Cumple tu misión. No pienses en si funciona o no. Lo importante es que cumplas con tu deber, sea cual sea el resultado.

—Pero ¿no podría ser distinto? Samas, el temporivivus, me contó que en su pasado Yetemet Ewy era una leyenda, no una profecía, y que se había cumplido.

—Sí, es cierto, pero también te dijo que su pasado no tenía por qué ser nuestro futuro. A pesar de que nos dijo eso, yo no lo logré, desde luego. Mi futuro no era su pasado. ¡Pero quién sabe! Quizás tu futuro sí sea su pasado.

—¿No decías que no se podía cambiar el pasado?

—Y no se puede. Mi pasado no lo cambiarás y yo seguiré aquí, habiendo fracasado. Pero quizás tú construyas un nuevo futuro que no será el mío, sino otro: el pasado del que te habló el temporivivus.

—Así que, a pesar de todo, ¿debo tener esperanza?

—Por supuesto, niña. Eso siempre. Nunca la pierdas. Todos debemos tener esperanza en un futuro mejor. No nos queda otra opción.

—¿Pero qué te pasó en Ingida Gize? ¿Por qué no tuviste éxito? Si hiciste la Promesa, ¿por qué no funcionó?

—En realidad, yo sigo sin entender con exactitud qué pasó. Y mira qué edad tengo, sesenta años... Y cuánto tiempo ha pasado, más de cuarenta años. Quizás un día lo comprendamos las dos. Me temo que te he contado demasiado. Mejor vete ya.

Alejandra Futura se levantó.

—Espera, por favor. ¿De verdad crees que, aunque tú no tuvieras éxito, yo sí puedo tenerlo? ¿Que podemos cambiar el pasado, el futuro o lo que sea?

La mujer se detuvo y la miró. La estudió durante unos segundos.

—Eres tan guapa y tan joven... Ojalá pudiera volver a ser tú de nuevo. Pero la vida pasa. ¡Ya lo creo! No te quiero mentir. Una cosa es no decir toda la verdad y otra muy distinta, mentir. Como te he dicho, quiero pensar que tú puedes tener un futuro distinto, una línea temporal distinta. Pero, si me pides la verdad, si soy sincera contigo, no lo creo. No creo en eso. No. Y mira que he visto, como tú, un mundo paralelo poblado por elfos y serpientes gigantes. Pero no. Lo siento, Alejandra. —Le puso una mano en el hombro—. La verdad es que creo que fracasarás como yo lo hice. Pero, puesto que no podemos cambiar el pasado, debes ir a Ingida Gize y repetir la historia. Quizá solo esté siendo egoísta y quiera que se repita mi pasado. No lo sé.

La joven se quedó de piedra. No esperaba aquel jarro de agua fría. Tardó un tiempo en reaccionar. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Pero... —Casi no podía hablar. Después de toda la conversación tan agradable, no esperaba esas palabras—. Entonces... ¿para qué voy a ir? Si crees que voy a fracasar...

—¡Ay! —A Alejandra Futura se le encogió el corazón—. No pretendía hacerte llorar. —Recordó que a ella le había pasado lo mismo. Todo era un círculo que se repetía—. Perdona que haya sido tan dura. Ven. —Le dio un abrazo tierno, como se los daba su abuela cuando era niña—. Tú ve. Hazme caso. No puedo decirte toda la verdad. Debes ir y descubrirla tú sola.

—¿Quieres decir que hay algo más que todavía no sé?

—Yo no he dicho nada. —Se rio para intentar quitar dramatismo a la conversación—. Olvida esto último que hemos hablado. Mi pasado ya está escrito, pero tu futuro no. Como muy bien has recordado, ya lo dijo Samas, el temporivus: en su pasado, la profecía se había cumplido. Es cuestión de encontrar ese futuro.

Dejó de abrazarla y comenzó a buscar algo en los cajones de un mueble cercano.

—Está bien —reflexionó en voz alta la Alejandra joven, reconfortada tras aquel abrazo fraternal—. Trataré de hacerte caso. Intentaré cumplir la Profecía y hacer la Promesa.

—¡Esa es mi chica! Quiero decir... ¡Esa soy yo! —Se alegró la mujer—. Toma, somos la misma persona. Puedes usar mi tarjeta de crédito y mis credenciales con tu iris y tus huellas dactilares. No engañamos a nadie, en realidad. Todo el dinero y la identificación que te dé son tuyos en realidad... Lo raro es que para todo el mundo serás una mujer de sesenta años en un cuerpo de catorce. —Se rio—. ¡Querrán saber cómo lo has hecho! ¡Cómo te conservas tan joven!

—Imagino que es por esto que el portal me trajo hasta aquí después de todo.

—Así es —asintió la mayor y le puso las manos sobre los hombros.

—Antes de irme, me preguntaba si...

—¿Puedes ducharte? —terminó la frase Alejandra Futura—. ¡Claro que sí! Recuerda que juego con ventaja. Sabía que lo dirías, así que te he preparado el baño.

—¡Oh! ¡Claro! Es verdad. —Se rio la joven—. Gracias, de todas formas.

Salió del cuarto de estar y se dirigió al cuarto de baño. Recorrió una parte de la vivienda que aún no había visto, pero, esa vez, a diferencia de cuando había entrado, no quiso fijarse en detalles. En la medida de lo posible, no quería conocer su futuro.

Se quitó la ropa y dejó que el agua caliente cayera por su cabeza y recorriera su cabello, su cuello, todo su cuerpo. Cerró los ojos y dejó la mente en blanco. Estaba duchándose en casa de sus padres; en el futuro, pero era la casa de sus padres. Perdió la cuenta del tiempo que estuvo bajo aquel chorro de agua a la temperatura perfecta. Si por ella hubiera sido, se habría quedado ahí eternamente, pero sabía que el destino del mundo dependía de ella. No era una opción quedarse en la ducha para siempre. Cuando se hubo secado, se puso la ropa y regresó a donde la esperaba Alejandra Futura.

—Gracias. Gracias por todo —le dijo—. Por la información, por los crepes, por la ducha, por todo. Imagino que no nos volveremos a ver...

—Claro que nos volveremos a ver. Recuerda, dentro de cuarenta y seis años, tú serás yo. Vivirás todo esto de nuevo, pero desde mi perspectiva.

—¡Cierto! —Le dio un abrazo y se separó al instante—. ¡Qué extraño es abrazarse a una misma!

—¡Adiós, Alejandra! Márchate ya. Y sé feliz. La vida pasa muy rápido y, cuando te des cuenta, estarás hablando con una chica de catorce años y diciéndole esto mismo.

—Lo tendré en cuenta. —Alejandra sonrió y dejó atrás la vivienda de sus padres, la que había sido su casa durante toda su infancia y juventud.

Al ver marchar a la joven, Alejandra Futura entendió por qué nadie le había dicho toda la verdad nunca. Ella había estado a punto de decírsela, pero, en el último momento, no lo había hecho. Después de todo, acababa de hacer lo mismo que los demás. Tampoco se lo había revelado todo a su yo joven. Y, si ni ella se lo había contado a sí misma, ¿cómo esperaba que lo hicieran otros? Nadie lo hacía porque sabían que, si le contaban la verdad, toda la verdad, no iría al Puente y, entonces, tampoco realizaría la Promesa. Y eso no podía suceder.

CAPÍTULO 15:

EL VIAJE MÁS LARGO

Tras despedirse de su otro yo, Alejandra caminó hasta la estación de intermetro de la urbanización. Apenas unos días atrás, la había utilizado para ir al instituto. Aquella vida le parecía ahora un lejano recuerdo. Descendió las escaleras, con sus muros llenos de grafitis y suelos repletos de basura. Era evidente que el metro había caído en desuso o que el gobierno opresivo actual no destinaba suficiente dinero para su mantenimiento.

La línea de metro de su época había sido ampliada y ahora se extendía hacia nuevas zonas de la ciudad, incluida una conexión directa con la lanzadera espacial, que se encontraba fuera de la ciudad. Para llegar hasta ella, el intermetro salió del subterráneo y se elevó sobre raíles magnéticos. Sobre ellos, aumentó su velocidad hasta romper la barrera del sonido, momento en que los *displays* indicaron que había que ponerse los tapones para los oídos y el cinturón de seguridad. Pasado el estruendo, algunos pasajeros aplaudieron y otros gritaron de júbilo. A Alejandra, en cambio, esas cosas que quizás antes le habrían parecido emocionantes, ahora le parecían superficiales. Solo pensaba en terminar su misión.

Cuando llegaron a la lanzadera, tal como su versión futura le había indicado, no tuvo ningún problema de identificación en la compra de los billetes, pues, aunque no sabía cómo ni cuándo iba a regresar, era obligatorio comprar el billete de vuelta. Sin él, no se podía embarcar.

Mientras esperaba su turno para acceder a la nave, observó a otros pasajeros que se fotografiaban con el transbordador de fondo. Incluso en el futuro, ese tipo de turismo seguía siendo excepcional. A diferencia de lo que le había ocurrido en el intermetro, olvidó por un momento la misión que tenía por delante y se dejó llevar por la emoción de viajar al espacio. En un acto instintivo, palpó su cuerpo y buscó su bolso para hacerse ella también una fotografía, pero recordó que no lo llevaba. Entonces se rio para sí misma al pensar que, en caso de que la nave se estrellara, sería la única pasajera sin un retrato reciente que mostrar en las noticias al publicar la lista de fallecidos. Su imagen en las bases de datos no concordaría con la joven que había comprado el billete, sino con la de una mujer de sesenta años. Imaginó la expresión que pondría la persona que descubriera ese enigma y no pudo evitar soltar una risa.

Al fin, tanto los altavoces como las pantallas de vídeo anunciaron que era hora de subir a bordo. El interior del transbordador era amplio y blanco, con cómodos sillones individuales diseñados para resistir las fuertes aceleraciones necesarias para escapar de la gravedad terrestre. Un supervisor, como si estuviera a cargo de una atracción de feria, revisó uno por uno que todos los arneses de seguridad de los pasajeros estuvieran correctamente abrochados. Cuando hubo confirmado que así era, se desplazó a una sala contigua y se preparó él también para el despegue. El capitán encendió los motores y comenzó la cuenta atrás. Diez segundos después, el rugido sordo de los propulsores llenó la cápsula y los pasajeros sintieron una fuerte presión en sus cuerpos mientras la nave se elevaba con lentitud del suelo.

—Allá vamos —dijo Alejandra en voz alta, sin darse cuenta, mientras miraba hacia delante, tal como le habían indicado que hiciera para evitar lesiones de cuello. Solo con el rabillo del ojo, pudo ver por la ventanilla como dejaban atrás la neblina de la ciudad a lo lejos y el cielo se volvía cada vez de un azul más intenso hasta que se tornó negro.

Tres horas después, la cápsula se encontraba en órbita. En ese momento, la megafonía anunció que iniciaban las maniobras de acoplamiento a la estación espacial. Esas maniobras duraron treinta minutos. Durante ese tiempo, la tripulación permitió que los pasajeros se desabrocharan por un instante el cinturón de seguridad y experimentaran la sensación de estar en microgravedad. Después, regresaron a sus asientos y se conformaron con admirar la belleza del planeta Tierra visto desde el espacio a través de sus respectivas ventanillas.

—¿Se encuentra bien? —le dijo una asistente a Alejandra al observar que no se había

levantado de su sitio en ningún momento.

—Sí... —respondió, tratando de no llamar demasiado la atención—. Solo es que prefiero estar aquí sentada. Gracias.

La estación espacial, de forma circular, giraba como si de una rueda se tratase para crear gravedad artificial. Por ello, el trasbordador tuvo que comenzar a rotar con la misma frecuencia que su destino. Cuando lo consiguió, ambos movimientos relativos se anularon y, en cámara lenta, la nave se acopló a la escotilla. En ese momento, por efecto de la fuerza centrífuga, los pasajeros de su interior, incluida Alejandra, sintieron de golpe que volvía a haber gravedad. A la orden de la tripulación, se desabrocharon los cinturones de seguridad y descendieron.

Alejandra no acababa de creerse que se encontraba en el espacio. En muy poco tiempo, había pasado de estar en un mundo mágico, parecido a nuestra Edad Media, a un futuro donde había estaciones espaciales. El contraste no podía ser mayor.

Después de pasar por varios escáneres de seguridad, llegó hasta una gran sala. Las paredes interiores estaban decoradas con paneles luminosos que simulaban un cielo estrellado, lo que daba a todo el lugar un aspecto mágico. A medida que caminaba por aquel espacio, el suelo parecía flotar bajo sus pies, lo que le recordaba que se encontraba en un lugar fuera de lo común. Aquel lugar parecía más una estación interdimensional que una simple terminal de viajes espaciales.

Tras pasar por delante del mostrador de varias compañías de turismo espacial, optó por la que mejor aspecto tenía. La cabina estaba limpia, con una iluminación suave que daba sensación de tranquilidad. Un androide de apariencia amable se acercó a ella y, con voz cálida, comenzó el proceso de registro. Mil cláusulas, informaciones legales y seguros después, el dependiente le entregó el número de cápsula y el código de acceso.

—Que disfrute de su *tour* espacial —se despidió el androide, con una ligera inclinación de su cabeza metálica.

Alejandra le correspondió el gesto y comenzó a andar por los diferentes pasillos de la estación, siguiendo las indicaciones de los paneles luminosos. Cada pasillo estaba adornado con murales que representaban la belleza del espacio exterior, estrellas lejanas y galaxias brillantes que parecían cobrar vida a la luz de las pantallas led.

Finalmente, se encontró frente a la cápsula espacial que la llevaría a su destino. La escotilla se abrió con un suave susurro y reveló el interior de la nave. Alejandra se adentró con asombro y se acomodó en su asiento. Los controles y los paneles de navegación eran un despliegue tecnológico impresionante. Sacó el papel con las coordenadas escritas y las introdujo en el sistema con manos temblorosas de emoción.

—En ese lugar —indicó el asistente virtual incorporado en la cápsula espacial turística—, se encuentra el primer y único agujero de gusano del que se tiene constancia. Fue descubierto por el telescopio espacial Stephen Hawking a mediados del siglo **xxi**.

Lo más sorprendente del hallazgo, informó también, era lo cercano que se encontraba a la Tierra. Y es que nadie hubiera esperado encontrar una singularidad así en un lugar entre la Luna y nuestro planeta. Pero lo más extraño de todo, quizás, era que ese punto viajaba con nosotros en nuestro recorrido alrededor del Sol. La teoría más aceptada era que el objeto cósmico se encontraba flotando en el espacio y nuestro planeta lo había atrapado con su gravedad hasta convertirlo en un satélite. Desde su descubrimiento, se habían enviado numerosas sondas y satélites para estudiarlo y, si bien se conocía todo sobre su lado visible, no se había logrado rescatar ninguna información más allá del horizonte de entrada, semejante al horizonte de sucesos de los agujeros negros. Y no era porque no lo hubieran intentado. Además de enviar

sondas a orbitar en torno a la esfera, las habían dejado caer en su interior, pero, llevara a donde llevara aquello, no dejaba salir nada de él.

—Y allá voy yo —dijo Alejandra tras escuchar toda la información.

Pulsó el botón de «Desacoplar». La cápsula comenzó a cobrar vida a su alrededor. Luces parpadeantes y hologramas proyectados en el aire llenaron la cabina. Unos sonidos metálicos y un ligero vaivén indicaron que ya se encontraba separada de la estación espacial. Unos segundos después, el piloto automático giró la cápsula y encendió los motores.

—Llegará a su destino en nueve horas y veintitrés minutos —indicó el asistente.

Alejandra miró a su alrededor y trató de ponerse lo más cómoda que pudo en el asiento. Diez horas después, habría acabado todo. El destino de dos mundos estaba en sus manos. Y en realidad no sabía qué tenía que hacer cuando llegara allí. Nadie se lo había dicho. ¿La Promesa? ¿Qué era eso exactamente? ¿Cómo uniría ambos mundos? ¿Habría en el Puente alguna clase de artificio mágico? ¿O sería una máquina realizada por científicos? ¿O una mezcla de los dos? Si había sido hecho por los Kerik-Ama, que eran serpientes, ¿habrían pensado en que, fuera lo que fuera aquello, pudiera ser utilizado por humanos?

Se miró las manos; nunca había sido demasiado mañosa. De hecho, si le hubieran preguntado tan solo unos días atrás, habría afirmado que era una intelectual torpe, pero después de todo lo que había hecho últimamente, como aprender a montar a caballo, ahora no estaba segura de esa afirmación. Si, después de todo, era la Elegida, tuviera lo que tuviera que hacer en Ingida Gize, seguro que sabría hacerlo, zanjó. Dos mundos dependían de ella. No podía fallar. Y, entonces, recordó las palabras de Alejandra Futura, diciéndole que ella no lo había logrado y que tenía que ir para fracasar de nuevo y no cambiar su pasado. Porque eso había dicho, ¿verdad? Negó con la cabeza. Alejandra Futura no creería en líneas temporales paralelas, pero ella sí. No estaba dispuesta a repetir la historia. No estaba dispuesta a fracasar.

—Error de densidad volumétrica —indicó el asistente.

Alejandra regresó a la cápsula y dejó aparcados sus pensamientos.

—¿Y eso qué significa? —se preguntó en voz alta.

—Error producido —contestó el asistente virtual de la cápsula— por una incoherencia entre el volumen y la densidad detectados. Puede que haya introducido objetos que no se hayan escaneado de forma correcta. Regrese a la base y vuelva a iniciar el proceso.

—Ignorar error.

—No se puede ignorar este error.

—Bueno, pues no lo ignores. Silenciar alarma.

—Alarma silenciada. El *display* seguirá parpadeando.

—OK. —No tuvo más remedio que aceptar.

Alejandra se quedó mirando el interior de la cápsula. Con tanto pensar en su destino, había olvidado el lugar en el que se encontraba: un pequeño espacio metálico con forma de esfera en medio del vacío espacial. Tocó una de las paredes y cerró los ojos, imaginando el escaso grosor del panel metálico que la separaba de la nada.

—Error de consumo de oxígeno excesivo —volvió a hablar el asistente.

Alejandra se sobresaltó al oír esa nueva alarma.

—Vale, ¿ahora tengo que respirar más despacio?

—No entiendo la pregunta. Pruebe con otro enunciado.

—No te hablaba a ti. ¿Qué quiere decir ese error?

—Error producido debido a que el consumo de oxígeno es superior al esperado según las

formas orgánicas detectadas en el interior. Puede deberse a la presencia de formas orgánicas no declaradas. Regrese a la base y vuelva a iniciar el proceso.

—Perfecto. Tengo un polizón a bordo. Ignorar error.

—No se puede ignorar este error.

—Vale, ya lo sé. Silenciar alarma.

—Alarma silenciada. El *display* seguirá parpadeando.

—Salir del asistente.

—Gracias por usar el asistente incorporado. Esperamos que disfrute de la travesía.

Aunque sabía que era imposible que hubiera alguien más en la cápsula con ella, se levantó del asiento y miró debajo de él. Y, después, en la parte trasera. Tal como suponía, allí no había nada ni nadie. La cápsula debía de estar defectuosa.

Trató de relajarse y miró por la ventanilla. La Tierra y la Luna se veían una junta a la otra, como si de una bella estampa se tratara. Un gran silencio lo abarcaba todo. Quietud, inmensidad, soledad... Eran las palabras que le venían a la cabeza al observar el vasto espacio negro colmado de estrellas. Miró hacia la Tierra de nuevo y pensó en Sahymir también. ¿Se encontraban los dos mundos superpuestos? ¿Ocupaban los dos el mismo lugar en realidad? ¿La luna era la misma? Volvió a mirar nuestro planeta. ¡Qué pequeños éramos, en realidad! Desde allí, en el espacio, no había rastro alguno de nuestra civilización y nuestros logros como especie, ni de nuestras guerras y de nuestros problemas. Desde aquella cápsula espacial, el planeta Tierra se veía como una esfera azul brillante en completo silencio. Un silencio que volvió a romper otra alarma.

—Reserva de oxígeno mínimo: pónganse el traje de emergencia.

—¡Maldita sea! ¿Y dónde está el traje? ¿Cómo se pone? ¡Vaya viajecito!

—El traje se encuentra...

—¡Silenciar asistente! Ya lo encontraré yo sola... O eso espero.

Alejandra se incorporó y fue a la parte trasera de la cápsula. Allí había una especie de taquilla en miniatura donde se encontraba, milimétricamente doblado, una especie de traje de astronauta. El casco se encontraba en un compartimento inferior.

Cogió el traje y, para su sorpresa, comprobó que era muy fino. Parecía la tela sintética de una prenda deportiva. Estaba confeccionado de una sola pieza, por lo que empezó por meter las piernas, después los brazos y, por último, se ajustó la doble cremallera en diagonal que lo cruzaba desde la cintura hasta los hombros. Pero la capa de Ahivy le molestaba. Se desabrochó un poco la cremallera para poder quitarse la capa, pero entonces recordó las palabras de Alejandra Futura, cuando le dijo que en un momento dado se desprendería de ella. Pero, tras echar una ojeada a la cápsula y ver que en realidad no había ningún sitio donde guardarla y que ni siquiera sabía si regresaría a ella, decidió que ese no era el momento de abandonar la capa. La ajustó contra su cuerpo y, algo incómoda, terminó de enfundarse el traje.

Finalmente, cerró la escafandra y apretó el botón situado en el brazo. Notó que entraba aire por algún lugar del traje y comenzó a respirar con tranquilidad. Según el navegador, quedaban cinco horas y cincuenta y cinco minutos para su destino. Quiso creer que ya no podía pasarle ningún incidente más, así que se reclinó en el asiento, cerró los ojos y trató de relajarse. Necesitaba descansar y recobrar fuerzas para lo que le esperaba: nada menos que el final del viaje, todo por lo que había estado luchando. El final de todo y quizás del mundo que conocía... Los pensamientos cada vez eran más lentos y vagos, le costaba pensar... Al final, se quedó dormida.

Una nueva alarma la despertó:

—Zona restringida. No está autorizado a entrar.

Abrió los ojos sobresaltada y miró en todas las direcciones. Allí no había nada por ningún lado... Miró el mapa del navegador: había llegado a las coordenadas introducidas. ¡Se había echado una siesta de cinco horas!

—Zona restringida. No está autorizado a entrar —volvió a repetir el asistente.

Miró de nuevo por la ventanilla buscando el agujero de gusano y, esta vez, como sabía adónde tenía que mirar, lo vio: una esfera reflectante, como un espejo curvo, invisible a primera vista pero perceptible si se conocía su existencia. La cápsula con un fin comercial, turístico, tenía restringido acercarse a aquella singularidad. Pero ese era su destino, nunca mejor dicho. Allí se encontraba el camino hacia el Puente. Tenía que llegar como fuera.

—Anular piloto automático. Pasar a manual —dijo, emulando cientos de películas donde había escuchado aquella frase.

—Comando no autorizado. No se puede anular el piloto automático. La cápsula no está diseñada para ser pilotada de forma manual.

—Está bien. Voy a salir al exterior. Iré yo sola con el traje. Abrir escotilla.

—Comando no autorizado...

—¡Maldita sea! ¡Ya! ¡Cállate de una vez! —gritó Alejandra, a quien se le había acabado la paciencia—. ¡No quiero oírte más! —Y comenzó darle puñetazos a la consola de mandos, hasta que rompió las diferentes pantallas y *displays*.

Cuando la cápsula se hubo quedado en completo silencio y oscuridad, se dirigió a la escotilla de salida y presionó la palanca de apertura de emergencia. Una vez accionada, pudo abrir la puerta sin problema, pero un golpe seco la empujó contra el borde. El poco aire que albergaba la cápsula había sido expulsado al exterior de forma súbita.

Ahora, por el efecto del vacío, sentía el traje pegado por completo a su cuerpo, ceñido sin un milímetro de holgura, igual que si se hubiera metido en el agua con ropa. No sabía de qué material estaba hecho aquel traje, pero, aunque era tan fino como la seda, la aislaba por completo del espacio exterior de una forma casi increíble. Si no fuera porque se encontraba en nuestro mundo, hubiera dicho que era magia, pero ahora sabía que la magia solo existía en Sahymir, y por desgracia se estaba consumiendo.

Salió al exterior por la escotilla, agarrándose a las pa-redes. No se soltó de la cápsula para buscar el agujero de gusano. De nuevo, le costó un poco encontrarlo, pero, cuando lo hizo, conectó los pequeños propulsores de emergencia del traje y se orientó hacia su objetivo. Respiró con profundidad y cerró los ojos. Después, los abrió para no perder de vista la singularidad y apretó el botón de los propulsores a máxima potencia.

El movimiento fue seco y llegó acompañado de un leve sonido como hueco. Un sonido que, en el espacio vacío, le llegó a los oídos transmitido por las pequeñas vibraciones ejercidas en la tela del traje.

Alejandra permanecía con los ojos bien abiertos, sin apenas respirar para no moverse y no desviarse de su objetivo. A falta de referencias, si le hubieran preguntado, en realidad no habría sabido decir si se movía muy rápido o muy lento, o si aquel objeto cósmico estaba muy lejos o muy cerca, pero, fuera como fuera, aquello se hacía cada vez más grande, lo cual era buena señal: se estaba acercando a su destino.

Aguantó sin respirar ni moverse todo lo que pudo, pero, cuando ya vio que estaba lo suficientemente cerca como para poder hacerlo sin miedo a desviarse, hiperventiló y estiró los brazos como si quisiera tocar aquella extraña esfera.

Quedaban segundos para poder adentrarse en ella. ¿Cómo sería atravesarla? ¿Sería semejante a los portales que había estado cruzando? Por fuera, el objeto no se parecía en nada, así que

pensó que lo más probable era que tampoco se pareciera por dentro. Y al pensar en ello le entró miedo. ¿Y si no conducía a ningún sitio? Ninguna sonda había logrado salir ni enviar ninguna información a través de él. ¿Por qué ella sí iba a poder? ¿Y si era todo un error? ¿Una locura? Y si... No tuvo tiempo de hacerse más preguntas, ya que, sin previo aviso, sintió que su cuerpo se estiraba y era succionada por aquel objeto.

Tras un intervalo indeterminado donde el espacio-tiempo se deformó, se deconstruyó y se volvió a construir, pudo observar que se encontraba avanzando en un túnel de luz que giraba en espiral. Aquello no podía salir bien. Pensó en sus padres. ¡Cuántos los quería! ¡Y qué poco se lo demostraba! Si ahora moría, ¿descubrirían alguna vez todo lo que hizo su hija? Aunque no tenía ninguna certeza, esperaba que sí. Esperaba volverlos a ver un día, fuera donde fuera: vivos, muertos, en este mundo, en otro... Mientras pensaba todo eso, miró hacia delante y vio una luz blanca al final del túnel. Primero se asustó, pero, cuando estudió mejor la luz, se dio cuenta de que era una esfera luminosa de color blanco que desprendía pequeños haces de luz. Solo había dos posibilidades, entonces: o se estaba muriendo y eso era la luz al final de túnel, o, al pensar en sus padres, sin pretenderlo, acababa de abrir un portal dentro del agujero de gusano.

Sin ninguna opción de dirigir sus propios movimientos, llegó hasta la esfera y la atravesó.

CAPÍTULO 16:

EL GUARDIAN DEL PUENTE

Debió de desmayarse en algún momento. No podía recordar lo que había sucedido después de entrar en aquel portal. Ahora, sin embargo, se encontraba tumbada sobre una superficie dura y arenosa. Al tocar su traje, notó que ya no se le ajustaba tanto, lo que le sugirió que había aire en ese extraño lugar. Con precaución, abrió los ojos y se incorporó con lentitud. Descubrió que estaba en medio de un desierto de piedras y arena que se extendía en tonalidades azules, violetas y grises. El cielo, de un peculiar tono verdoso, se encontraba iluminado por una danza de incontables auroras boreales.

—¡Guau! —exclamó maravillada—. Así que esto debe de ser Ingida Gize... ¡Qué belleza!

Después de comprobar que los *displays* que se proyectaban en el cristal de su casco indicaban que la atmósfera de ese lugar era respirable, se despojó del traje de astronauta y comenzó a caminar sin rumbo fijo para explorar el entorno. Miraba a su alrededor, esperaba encontrar un puente o alguna otra construcción, pero no había nada a la vista. Entonces, recordó la brújula que le había regalado Ahivy. Se palpó los bolsillos. Seguía ahí. La cogió y abrió la tapa. Orientó los orificios para que entrara aquella tenue luz, pero, cuando fue a girar la aguja pequeña hacia el sol, se dio cuenta de que no había ninguno. El cielo estaba iluminado de forma uniforme, sin ningún astro mayor. Además, los dibujos que tenía grabados hacían referencia a Sahymir. Estaba claro que no iba a funcionar.

Algo decepcionada, guardó la brújula y continuó andando sin un destino aparente. Después de un tiempo, comenzó a sentir desesperación.

Se dejó caer de culo en la arena violeta y cogió un puñado con la mano. Al observarla, se dio cuenta de que, debajo de la superficie multicolor, la arena era común y corriente. Entonces una ráfaga de viento le hizo cubrirse los ojos. Era fuerte y duraba demasiado. Tuvo que cerrarlos mientras los granos de arena golpeaban su cuerpo y se le enredaban en el cabello.

Cuando el viento cesó y Alejandra pudo descubrirse los ojos, el paisaje había cambiado por completo. Nada quedaba de aquel desierto azul, violeta y gris. Ahora, toda la arena era de un color monótono, similar a la de cualquier otro desierto. Miró al cielo en busca de las auroras boreales, pero también habían desaparecido. Las había reemplazado un espeso manto de nubes grises que lo cubría todo.

—Hooola —susurró una vocecilla muy cerca de su oído—. ¿Por qué camiiinas?

A pesar de la dulzura del sonido, Alejandra se sobresaltó y miró a uno y otro lado para encontrar su origen.

—Aquí estooy —volvió a hablar la vocecilla desde donde apareció una especie de neblina—. ¿Quién eeeres?

—Soy Alejandra, ¿y tú? ¿Un fantasma? ¿Has hecho esto? —dijo en referencia al cambio de color del desierto.

—Nooo, no eeeres Alejaaandra. Así es como te llaaamas. Tu nooombre. ¿Quién eeeres? ¿Por qué camiiinas? ¿A dónde te diriiiges?

—Soy la Elegida, Yetemet Ewy —dijo y le mostró Ayrhiel a la nubecilla—. Voy al Puente, a realizar la Promesa.

La nubecilla se rio sin dejar de dar vueltas alrededor de ella. Era una risa que a Alejandra no le hizo ninguna gracia.

—¿Eeeso te haaan diiicho? ¿Que eeeres eeeso? Lleeevas uuuna caaarga sooobre tu espaaalda... —La nube se metió entre la capa y la hizo revolotear—. Peeero eeeso está bieeen.

Alejandra no dijo nada y continuó caminando y mirando a los lados, en busca del Puente.

—¿Por qué has cambiado todo de color? Antes estaba tan bonito...

—Soooy vieceento. Aaaire. ¿Impooorta acaaaso el coloor?

—Imagino que no. —Se encogió de hombros. Su preocupación era otra—. ¿Podrías decirme dónde está el puente?

—Nooo lo sé.

—¿Qué? —Se detuvo.

—El pueeente. Nooo sé dónde está.

Alejandra no se podía creer lo que acababa de oír. Permaneció quieta a la espera de que la nubecilla también lo hiciera.

—¿Esto no es Ingida Gize?

—Sí.

—¿Y no sabes dónde está el puente?

—Nooo.

La chica hizo una mueca de desesperación.

—Soy aaaire, vieeento —volvió a hablar la nubecilla mientras comenzaba a moverse de nuevo—. Me mueee-vo de aquí a allá. Sin dirección —Se detuvo y habló muy despacio—: Aaaunque lo supieeera, nooo podría llevaaar-te haaasta él.

—¿Por qué?

—Ahooora miiiismo soooy eel aaaire queee está aquí a tuuu alrededoor. Nooo el del pueeente. Con quieeen haaabras nuuunca viooo el pueeente.

—Está bien. Y Sanetub... ¿Lo conoces? Tenía que guardar el puente. Protegerlo...

—Peeero se fueee... —interrumpió la voz en tono lastimero. Alejandra lo interpretó con un punto de maldad o de burla.

—¿Y tú? —Alejandra cayó en la cuenta—. No me has dicho quién eres. ¿Cómo te llamas?

A la nube pareció divertirle la pregunta.

—Pensaaaba que no lo iiibas a deeecir nunca.

—¿El qué?

—Cómo meee llaaamo. Quién soooy.

—¿Y?

—Me haaan llamaado de muuuchas fooormas. Uluuula ha siiido el nombre que más me ha gustaaado. ¿Quién soooy? Aireee, vieeento... Aaantes naaada. Aaa-hora el guardián.

—¿Te estás riendo de mí? Me acabas de decir que no sabes dónde está el Puente. ¿Cómo habrías de protegerlo? —Alejandra dio un manotazo a la nube como para disiparla y comenzó a andar.

—Nooo... No haaagas eeesooo... No me río de tiii... Mírame... Sooolo soooy uuuna nubeciiiilla aaaquí ahooora. Peeero en eel pueeente pueeedo seeer un huraaacán.

—Me alegra oír eso —dijo en tono despectivo Alejandra.

—Deberías alegraarte. Uuun huracán pueeede proteeegeer el pueeente deee muuuchos peeeeligroos.

—¿Y qué peligros puede haber aquí? —preguntó curiosa mientras se ponía la mano sobre los ojos como visera para otear el horizonte.

—¿Quién saaabe? ¿Tú?

Al decir eso, sopló una ráfaga de viento y la nube se desvaneció.

—¡Genial! —gritó Alejandra desesperada por no haber sacado nada en claro de aquella conversación con lo que quiera que fuera aquella nube en realidad.

Después de tomar varias respiraciones profundas para calmarse, se quedó observando su entorno, con la mirada en todas las direcciones, a la espera de confirmar si la nube regresaba o se había disipado por completo. Al percatarse de que no regresaba, dirigió su mirada al horizonte

con la esperanza de descubrir algún indicio diferente en el paisaje, tal vez una construcción o una pista sobre la ubicación del Puente. Sin embargo, todo seguía inmutable. La desolación se extendía a su alrededor, sin ningún indicio de vida o civilización. Sin opciones, continuó su marcha.

No podría precisar cuánto tiempo llevaba avanzando cuando, en la lejanía, divisó un cambio en el paisaje. El árido desierto comenzó a dar paso a gigantescas rocas y, a medida que se aproximaba, pudo distinguir detalles de su superficie. Las rocas estaban talladas, decoradas con intrincadas fachadas de templos que incluían columnas, pilastras, capiteles y ventanas ciegas. Aquello constituía una ciudad esculpida en las rocas, una ciudad fantasma que emergía en el medio de la nada.

Decidió adentrarse en lo que parecía ser uno de los templos principales; con la esperanza de encontrar alguna pista sobre su destino. Sin embargo, lo que Alejandra no sabía era que se hallaba en el Palacio de los Tenebrum, un lugar donde los temores de quienes osaban entrar se manifestaban para atraparlos por toda la eternidad. No había tenido tiempo de dar un solo paso en su interior cuando algo la atacó por la espalda, se aferró a sus hombros y le mordió el cuello.

Alejandra dejó escapar un grito de terror y comenzó a forcejear para quitarse aquella cosa de encima. Cuando, por fin, consiguió deshacerse de su atacante pudo ver que se trataba de un skarnak, una de aquellas fieras que formaban el ejército que asediaba la ciudad de Ahykrum.

—¡No eres real! ¡No puedes estar aquí!

—¡Sí que puedo! ¡Aquí estoy! Soy real. Soy Vorkul. ¡Yo maté a Onahyram!

—¡No! ¡Vete! ¡Solo estás en mi cabeza!

La bestia se abalanzó sobre ella de nuevo y se agarró a los hombros como la vez anterior. Le mordió de nuevo en el cuello y la hizo caer de espaldas con el skarnak encima.

—¿Te parece que esto no es real? —le dijo Vorkul mientras trataba de morderla de nuevo.

—No... —contestó Alejandra, aunque solo fuera para hacer rabiar a aquella criatura, pues lo cierto era que el dolor que sentía era completamente real.

—¡No digas más que no soy real! —le gritó la bestia. Después, se pasó la mano por la sangre que Alejandra tenía en torno al cuello y se la mostró—. ¿Quieres probarla?

Alejandra rodó por el suelo para librarse de él, pero el animal no la soltaba. Entonces, dejó de dar vueltas para intentar levantarse, con la bestia todavía a sus espaldas, y dio una voltereta hacia delante. Lo hizo de forma instintiva, sin pensar, pero mientras giraba pensó en cuándo había sido la última vez que había hecho una voltereta. ¿Cuando era niña? Al terminar de darla, la espalda de la bestia chocó contra el suelo en un golpe seco y no pudo evitar emitir un gruñido y soltarse. Alejandra aprovechó para incorporarse y alejarse de él.

—¡Vete! —gritó mientras le mostraba el medallón Ayrhiel con el brazo extendido—. Tus ojos te engañarán, pero tú continúas. Me lo advirtió Atsutev, pero yo no sabía a qué se refería. Ahora lo entiendo. No eres Vorkul.

Al ver el medallón, la bestia irguió la cabeza y dio un paso atrás.

—Tus ojos te engañarán, sí... No soy Vorkul, pero que tus ojos no te muestren la realidad no quiere decir que no exista, ni que tu sangre no sea real.

Pero Alejandra había aprendido a hacer caso omiso de sus palabras. En cambio, al ver que la criatura temía al talismán, lo alzó más todavía en su dirección mientras gritaba:

—¡Vete! Vorkul, ya no te tengo miedo. ¡Desaparece!

Y, como si hubiera sido alcanzando por una fuerza invisible, el skarnak salió despedido contra un muro del templo, que se derrumbó con el impacto.

Alejandra se quedó un tiempo contemplando el muro fracturado y los escombros de piedra

que se dispersaban por el suelo. Entonces, entre las piedras surgió una sombra negra que se abalanzó sobre ella. Por fortuna, Alejandra estuvo más rápida y se protegió mostrando a Ayrhiel de nuevo. Al verlo, la sombra emitió un grito agudo, desgarrador. Aquella oscuridad quería envolver a Alejandra, pero el medallón se lo impedía. Presa de la desesperanza, la sombra gritaba y emitía un sonido que hacía daño en los oídos. Solo entonces Alejandra se dio cuenta de que aquella criatura era un tenebrum. Sanetub le había hablado de ellos en el futuro, antes de intentar estranglarla, pero ella lo había interrumpido. Sin embargo, lejos de tenerle miedo, sintió la determinación de vencerlo.

«Tus ojos te engañarán», le había dicho Atsutev, «pero tú no te detengas, continúa». Y eso mismo pensaba hacer Alejandra. Para ello, miró de nuevo hacia los escombros y la fractura del muro. Ese hueco era la única vía de escape, así que comenzó a avanzar muy despacio mientras se protegía del tenebrum con Ayrhiel.

A pesar de que la distancia era corta, tenía que ir con mucha cautela. De vez en cuando, la sombra intentaba girarse y atacar a Alejandra por la espalda, y ella tenía que reaccionar rápido, mostrándole siempre el medallón. Cada vez que sucedía eso, emitía aquel grito desgarrador que producía tanto dolor en los oídos de Alejandra.

Cuando por fin llegó a la grieta en el muro, se asomó con cautela y vio una especie de pasillo. Atravesó la abertura, siempre con el medallón en la mano en dirección al tenebrum. Una vez en el exterior, al ver que la sombra no podía salir, cayó al suelo, relajada al fin tras la tensión sufrida. En el interior del palacio oyó un grito aterrador que se perdía en la lejanía.

Tras recuperar las fuerzas, se incorporó y se tocó el cuello. La sangre había desaparecido, así como el dolor. Después de todo, sí que era una ilusión. Comenzó a caminar. El cañón, poco a poco, se fue estrechando hasta que se convirtió en un estrecho sendero. Alejandra avanzó por él hasta que se estrechó tanto que tuvo que ponerse de lado y arrastrar la espalda y el pecho por las paredes de roca.

El estrecho sendero desembocó en un desfiladero. Por muy poco, no se despeñó por él. El pulso se le aceleró ante la inminente caída que había estado a punto de sufrir. Miró hacia abajo y comprobó que el abismo se sumergía en la oscuridad infinita y parecía no tener fin. Supo que debía de estar cerca del lugar que buscaba. Entonces, distinguió un sendero que seguía la pared del desfiladero y comenzó a avanzar con sumo cuidado. Enseguida lo vio: como unión entre ambos lados del abismo, se erguía majestuoso un puente de tres ojos, de inmensas dimensiones, sujetado por dos imponentes pilares de piedra que se perdían en la profundidad del abismo.

Nada que Alejandra hubiera visto antes era comparable a esa magnífica obra de ingeniería. Los dos pilares, contruidos con el mismo material que el árido desierto circundante, se alzaban por encima de la neblina que se cernía en el fondo del desfiladero, como gigantes míticos que extendían sus brazos para dar forma y sostener el puente.

Justo en el centro, sobre el arco de medio punto, en la parte más elevada de la construcción, había una gran escultura de cuatro serpientes entrelazadas que formaban un templete. Los Kerik-Ama. Alejandra recordó que ya había visto algo así en el templo de Ahykrum.

No se lo podía creer. Por fin había llegado. El viaje había llegado a su fin. Todo lo que había hecho hasta ese momento era para llegar a ese lugar. ¡Lo había logrado! Corrió emocionada hacia el puente. Cuando llegó, caminó sobre las grandes losas de piedra que formaban la calzada que llevaba hasta el templete. Entonces, vio que debajo de él había una fuente de la que sobresalía una roca. La roca tenía la marca de una mano, como si alguien la hubiera modelado en barro. En ese momento, supo que ese era el lugar donde tenía que realizar la Promesa.

Un resplandor y una especie de rugido surgieron más allá del abismo, en algún lugar sobre el

viaducto y el desfiladero. A Alejandra no le dio tiempo a reaccionar. Cuando se dio cuenta, una cabeza gigante de serpiente verde, se elevó sobre la balaustrada que delimitaba los bordes del puente. Era tan grande como Atsutev, pero su aspecto era maligno.

—¿Qué? ¿Quién eres?

—¡Por fin nos conocemos! ¡Soy Sehorev! —rugió la serpiente. Los bloques de piedra que formaban el pavimento temblaron.

—Sehorev... —Alejandra trataba de entender—. ¡El Yrakhy de Sahymir! Pero estabas en el castillo de Neaskor... ¿Qué... qué haces aquí?

La serpiente comenzó a enroscarse alrededor del arco principal del puente sin mover la cabeza de sitio.

—¿Crees que eres la única que viaja entre mundos? Nosotros, los hijos de Atsutev, también podemos hacerlo.

—Lo sé... —afirmó en voz baja mientras recordaba el encuentro con Sanetub en el futuro, en aquel rascacielos de cristal negro.

—Puedo leer tu mente, ¿lo sabías? Mis dos hermanos murieron entonces... Y nuestra madre, la Última de los Kerik-Ama, también lo hizo, así que ahora solo quedo yo para gobernar todos los mundos. El tuyo, el mío... y este desierto.

—¡No! ¡Eso no va a suceder! —le gritó Alejandra sin saber en realidad cómo iba a evitarlo.

La serpiente se acercó con lentitud, mientras ladeaba la cabeza a uno y otro lado como si tratara de buscar el mejor ángulo de visión. Alejandra se quedó paralizada sin saber qué hacer.

—A no ser... —continuó hablando la serpiente—. ¡Que gobernemos juntos!

A Alejandra le dio un vuelco el corazón cuando oyó tal propuesta.

—¿Estás loco? ¿Gobernar contigo? ¡Es lo último que haría!

Al oír aquello, la serpiente comenzó a enroscar su cuerpo sobre las columnas del templete. Se acercaba con lentitud hacia Alejandra, que retrocedió hacia atrás hasta que chocó con la barandilla opuesta.

—No lo entiendes, ¿verdad? No estoy aquí para comerte. Solo quiero evitar que hagas la Promesa. Que no destruyas los mundos, que me dejes gobernar en ellos...

—¡Pero eso no va a suceder! Me ha costado mucho llegar hasta aquí y muchos han muerto por ayudarme, por tu culpa. Ahora no voy a rendirme ni a aceptar ningún trato.

Al oír aquello, la serpiente se irguió y la miró fijamente. Sus ojos ardían de cólera. Emitió un gran rugido, que de nuevo hizo temblar toda la estructura.

—¿Te das cuenta de lo que dices? Te ofrezco gobernar los tres mundos junto a mí y lo rechazas. Nunca dejaré que realices la Promesa. No tienes otra elección.

—¡Sí que la tengo! Llevo a Ayrhiel. Fue hecho por los Kerik-Ama. Tus padres. Le debes lealtad y respeto.

—¿Respeto, dices?

Sehorev abrió la boca y enseñó los grandes colmillos. Emitió un sonido con su lengua bífida. Alejandra se preparó para morir. Así que ese era el final: ser devorada por una serpiente gigante.

—¡No! —gritó Alejandra. Trataba de protegerse detrás del amuleto, que sostenía con una mano estirada en dirección a la serpiente—. No me harás daño.

La serpiente avanzó decidida, dispuesta a comerse de un bocado a Alejandra, que se agachó y cerró los ojos. Entonces, oyó un trueno y, aún con los ojos cerrados, notó un gran resplandor. Después, llegó el silencio. Sorprendida y extrañada, abrió los ojos con miedo y vio que Sehorev se había detenido justo en la superficie del amuleto. Con sus labios de escamas, tocaba el metal de Ayrhiel. Permanecieron así un tiempo. Después, retrocedió con mucha lentitud.

—Tienes razón —habló—. No puedo hacerte daño. El amuleto te protege. Pero sí puedo destruir el puente. No hay nadie que lo proteja. Esa era la misión de mi hermano y murió por tu culpa. Con el puente destruido, no podrás realizar la Promesa.

Sin mediar palabra, dio un gran golpe con la cola que hizo temblar toda la construcción y provocó que Alejandra, que había comenzado a levantarse, cayera al suelo. Volvió a dar otro golpe, más fuerte todavía.

—¡No! ¡Detente! —le dijo la chica mientras se incorporaba.

La serpiente se detuvo y la miró fijamente.

—¿Has considerado mi oferta?

—Jamás gobernaré contigo, pero no puedes destruir el puente. ¿Qué pasará con ambos mundos?

—¿Qué pasará, dices? ¿No lo sabes? ¡No sabes nada! Pasará que se quedarán separados para siempre. El Puente es lo que los une. Magia y ciencia se quedarán separadas para siempre después de que mueras. Solo yo podré viajar entre los mundos.

Tras decir esas palabras, dio un golpe con la cola que, de nuevo, hizo caer a Alejandra, a la vez que unos cascotes se desprendían hacia el vacío sin final del abismo.

—No... Tiene que haber alguna solución. Tiene que haber algo que pueda hacer.

—Aaagárraaate —dijo una voz conocida.

Al oír aquella voz, Alejandra se incorporó y se asió con todas sus fuerzas a la barandilla del puente. Entonces, un fuerte viento huracanado comenzó a soplar. Sehorev miró a uno y otro lado mientras trataba de sujetarse con la cola a algún sitio.

—¿Qué sucede? ¿Qué es esto?

—Soooy eel Guuuuaardián deeeel Pueeenteee.

Después, aquella voz se transformó en una tempestad de arena y piedras. Alejandra se agarró con todas sus fuerzas y cerró los ojos. La capa vibraba con tal intensidad que le hacían daño los bordes al chocar contra sus brazos.

En esa posición, solo pudo oír como Sehorev, la serpiente gigante, el Yrakhy de Sahymir, el hermano de Sanetub y Sehorev, el hijo de Atsutev, gritaba mientras se precipitaba al abismo infinito sobre el que se elevaba el puente. Después, se hizo el silencio absoluto. El viento se había marchado.

CAPÍTULO 17:

LA PROMESA

Alejandra se incorporó y se sacudió la arena de la ropa.
—¿Hola? ¿Ulula? ¿Estás ahí? —preguntó, aunque sabía que el viento no iba a responder—. Gracias por salvarme.

Observó su alrededor con minuciosidad. Tanto los grandes bloques de piedra como los adoquines del puente se habían agrietado. En una zona, incluso había una fisura que atravesaba la superficie del pavimento y dejaba ver el abismo infinito debajo de él. Un segmento de balaustrada también se había roto, pero, a pesar de los daños, el puente parecía permanecer firme. No obstante, había quedado cubierto por una fina capa de arena del desierto, que le otorgaba una apariencia de abandono y antigüedad coherente con su verdadera historia, pensó Alejandra.

Después de esas pequeñas reflexiones, se dirigió hacia la piedra que tenía grabada la huella de una mano. Miró a su alrededor una vez más. Quería asegurarse de que esta vez no hubiera ningún tipo de sorpresa. Convencida de que se encontraba sola y sin riesgo alguno, colocó decidida su palma sobre la piedra. Esperaba que las formas coincidieran a la perfección, pero algo no cuadraba del todo. Nada sucedió. Ni la piedra ni el puente respondieron a su acción.

Permaneció con la mano apoyada en la roca durante un rato, tratando de ajustarla de alguna manera, por si acaso tardaba en reaccionar, pero fue en vano. A pesar de sus esfuerzos, no ocurrió nada.

No podía ser. Había pasado de la euforia a la desesperación en un abrir y cerrar de ojos. Tanto tiempo, tantos viajes, tantas historias y, lo que era aún más doloroso, tantas pérdidas de amigos parecían haber sido en vano. Resultaba que el Puente no respondía a su mano. Era incomprensible. Decidió intentarlo de nuevo. Retiró su mano y la volvió a posar sobre la piedra, pero resultaba imposible. La marca de la roca no se ajustaba con exactitud a su mano. Era por eso que el Puente no respondía a su contacto.

Se negaba a creerlo. Y, sin embargo, sabía que era cierto: aquella mano grabada en la roca no era la suya. Buscó alguna explicación o indicio que pudiera ayudarla en su entorno. Quizás había algo más que debía hacer primero. Tomó a Ayrhiel en las manos y comenzó a acariciarlo, con la esperanza de que el medallón pudiera guiarla, pero ahora solo era un objeto inerte, colgado sin vida alrededor de su cuello.

—¿Hay alguien ahí? —gritó desesperada—. ¿Alguien me puede ayudar? ¿Ulula?

Pero solo respondió el silencio. El viento se había ido.

—¡Ulula! ¡Aparece de nuevo! ¡Necesito tu ayuda! —gritó al aire sin obtener respuesta.

Desesperada por no encontrar solución, comenzó a repetir el proceso de poner y quitar la mano, una y otra vez, con movimientos bruscos y rabiosos. Lágrimas de frustración comenzaron a brotar de sus ojos mientras lanzaba maldiciones al aire.

Había atravesado incontables portales, había viajado al futuro, había visto Ahykrum en llamas, había sido testigo de la muerte de todos sus amigos... Algo no estaba sucediendo como debería. Se sentía abrumada, incapaz de respirar bien, mientras un ataque de ansiedad se apoderaba de ella. Las náuseas amenazaban con hacerla vomitar en cualquier momento y, sin poder evitarlo, se dejó caer de rodillas. En lo más profundo de su ser, empezaba a comprender la verdad. Solo había una explicación.

Ahora recordaba las últimas palabras de Atsutev. Le había dicho que nunca creyó que ella fuera la Elegida, que había otra chica: Uknava Ekvara, había pronunciado. Onahyram también se lo había dicho, que creía que era otra persona... Incluso Samas, el temporivivus, en ningún momento le había confirmado que fuera ella la Elegida.

Ahora, allí, en medio de aquel solitario mundo desértico, se dio cuenta: ella, Alejandra, no era la Elegida. Nunca lo había sido. Y nunca lo sería.

Se incorporó y dio unos pasos atrás. Estaba agobiada, tenía calor. Un sudor frío le cubría la frente. Sentía un gran peso sobre sus hombros y su espalda. La capa de Ahivy le molestaba. Sin pensarlo, se la desabrochó y se la quitó. La tiró al suelo con rabia.

—Si al menos estuviera aquí Ahivy...

Se quedó mirando el trozo de tela. Acababa de desprenderse de él sin pensarlo. Sin darse cuenta, tal como le había anunciado Alejandra Futura. No apartó la mirada de ella, como esperando que sucediera algo. Y sucedió. Se movió un poco, como si una pequeña brisa la hubiera empujado.

—¿Ulula? ¿Eres tú?

La capa volvió a moverse y le habría parecido de lo más normal si hubiera hecho algo de viento, pero no lo había. Alejandra se agachó para coger la capa, pero la prenda se movió y evitó que pudiera hacerlo.

—Ulula, ¿no eres tú? No tiene gracia.

Pero nadie respondió. En su lugar, la capa se elevó al cielo y empezó a ascender con lentitud. Alejandra se asustó y dio un paso atrás. La capa continuó moviéndose, se puso en posición vertical y se infló de aire. Como por arte de magia, nunca mejor dicho, su interior se volvió blanco y opaco. Y aquel color, porque solo era eso, no una luz, comenzó a tomar forma humana. Se definieron en él brazos y piernas, cabeza, cabellos... Cuando la metamorfosis hubo terminado, apareció Ahivy.

—¿Ahivy! ¿Eres tú de verdad? ¡Estás viva! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo lo has hecho? —Se le amontonaban las preguntas—. ¡Creía que habías muerto! Te esfumaste en Ahykrum. ¿Cómo has llegado aquí?

—¿Alejandra! Estuve siempre a tu lado, en esta capa que llevabas. Me hice invisible. Me esfumé, me metí en ella. ¿Recuerdas mis poderes?

—¡Sí! Es cierto. Me dijiste que tu especie podía desaparecer y meterse en objetos, pero no imaginé que fuera así. ¿Y dices que estuviste en la capa? ¡Menos mal que no la abandoné en la cápsula espacial! —Rio—. ¡Estuve a punto de hacerlo!

Alejandra dio un paso atrás para observarla con un poco de distancia. Vestía el uniforme militar blanco con las cuatro serpientes entrelazadas, pero en él no había rastros de sangre.

—¡Estás curada! ¿Cómo puede ser?

—¿No te lo dije? Estoy curada porque, cuando nos esfumamos y volvemos a materializarnos, nuestros cuerpos se regeneran de nuevo. En cierta forma, es como si volviéramos a nacer.

—¡Es increíble! —Alejandra le cogió los brazos a su amiga y los miró—. ¿Y has estado todo el tiempo conmigo de verdad?

—¡Sí! ¡Y lo he visto todo! ¡He visto tu mundo! ¡Es fantástico! ¡Nunca me hubiera imaginado algo así! ¡Todas las máquinas que tenéis! ¡Los artilugios para viajar por el cielo! ¡La cápsula en la que hemos llegado hasta aquí!

—La cápsula... —dijo Alejandra—, ¡ahora lo entiendo! El error de volumen, la falta de oxígeno: eras tú. ¡Casi nos matamos por tu culpa!

La elfa se rio. ¡Cuánto tiempo sin escuchar aquel alegre sonido...!

—Lo sé, lo siento —se puso seria—, pero no podías saber que me traías contigo hasta este lugar.

—¿Por qué? ¿Por qué no podía saberlo?

—Hay una cosa que no sabes, que no te he contado. El día que visitamos a Atsutev, al ver que no regresabas, subí a la cueva. Tú ya te habías marchado por el portal que se abrió. Aunque Onahyram me lo había prohibido, hablé con la serpiente. Me dijo que yo era Uknava Ekvara, la

Creadora de Mundos...

—Uknava Ekvara... —interrumpió Alejandra—. La otra chica. Atsutev quiso advertirme antes de morir. Así que eras tú...

—Así es. ¿Recuerdas la historia que te conté cuando nos conocimos? Sin que yo se lo dijera, supo que nací un día de tormenta y la hechicera recibió un mensaje de alguien del más allá. Atsutev me contó que toda creación contiene destrucción y toda destrucción contiene creación. Uknava Ekvara es la Destructora de Mundos para los Alvha, pero también es la Creadora para los elfos. Me dijo que tú eras la elegida para traerme hasta aquí. La que Viaja entre Mundos. Yo no sé abrir portales, Alejandra. Nunca hubiera podido llegar hasta aquí. En mi mundo no tenemos esas naves espaciales. Tú eras la única que podía traerme a Ingida Gize. Esa era tu misión, pero yo era la Elegida para realizar la Promesa, no tú.

—¿Qué? —Alejandra no se podía creer lo que acababa de escuchar. Una cosa era asumir en soledad que ella no era la Elegida, al comprobar una y otra vez que su mano no surtía efecto en la roca, y otra muy distinta que su mejor amiga en aquel mágico lugar fuera la Elegida—. ¿No soy Yetemet Ewy? Pero todo este tiempo he creído serlo... Todo el mundo me lo decía... —Se quedó muda. Al decir esas palabras se dio cuenta de que, en realidad, todos, absolutamente todos, excepto Nathan, se habían sorprendido y habían dudado de que ella fuera la Elegida. Onahyram, la serpiente Atsutev, Samas el temporivivus, el rey enano en su palacio, el mago en la torre, incluso el hombre del carro al que le cogió un caballo... Todos habían dudado de ella. Solo le decían que lo era cuando ella insistía y les mostraba el amuleto, porque era lo que quería o necesitaba oír para seguir adelante, porque, si no, nunca habría llevado a Ahivy hasta allí—. No lo entiendo...

Cayó de rodillas y comenzó a llorar.

—Lo siento, Alejandra... —Le puso una mano en el hombro—. Atsutev me dijo que no podía contártelo. Por eso no lo hice cuando nos encontraste en el bosque de Huyllle o cuando volvimos a vernos en la ciudad de Ahykrum. Perdóname.

Retiró la mano que tenía sobre su hombro y se dirigió a la piedra donde debía hacerse la Promesa. Entonces, con la respiración contenida, Ahivy posó la mano con lentitud en el lugar donde antes lo había hecho Alejandra y, a diferencia de lo que le había ocurrido a ella, su mano encajó a la perfección. Soltó el aire aliviada, pero, de nuevo, no sucedió nada.

—No... —balbuceó la elfa—, conmigo tampoco funciona.

Al oírlo, Alejandra se incorporó y la miró. Su cara de decepción lo decía todo. Al darse cuenta de que se había incorporado, la elfa se giró hacia su amiga.

—¿Qué hacemos? —dijo con un hilo de voz—. ¿Yo tampoco lo soy? Si no somos ninguna de las dos..., entonces... ¡El medallón! —exclamó de pronto Ahivy.

—¡Eso es! Lo llevo puesto yo. —Alejandra se dio cuenta de inmediato—. Debes llevarlo tú. Tú eres Yetemet Ewy. Por eso no ha funcionado.

Alejandra se lo desabrochó y la elfa se giró y se retiró el pelo de la nuca para que su amiga pudiera abrochárselo. Dejó a la vista el cordón marrón del colgante que le había regalado hacía tanto tiempo. Al verlo, Alejandra fue a desabrochárselo, pero, al notarlo, Ahivy la detuvo.

—No. Por favor, no me lo quites —habló.

Alejandra obedeció y, en su lugar, le pasó el medallón por delante y se situó tras ella para abrocharle el colgante. Entonces se dio cuenta de que no había estado tan cerca de Ahivy desde aquel primer día en que habían acampado en torno a un fuego bajo las estrellas. ¡Qué lejano parecía aquello! ¡Cuántas cosas habían pasado! Y cuántos habían muerto... Pero con ella tan cerca..., no le importaba nada. Podía oler su piel y, entonces, recordó aquel beso que ella no

supo devolver.

Cuando terminó de ponerle el collar, se giró, la miró y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias por todo, Ahivy. Nunca he tenido ni tendré una amiga como tú.

La elfa se quedó sin saber qué decir. Solo la miró con aquella sonrisa mágica.

—Mira —añadió Alejandra tras un prolongado silencio—, todavía tengo tu brújula. —Entonces sonrió ella también.

—Y yo el cordón. —Cogió la piedra de jade sobre su pecho y se la mostró.

Ambas se quedaron un instante más mirándose. Cuando habían iniciado el viaje hacia las Montañas de Fuego, hacía tanto tiempo, eran dos completas desconocidas. Ahora, en cambio, sentían una conexión que no podían explicar.

Sin apartar la mirada, Ahivy posó de nuevo la mano con lentitud sobre la superficie de piedra, pero el Puente tampoco hizo nada.

—¡La promesa! ¡Claro! —exclamó la elfa—. Tengo que hacer una promesa. ¡Qué tonta! No basta con poner la mano. Tengo que realizar la Promesa.

—¿Pero qué promesa? —Ahora era Alejandra quien no comprendía.

—Cuando hicieron la División, prometieron que un día se volverían a unir magia y ciencia. Y aquí estamos para cumplirla. Ahora yo tengo que hacer una nueva promesa.

—¿Tú? —Alejandra no acababa de entenderlo—. ¿Pero qué vas a prometer tú?

Ahivy miró a los ojos a Alejandra sin quitar la mano del Puente. Desde que había hablado con la Última de los Kerik-Ama y sabía que era la Elegida para hacer la Promesa, había tenido mucho tiempo para pensar en ello. Al principio no lo había tenido claro, pero, conforme fueron pasando los días y los acontecimientos se fueron sucediendo, lo tuvo claro. Y ahora, a punto de realizarla, no tenía ninguna duda.

—Prometo que nunca se olvidará la historia de Alejandra, el Puente y la Promesa. Que nunca se olvidará esta historia de amistad, valentía y bondad. Y quien escuche esta historia a través de los siglos comprenderá el poder del amor y la esperanza.

Antes de que la elfa terminara de hablar, el puente emitió haces de luz y rayos hacia el horizonte. Alejandra observó la imagen. Era igual que la que había visto en el muro del templo: una chica de piel blanca sobre el puente... Pero no era ella, sino Ahivy, un elfa blanca. La pintura no se refería a ella, ahora lo sabía.

—¡Vete, Alejandra!

—¿A dónde? ¿No lo sabes? Si unes ambos mundos, se destruirán. Moriré.

—¡No! Hay otra opción. No va a morir nadie.

—¿Qué dices? No entiendo nada.

—Regresa a tu mundo. No temas. Cuando todo se haya realizado, lo entenderás.

Cada vez eran más intensos las luces y rayos. El desfiladero comenzó a derrumbarse y lanzó al abismo toda la arena del desierto. El puente se quedó flotando en el vacío. Alejandra, que se había girado para comenzar a andar, se volvió hacia su amiga. Pero Ahivy tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. La luz salía y entraba de ella.

—¡Ahivy! —la llamó y su amiga abrió los ojos.

Entonces, un nuevo rayo alcanzó una parte del puente que comenzó a derrumbarse también. Alejandra se tambaleó hasta llegar al borde, donde pudo agarrarse al pasamanos.

—¡Te quiero, Alejandra! —logró responder la elfa mientras la buscaba con la mirada—. Nunca te voy a olvidar.

—Te quiero... —respondió ella. Se soltó y se puso de pie, en un intento de avanzar hacia su amiga.

Un nuevo rayo alcanzó la parte del puente que quedaba intacta y la hizo desaparecer por completo. Alejandra se preparó para la caída, pero, para su sorpresa —si es que a esas alturas podía sorprenderse de algo—, ambas se quedaron flotando en el aire.

—Tienes que irte ya —volvió a hablar Ahivy.

—No puedo... —Alejandra comenzó a llorar. Cuando su amiga se había esfumado en la ciudad de Ahykrum, creía que no volvería a verla, y ahora que la tenía delante, no quería separarse de ella. Un resplandor distinto a todos los rayos que emitía Ahivy llamó su atención. Enseguida lo sintió. Sabía lo que era. Acababa de abrir un portal justo detrás de ella. Se giró para verlo y miró de nuevo a su amiga—. No voy a entrar en él. Me voy a quedar aquí contigo...

—Tienes que hacerlo, Alejandra —le indicó su amiga, que flotaba en el aire con los brazos extendidos emitiendo rayos sin control.

La tierra más allá del desfiladero comenzó a derrumbarse también. En torno a ellas se arremolinaban grandes piedras que habían formado el desierto y aquellos palacios excavados en la roca; chocaban unas contra otras. El Palacio de los Tenebrum también cayó al abismo y liberó una nube de formas negras que se perdieron en las profundidades de las que habían salido. Un rayo hizo explotar una roca de gran tamaño que se dirigía hacia donde estaban ellas dos. A Alejandra la pilló por sorpresa. La onda expansiva la empujó hacia el interior del portal.

—¡No! Ahivy...

A cámara lenta y en contra de su voluntad, vio como todo se llenaba de luz blanca y azul eléctrico, a la vez que entraba de espaldas en el portal. No pudo evitar ver como el círculo que le permitía divisar a Ahivy con los brazos extendidos, suspendida en el aire, se iba haciendo cada vez más pequeño, hasta que desapareció y solo vio blanco por todas partes.

Ahivy vio desaparecer a Alejandra y con ella se esfumó todo lo demás. Se quedó flotando en medio de la nada, pero no era una nada negra, oscura, como el vacío del espacio. Aquello era todo lo contrario: era blanco, era luz. Con los brazos aún extendidos, notó como la energía de ambos mundos se canalizaba a través de ella: magia y ciencia entraban y salían por cada una de sus manos. Y entonces lo entendió: cualquier pensamiento que tuviera, cualquier cosa que deseara, se haría realidad en el mundo que quisiera, a imagen y semejanza de como ella lo pensara. Era Yetemet Ewy, la Elegida para unir magia y ciencia. Cerró los ojos y pidió un deseo.

CAPÍTULO 18:

AVEHUN

Alejandra se encontraba aturdida. De nuevo, debía de haber perdido el conocimiento. Le dolía la cabeza y, cuando abrió los ojos, la luz la cegó. Una mancha borrosa y desenfocada de color blanco se extendía allá hacia donde mirase. A pesar de sus esfuerzos por enfocar la vista, solo veía blanco. Con los sentidos entumecidos, todavía tardó unos segundos más en darse cuenta de que aquello que la rodeaba era nieve. Sí. Hacía frío y también viento. Ahora podía sentirlo. Tenía mucho frío. ¿Dónde se encontraba?

Se palpó el cuerpo en busca de la capa, para abrigarse, pero, al ver que no estaba sobre la superficie helada de la nieve, recordó lo que había sucedido con la prenda. ¡La tenía Ahivy! De pronto, una sucesión de imágenes se agolpó en su cabeza: el puente, la serpiente gigante, los intentos fallidos de que aquella piedra reconociera su mano, la capa en el suelo moviéndose sola, la aparición de Ahivy, la promesa, ellas dos flotando en el aire entre rayos... Le parecía como si todo aquello hubiera sido un sueño, pero sabía que era real. Tan real como que ahora se estaba congelando de frío.

Entonces se dio cuenta de que se encontraba tumbada en la nieve. Se sentó y flexionó las piernas. Cruzó los brazos sobre su cuerpo para tratar de entrar en calor y se los frotó, pero fue inútil. El frío le llegaba hasta los huesos. Trató de ajustar su chaqueta, pero al ver que no surtía efecto, se puso de rodillas y trató de protegerse del viento echándose hacia delante acunándose sobre ellas. Tampoco funcionó.

Levantó la vista para tratar de adivinar dónde se encontraba, pero había una ventisca y solo se veía blanco y más blanco. Cerró los ojos y agachó la cabeza. El cuerpo le temblaba sin que ella pudiera controlar aquellos micromovimientos. Después de haber sobrevivido a tantas cosas, ahora resultaba que iba a morir congelada. Intentó reírse de las ironías de vida, pero, debido a los movimientos involuntarios de sus articulaciones, fue incapaz de hacerlo. En su lugar, el único sonido que produjo fue el que hicieron sus dientes al tiritar.

—Así es como voy a morir... —balbuceó. Y entonces recordó aquella conversación con Atsutev sobre la muerte y se dio cuenta de que no tenía miedo; de que, justo en el momento de la muerte, esta llega con calma y aceptación. Ahora entendía las palabras de la Última de los Kerik-Ama. Regresaba al lugar donde se encontraba antes de nacer, donde fuera que estuviera. Cerró los ojos y aceptó que ese era su final, que ahí acababa todo. Al menos, había cumplido su misión. Ahivy había realizado la Promesa. Podía morir en paz.

Los párpados tamizaban la intensa luz blanca del paisaje nevado; no obstante, notó una sombra que se movía delante de ella. Abrió los ojos sobresaltada. ¿Se había muerto ya? ¿Estaba viva?

—¿Quién sois? ¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —habló una elfa blanca, mayor, corpulenta y de gran altura, vestida con una túnica de tela espesa de muchos colores.

Alejandra se quedó mirándola sin responder. Trataba de entender lo que estaba sucediendo. La elfa la observaba desde arriba y esperaba una contestación. El frío le impedía pensar con claridad, pero, a pesar de ello, se dio cuenta de que debía decir algo. Responder. Hablar. Si no estaba muerta —y no lo parecía—, ¿dónde se encontraba? Entonces se dio cuenta.

—¡Eres un Alvha! Estoy en la península de Karn, al norte del mundo, donde solo hay nieve... Ahivy me habló de vosotros.

—¿Ahivy? —La elfa pareció sorprendida, pero, como no son proclives a expresar sus emociones, todo lo que hizo fue inclinar la cabeza a uno y otro lado. Después, habló muy despacio—. ¿Te refieres a la hija de Yvabar? ¿La que nacerá esta noche?

Alejandra tardó unos segundos en procesar la información. El frío se iba apoderando de ella y le costaba pensar. Entonces, recordó la historia que le había contado su amiga sobre su

nacimiento.

—Sí... Tengo un mensaje que dar —logró hablar—. Ahivy debe de viajar al sur. Es importante que lo haga. —Hizo una pausa porque apenas podía articular palabra. Después, volvió a remarcar el mensaje—. He venido desde otro mundo para darte este mensaje: Ahivy debe viajar al sur. La profecía de Uknava Ekvara debe cumplirse.

Después, Alejandra se desplomó y una ráfaga de viento y nieve la cubrió por completo. La hechicera Alvha se quedó mirando el espacio vacío donde antes había estado la chica humana.

—Extraña aparición —dijo—. Mmm... Y extraña desaparición.

Dio media vuelta y comenzó a caminar con paso firme entre la nieve.

—La profecía de Uknava Ekvara... —repitió la hechicera—. Mmm...

Aquello no era un buen augurio. Hacía siglos que no se veían humanos por esas tierras y había dicho que venía de otro mundo. Y eso había sucedido precisamente el día del nacimiento de la heredera. Tenía que comunicárselo a sus padres.

Cuando Alejandra volvió a abrir los ojos, todo seguía siendo blanco, pero, a diferencia de la vez anterior, solo había frío y silencio. No quedaba rastro del viento. Se encontraba enterrada bajo un metro de nieve. No se explicaba cómo no había muerto. Por suerte, la nieve estaba blanda. Hizo un hueco pequeño con las manos y, poco a poco, fue agrandándolo hasta que pudo moverse y escar-

bar hacia la superficie. Cuando por fin logró respirar aire puro, vio que la ventisca había pasado y un cielo azul y limpio brillaba sobre la superficie blanca de la nieve. Entonces, la vio: una serpiente blanca, grande pero no gigante, se encontraba justo a su lado. Se quedó paralizada.

—Pequeña cachorra, ¿qué haces aquí? —preguntó con una voz que le resultó familiar.

—¿Atsutev? ¿Eres tú?

—Nooo. Ella desapareció. ¿No lo viste? Nooo, no soy Atsutev. Soy Avehun. ¿Acaso no te lo dijo? ¿No? Ella tenía que desaparecer para dar lugar a un nuevo mundo y a mí. También a mí, sí.

—Pero estoy en el pasado... ¿O he regresado al presente? Acabo de alertar a la hechicera Alvha sobre el futuro de Ahivy...

—Lo hiciste. Sí... Muy bien. Pero ¿pasado, dices? No... Solo existe el presente, tu presente. El presente... Aquí, allá... Antes, después... Los Kerik podemos movernos en el espacio y en el tiempo. Adelante, atrás... Como tú. Pero vayas donde vayas, o vayas *cuando* vayas, siempre estarás en tu presente. Nunca podrás regresar a tu pasado.

—Si es así, ¿por qué Atsutev vivía encerrada en aquella cueva? ¿Por qué permanecía allí si podía ir a cualquier lado?

—Atsutev... Ella estaba cansada del mundo, de vivir. Lo había visto todo ya. Todo, sí... Muchos años tenía... Demasiados. Pero yo... soy nueva. Soy la primera de los Kerik-Awa. Mírame. ¡Acabo de nacer! —La serpiente se levantó en el aire y comenzó a moverse en zigzag. Su cuerpo formaba curvas. A diferencia de Atsutev, aquella serpiente blanca tenía las escamas lisas y brillantes, como si acabara de cambiar de piel o, tal como decía, de nacer.

—¿Kerik-Awa? ¿No eres un Kerik-Ama?

—No, pequeña cachorra. No soy un Kerik-Ama. Con la marcha de Atsutev, ya no quedan Kerik-Ama en el mundo. Ella era la última. Lo sabías, ¿verdad? La Última de los Kerik-Ama era Atsutev, sí. Pero ahora estoy yo... Avehun, la primera de los Kerik-Awa.

Alejandra no sabía qué decir. Al ver que no hablaba, la serpiente continuó.

—¿No te gusta? Adaptamos nuestros nombres a los de los humanos y los elfos, para que podáis llamarnos de alguna forma. Los nuestros en realidad son muy largos y difíciles de

pronunciar. No podríais usarlos.

—Está bien —dijo Alejandra, que, después de todo lo sucedido, no tenía ninguna gana de pensar demasiado—. ¿Sabes lo que ha pasado en Ingida Gize? ¡Yo no era la Elegida! ¿Por qué nadie me lo dijo?

—¿Yetemet Ewy? No... Desde luego que no. Nunca lo fuiste. Y nunca nadie lo creyó. —La serpiente se quedó inmóvil—. Oh, pequeña cachorra... Tú sí lo creíste, ¿verdad? Pero cumpliste tu misión. Sí... Eso era lo importante. Lo lograste.

—¡Claro que lo creí! —contestó enfadada—. ¿Lograrlo, dices? ¡No lo he logrado! ¡No he tenido éxito! ¡No hice nada!

—Sí que lo lograste, pero todo lleva su tiempo. Sí... La primavera no llega en un día ni una flor crece en un suspiro. Debes tener paciencia. Pasarán muchos años para ti, quizás, pero todo sucederá a su debido tiempo. Solo debes tener paciencia.

—¿Cómo me puedes pedir paciencia? Vosotras vivís miles de años, pero yo no. De hecho, me estoy congelando. Si sigo aquí, me voy a morir. No voy a vivir mucho más.

—No, pequeña cachorra. No te morirás de frío. —Se rio la serpiente—. Abrirás un portal y regresarás a tu casa. Sí. Regresarás a tu mundo.

Al oír aquellas palabras, Alejandra pasó del enfado a la tristeza. En un segundo, se dio cuenta de que había concluido su aventura. De pronto, sufrió un golpe de realidad y se quedó en *shock*: el instituto, su casa, sus padres... Con todo lo que había sucedido, apenas había tenido tiempo para pensar en su mundo. Y ahora la serpiente la estaba invitando a que abandonara Sahymir y regresara a su vida ordinaria.

—Pero... no sé si quiero —habló dubitativa—. ¿Qué va a pasar? Estoy en el pasado, pero en el presente la ciudad de Ahykrum cayó y todos murieron. Y en mi mundo...

Alejandra tenía la cabeza hecha un lío y no entendía como podía acabar todo así.

—No... no, pequeña cachorra, no sigas. ¿Qué te he explicado? Aquí, allá... Solo existe tu presente. No pienses en eso. Todo se arreglará, ya lo verás.

—Pero no quiero regresar a mi mundo, a mi vida normal.

—Mas tienes que hacerlo. Lo sabes, ¿verdad?

—Quizás tengas razón, pero, aunque quisiera irme, sigo sin saber a qué lugar me va a conducir el portal. Creía que era Ayrhiel quien escogía el destino del portal, pero ahora sin él... —Se tocó el cuello desnudo, sin ningún colgante.

—Eso crees, sí, pero no es cierto. No... Al igual que todos los portales los has abierto tú sola, adonde se dirigen también lo has escogido tú. Solo tienes que pensar...

—Pensar en Ahivy... —le interrumpió—. Está bien.

Cerró los ojos y, como no tenía otra alternativa, lo hizo. Visualizó a su amiga, aquella primera noche camino de las Montañas de Fuego, mientras dormía en el suelo y la enseñaba a montar a caballo; y, después, en el bosque de Huyllé, cuando cantó aquella canción junto al fuego; y, más tarde, herida en el Templo de Ahykrum. Y también la vio en el Puente de Ingida Gize, mientras realizaba la Promesa. ¡Cómo la iba a echar de menos! Una lágrima salió de cada uno de sus ojos. Cuando los abrió, había un portal a escasos metros de donde se encontraban.

—¿Por qué funciona cuando pienso en ella? —volvió a hablar mientras se secaba ambas lágrimas de sus mejillas.

—La amistad, el amor, la bondad... son sentimientos muy poderosos. Sí.

—¿Se encuentra bien? ¿Sabes dónde está, qué ha sido de ella? —quiso saber mientras avanzaba con lentitud hacia el portal.

—Pregúntale a tu corazón. Sí. Pregúntale a él, no a mí, pequeña cachorra.

Alejandra quiso pensar que su amiga se encontraba bien. Que, de algún modo, se había teletransportado a Sahymir y, gracias a la Promesa, todo se había solucionado en su mundo. Pero no tenía ninguna certeza. Solo eran sus fantasías.

Se giró hacia el portal y dio un pequeño paso. Después, otro, hasta que se detuvo en la misma abertura. Podía sentir una leve brisa y la electricidad estática en torno a la circunferencia. Tal como había hecho la primera vez que lo había cruzado, en el callejón del cine, junto a Nathan, estiró la mano y tocó con los dedos los haces de electricidad que brotaban.

—¿No puedes decirme nada de Ahivy? —Se giró hacia la serpiente, que la observaba desde la distancia—. ¿Volveremos a vernos? ¿Regresaré a Sahymir?

Esa vez, Avehun no dijo nada. Solo la miró fijamente con aquellos ojos verdes encantadores.

Alejandra entendió que no le iba a dar ningún tipo de información, así que se dio la vuelta y entró en la esfera de luz blanca con destellos azules que emitía ese zumbido tan característico. Lo hizo muy despacio porque quería retener en su retina cada haz de luz, cada sonido. Sabía que quizá nunca más volvería a cruzar un portal.

—Adiós, pequeña cachorra —oyó decir a la serpiente antes de que aquella circunferencia de luz se cerrara para siempre.

Y allí se quedó Avehun, la primera de los Kerik-Awa, mirando el espacio vacío que había dejado la circunferencia de luz, en medio de una llanura nevada y con un cielo azul intenso. Tras unos segundos de contemplación, comenzó a reptar por la nieve mientras pensaba en las innumerables preguntas que le había hecho aquella chica.

—Los humanos... —reflexionó— siempre queriendo conocer su futuro...

EPÍLOGO

Miércoles, 14 de febrero de 2181

Alejandra Futura abrió los ojos con molestia al sentir la luz del sol acariciando su rostro. Con cierta dificultad, se incorporó en la cama y sintió los típicos achaques de su edad. El crujir de las articulaciones le recordó que el tiempo no pasaba en vano. Tras consultar la hora en el reloj de su mesita de noche, se levantó y salió de la habitación.

Recorrió el pequeño pasillo hasta la cocina. Abrió la puerta, entró y la miró. Sin lugar a dudas, era su cocina, pero no la recordaba así. Mientras escrutaba el lugar, notó la presencia de objetos que no reconocía, utensilios con formas inusuales. Uno de ellos llamó su atención: un objeto de madera brillante de forma circular, en cuyo centro había incrustada una piedra azul brillante. Lo tocó con suavidad y se iluminó. Al separar la mano, volvió a apagarse. Si no lo era, al menos parecía un objeto mágico.

Una sospecha comenzó a crecer en su mente. Caminó hasta el salón y se asomó por la ventana. La sospecha se convirtió en certeza. Aquella también era su calle, donde vivía, pero, al igual que su cocina, el exterior también tenía elementos que le resultaban extraños. En el parque que se encontraba frente a su vivienda, un grupo de jóvenes estaba de pie junto a un banco. Conversaban con una chica que tenía alas de mariposa en la espalda, pero no como parte de un disfraz, sino auténticas.

Sorprendida, continuó observando. Más allá del parque, al otro lado de la calle, se encontraba una tienda que no recordaba haber visto jamás: su escaparate anunciaba «TODO TIPO DE OBJETOS MÁGICOS».

—Hay magia en este mundo... —Alejandra Futura puso voz a sus pensamientos—, pero no ha sido destruido. Ahivy no fundió ambos mundos, destruyéndolos, sino que al mundo de la ciencia le dio magia. Y apuesto lo que sea a que al mundo de la magia le dio ciencia.

Y entonces recordó las palabras de Nathan y del sacerdote Onahyram y de la antigua serpiente Atsutev y de Samas, el temporivivus... Las voces del pasado se entrelazaban en su mente como hilos de un antiguo tapiz.

Ni era la Elegida ni nunca nadie le había dicho que había que unir los dos mundos, sino solo unir magia y ciencia de nuevo. Al darse cuenta de ello, se rio. Eso era justo lo que había hecho Ahivy en el Puente.

Solo había sido un mero instrumento, una guía, la Viajera entre Mundos, la Intala Imaltu, para permitir que la verdadera Elegida, la elfa blanca, cumpliera su destino en aquel mundo desolado. Una vez allí, al hacer la Promesa en el lugar adecuado, no destruyó ambos mundos para crear uno nuevo, sino que los mantuvo separados y les otorgó lo que les faltaba. Había fusionado sus esencias de una manera única y armoniosa.

Después de tantos años, por fin entendía lo que había sucedido. Entendió por qué no había funcionado en su momento, en la época en que tenía catorce años y, ahora, en cambio, sí lo había hecho.

Y es que la Alejandra joven había viajado a Ingida Gize en 2181, justo la noche anterior, después de visitarla en la antigua casa de sus padres. La Promesa, por tanto, se acababa de realizar. Sí que había funcionado. Sí que lo había logrado, pero en su presente, no en el de la Alejandra de 2135.

Se sentó junto a la mesa de la cocina y apoyó los codos sobre ella. Juntó las manos, entrelazó los dedos y apoyó los labios sobre ellos. Había pasado cuarenta y seis años creyendo que había fracasado y que no había servido de nada toda aquella aventura, la muerte de sus amigos... Los ojos se le inundaron de lágrimas y una gota resbaló por su mejilla. Qué tristeza que no hubiera forma de decírselo a su yo de catorce años, para evitar que pasara toda la vida lamentándose por

haber fracasado, sin entender lo que había sucedido.

Justo la noche anterior habían estado hablando. La recordaba tan joven, tan bella. Cuando Alejandra Futura había tenido esa edad no era consciente de ello. El portal la había llevado hasta la casa de sus padres para que la ayudara en su misión de llegar a Ingida Gize; ella, en cambio, solo le dijo palabras de desconsuelo y frustración por no haberlo logrado. ¡Lo que daría por volver a ver a su yo joven y poder decirle que lo habían logrado! Porque sí, lo habían logrado. Ella y Ahivy.

Al entender lo que había sucedido, toda esa tristeza que había sentido se convirtió en alegría.

—¡Lo hemos logrado! ¡Lo hemos logrado! —repitió, esa vez en voz alta.

Miércoles, 19 de octubre de 2135

Alejandra cayó sobre algo blando. Tumbada boca arriba, enseguida reconoció el lugar. Se encontraba en un espacio que conocía muy bien: su cama. En su propia habitación, con su pared rosa con estrellas y una luna pegada, y su pared gris con los pósteres de sus ídolos musicales. En casa de sus padres. En Nueva Caulfield. En su hogar, en su presente.

Antes de cruzar el portal, no quería marcharse de Sahymir y que aquella fantástica aventura llegara a su fin. En ella, había hablado con la Última de los Kerik-Ama, la gran serpiente en las Montañas de Fuego; había cantado con los elfos en torno a una hoguera a la luz de la luna, en el bosque de Huyllé; había visto morir al último rey enano de la ciudad de Tiadnestr, también conocida como los Puertos Bajos por los hombres; y había conocido a Cemoim, el último mago. A Alejandra comenzaron a amontonársele las imágenes de todo lo que había vivido en los últimos días. En el momento, no había sido consciente de todo lo que había hecho, pero ahora se estaba dando cuenta de la extraordinaria experiencia que había vivido: las cabalgadas a lomos de Rielionsa junto a Ahivy, la elfa blanca; el incendio de la ciudad de Ahykrum; los viajes al futuro y al espacio. El agujero de gusano. Ingida Gize, donde se encontraba el Puente. Había hecho cosas que nunca imaginaría... y ahora, sin embargo, era consciente de que las lágrimas se le salían de los ojos. Estaba emocionada por regresar a su hogar.

Sintió una oleada de alegría que la hizo reír en voz alta. ¡Estaba en casa! No podía dejar de repetírselo a sí misma. Se revolvió en la cama y abrazó su almohada mientras las preguntas le llenaban la mente. ¿No habría sido todo un sueño? Miró la hora. Las ocho de la mañana. ¿Se habría quedado dormida? ¿Tenía clase en el instituto? ¿En qué día se encontraba exactamente?

Entonces, oyó voces familiares en el pasillo, las voces de sus padres. La nostalgia y el cariño la inundaron, mientras recordaba las mañanas de su infancia, cuando su padre y su madre eran todo su universo y la única preocupación que tenía era si jugarían con ella o tendrían que irse a trabajar.

—¿Alguien puede venir a darme un beso? —dijo en voz alta, emulando la frase que decía Alejandra cuando era pequeña y se despertaba por las mañanas.

En algún lugar y tiempo perdidos...

—Y así es como acaba *La Historia de Alejandra: el Puente y la Promesa*.

Tras decir esas últimas palabras, la anciana cerró el libro y dejó de leer. Sus nietos dormían con placidez. Primero, se había dormido la niña. Una vez había aparecido Ahivy por primera vez, cerró los ojos y se dejó caer en los brazos del sueño mientras oía la dulce voz de su abuela contar la historia de la elfa. Con los ojos cerrados, imaginó que cabalgaba por el prado junto a

Ahivy y Alejandra. Y así, feliz, se quedó dormida.

Al niño le había costado más. Cuando llegaron hasta Atsutev, la Última de los Kerik-Ama, rugió e imitó la voz de la gran serpiente. Pero no llegó a escuchar la conversación completa que había tenido con Alejandra. No importaba, en realidad; se sabían la historia de memoria.

Al ver que se habían quedado dormidos, la anciana dejó el libro sobre una de las camas y se incorporó con suavidad. Cubrió a los niños con las mantas y alisó las sábanas. Después de un breve momento de reflexión, tomó el libro de nuevo, se sentó y observó su cubierta con cariño. La historia de Alejandra la había acompañado a lo largo de los años, desde su juventud. Había sido su guía en momentos de tristeza y desesperación, y también había sido su fuente de alegría y esperanza.

Recordaba con claridad cada página de la historia, cada personaje, cada detalle. Aunque lo había leído innumerables veces, siempre encontraba algo nuevo en cada relectura. Aquel libro era su tesoro máspreciado y lo guardaba con celo en la biblioteca de su casa.

Lo abrió al azar: Ahivy realizaba la promesa de que su historia sería contada y recordada. Sonrió al visualizarla allí, en el puente, en medio de la nada, pronunciando aquellas palabras con sorprendente determinación. Y era cierto que se había cumplido su promesa.

Cuando llegó al final de la página, cerró el libro y observó a los niños dormidos. Sabía que ellos también tendrían sus propias historias que contar y que algún día, quizás, encontrarían su propia versión de *La Historia de Alejandra*.

La anciana sonrió, se levantó de la silla con lentitud y se acercó a los niños.

—Buenas noches, mis queridos —les susurró y les dio un beso en la frente a cada uno—. Descansad y tened dulces sueños.

Después, les acarició el cabello con cariño, apagó la luz y se asomó por la ventana. Ya era completamente de noche y el cielo parecía un manto negro salpicado de estrellas. Tras contemplarlas durante unos segundos, corrió las gruesas cortinas para que, al amanecer, la luz de la mañana no perturbara su sueño. Entonces, salió de la habitación. Entornó la puerta con cuidado de no hacer ruido y regresó a la biblioteca a paso lento —el único que le permitía su edad—. Cuando llegó, buscó el hueco que el libro había dejado en la estantería.

—Adiós, amigo mío. Hasta la próxima —le susurró mientras acariciaba la cubierta de cuero rojo. Después, lo depositó en su lugar, junto a los otros volúmenes que formaban *La Historia de Alejandra*.

Con una sonrisa en los labios y el corazón lleno de cariño, cerró la puerta de la biblioteca y se retiró a descansar.

La casita de madera en medio de aquel prado quedó en la oscuridad. Solo la luna y las estrellas se reflejaban en las tejas que cubrían el tejado. Junto a la vivienda, unas columnas en ruinas recordaban tiempos pasados y, más allá, en el horizonte, unas montañas presidían todo el paisaje. Al sur, en dirección contraria, a lo lejos, una gran ciudad crecía a la ribera de un lago.

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[UN ENCUENTRO INESPERADO](#)

[UNA SESIÓN DE CINE ESPECIAL](#)

[AL OTRO LADO DEL PORTAL](#)

[HACIA LAS MONTAÑAS DE FUEGO](#)

[LA ÚLTIMA DE LOS KERIK-AMA](#)

[UNA NUEVA CAULFIELD DESCONOCIDA](#)

[LOS PUERTOS BAJOS](#)

[LA TORRE DE SARONDIL](#)

[EL BOSQUE DE HUYLLE](#)

[EL TELAR CÓSMICO](#)

[CON ATSUTEV DE NUEVO](#)

[EN EL CALLEJÓN](#)

[LA CIUDAD DE AHYKRUM](#)

[ALEJANDRA FUTURA](#)

[EL VIAJE MÁS LARGO](#)

[EL GUARDIAN DEL PUENTE](#)

[LA PROMESA](#)

[AVEHUN](#)

[EPÍLOGO](#)